

**ESTUDIO DE LAS CARACTERÍSTICAS DE
LOS NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES
TRABAJADORES Y SUS FAMILIAS:**

Modalidades de trabajo infantil
y peores formas, perfil socioeconómico
y cultural de las familias

**ESTUDIO DE LAS CARACTERÍSTICAS DE
LOS NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES
TRABAJADORES Y SUS FAMILIAS:
Modalidades de trabajo infantil
y peores formas, perfil socioeconómico
y cultural de las familias**

Comité Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (CETI)

Programa Infancia, Adolescencia y Familia (Infamilia, MIDES)

Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (OIT-IPEC)

Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU)



ciesu

© 2006 OIT-IPEC
© 2006 INFAMILIA
© 2006 CETI
© 2006 CIESU

Cubierta: Productora Editorial
Armado: Productora Editorial

Impreso en Uruguay por  **productora**editorial
Zelmar Michelini 1116
11100 Montevideo, Uruguay
proedit@productoraeditorial.com

Depósito legal: 3XX.XXX / 06
ISBN: 9974 - XXX - XX - X

Se autoriza la reproducción parcial de los textos
a condición de que se cite la fuente.

FICHA TÉCNICA

Investigador principal

Mag. José Enrique Fernández

Investigador Asociado

Soc. Hugo de los Campos

Asistentes

Antropóloga Victoria Cabrera

Antropólogo Guillermo Butler (participante por convenio con Gurises Unidos)

Familias entrevistadas y observadas en profundidad

47 familias residentes en área metropolitana, Maldonado, Florida, Salto y Rivera.

Niños y adolescentes entrevistados u observados vinculados a las familias referidas y a la problemática en estudio.

259 casos. Se obtuvo información sobre todos y se entrevistó en profundidad a 52 de ellos.

Duración del trabajo de campo: noviembre de 2004 a julio de 2005.

Informe final: setiembre de 2005

Advertencia: El uso de lenguaje no discriminatorio entre hombres y mujeres es una de las preocupaciones de nuestro equipo de investigación. Sin embargo, no hay acuerdo entre los lingüistas sobre la manera de cómo hacerlo en nuestro idioma. En tal sentido, y con el fin de evitar la sobrecarga que supondría utilizar en español «o(a)» para marcar la existencia de ambos sexos, hemos optado por emplear el masculino genérico clásico, en el entendido de que todas las menciones en tal género representan siempre a hombres y mujeres.

PRESENTACIÓN

El Comité Nacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (CETI), creado por decreto del Poder Ejecutivo n° 367/000, de 8 de diciembre de 2000, viene trabajando desde su creación, en cumplimiento de las funciones encomendadas, coordinando y fortaleciendo la concertación entre las instituciones públicas y privadas que lo integran, a efectos de definir alternativas y estrategias que reduzcan o eliminen las causas básicas que generan el trabajo infantil, y para promover la efectividad de la legislación sobre la edad mínima de admisión al empleo.

Sus principales objetivos son:

- *Asesorar, coordinar y proponer políticas y programas tendientes a la eliminación del trabajo infantil.*
- *Elaborar y proponer el plan nacional de acción para la eliminación progresiva del trabajo infantil y la protección del adolescente trabajador.*
- *Fortalecer la coordinación y concertación entre las instituciones públicas y privadas, nacionales e internacionales relacionadas con la infancia, a efectos de definir alternativas y estrategias que reduzcan o eliminen las causas básicas que generan el trabajo infantil y que promuevan la efectividad de la legislación sobre la edad mínima de admisión al empleo.*
- *Generar instancias descentralizadas de actuación, fomentando el compromiso local con los objetivos propuestos.*

Sus principios rectores son aquellos recogidos en la Convención de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas (artículo 32), que reconocen *el derecho del niño a estar protegido contra la explotación económica y contra el desempeño de cualquier trabajo que pueda ser peligroso o pueda entorpecer su desarrollo físico, mental, espiritual, moral o social*, así como las disposiciones de los Convenios Internacionales de Trabajo n° 138, sobre la edad de admisión al empleo, y n° 182, sobre las peores formas de trabajo infantil, que han sido ratificados por nuestro país.

El informe de investigación que se presenta en esta publicación se realizó con la intención de conocer más en profundidad la situación de los niños, niñas y adolescentes trabajadores que son su centro de acción. El estudio fue realizado por un equipo de investigadores del Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU), seleccionado

PRÓLOGO

Las estrategias de política social deben pensarse desde las *cuestiones sociales* y desde los *problemas* y no desde las instituciones, para luego pasar a la definición y asignación de roles y funciones de la institucionalidad. En tal sentido, el gobierno ha reorientado el rol del Estado para la asunción de su responsabilidad como rector de la política social con la creación del Ministerio de Desarrollo Social, el cual ha asumido el desafío de coordinar un espacio institucional históricamente segmentado y fragmentado.

Por esta razón, y de acuerdo a lo estipulado en el Código de la Niñez y la Adolescencia, el Estado ha de promover acciones para desalentar el trabajo infantil y paulatinamente eliminarlo. El trabajo infantil, en tanto situación de vulneración de derechos, merece una particular atención por ser una de las peores expresiones de exclusión y de reproducción intergeneracional de la pobreza.

Desde el Ministerio de Desarrollo Social, el Programa Infamilia promueve una estrategia nacional que asegure el ejercicio de los derechos de niños, niñas y adolescentes en todos los ámbitos de su desarrollo personal, familiar y social.

El apoyo que el Programa Infamilia brinda al Comité de Erradicación del Trabajo Infantil se alinea en la articulación de esfuerzos de instituciones públicas y de la sociedad civil para la instrumentación de respuestas eficientes y eficaces, en el marco de una estrategia que facilite el desarrollo de políticas públicas con orientaciones éticas y operativas, que fomenten la coordinación y establecimiento de políticas sectoriales integrales dirigidas a la infancia y adolescencia en general y, en este caso, a la naturaleza del tema que nos convoca.

En particular, el trabajo que a continuación se desarrolla plantea, desde un abordaje objetivo de corte cualitativo, cómo este fenómeno reproduce y endurece los núcleos de la pobreza. Si bien consiste en un aporte de carácter exploratorio y descriptivo, permite identificar líneas para la intervención y pensar estrategias de respuesta acordes, tanto desde el ámbito público, como desde la sociedad civil.

Tal como se plantea en la presente publicación, el trabajo en esta área implica partir de un abordaje integral, capaz de responder a los múltiples factores que inciden en la problemática. Eso no se limita a trabajar individualmente con niñas, niños y adolescentes, sino que supone incorporar a la familia como actor clave de referencia y a la comunidad como espacio de interacción y construcción de activos.

Para estas respuestas, el trabajo resulta muy pertinente en cuanto a la caracterización de la problemática, ya que permite visualizar y comprender la relevancia y centralidad del Estado vista desde una óptica que incluya al territorio y a la comunidad como marco de acción, como componentes clave en la generación de *estructuras de oportunidades*.

El territorio y la comunidad constituyen, por excelencia, el espacio donde convergen organismos públicos, privados y organizaciones de la sociedad civil. Allí, entonces, es donde se pueden plantear acciones orientadas a prevenir y de este modo eliminar el trabajo infantil.

Trabajar sobre los *activos* de las familias y potenciarlos para que estos puedan ser transmitidos y, al mismo tiempo, bloquear las *herencias pasivas* en determinados sectores, es mucho más complejo desde la práctica que desde la teoría. Traducir ese marco de referencia en acciones concretas implica, entre otras cosas, apoyar medidas para la institucionalización de políticas en los organismos rectores de estas.

Por este motivo, esta iniciativa que profundiza sobre la temática del trabajo infantil resulta bienvenida y se constituye en un aporte sustantivo para el impostergable direccionamiento de las políticas sociales hacia el objetivo de la prevención y erradicación del trabajo infantil.

Soc. Julio BANGO

Director Programa Infancia, Adolescencia y Familia
Ministerio de Desarrollo Social

INTRODUCCIÓN

El trabajo infantil y adolescente surge de un conjunto de condiciones concretas de la familia y su entorno, y reproduce, a su vez, otro conjunto de condiciones que facilitan la reproducción intergeneracional de la exclusión y la pobreza. Ello se manifiesta en la temprana e inadecuada exposición de niños y adolescentes a los roles adultos, especialmente el ingreso al mercado laboral y la maternidad y paternidad adolescentes. El trabajo infantil directamente tiende a suprimir esferas de socialización claves y a sustituirlas con la *falsa socialización laboral*. Falsa en el sentido de que el trabajo infantil propiamente dicho no agrega activos al niño, sino que simplemente bloquea la adquisición de otros activos y tiende a generar pasivos físicos, humanos y sociales.

El efecto acumulado de las situaciones de riesgo experimentadas en la primera infancia se traduce en bajos logros académicos en la escuela primaria y en mayores probabilidades de desertión y rezago o extraedad. Riesgos similares emergen en la formación secundaria donde comienza a observarse un desgranamiento importante entre aquellos adolescentes que han acumulado pasivos que les impiden continuar sus estudios y que tienden a incorporarse en forma por demás temprana y precaria al mercado laboral.

Esta situación coloca al menos tres problemas prioritarios en la agenda social correspondiente a esta etapa del ciclo de vida: a) la desertión y la emancipación temprana, que señalan la presencia de jóvenes que se incorporan al mercado laboral antes de haber adquirido las calificaciones mínimas para una inserción adecuada en él; b) el fenómeno de la desafiliación institucional, situación que refleja un bloqueo de las oportunidades de acumular capital social y humano, en una etapa ciertamente crucial para la consolidación de los activos con los que enfrentarán los desafíos del logro de bienestar en su vida adulta; y c) la maternidad adolescente, particularmente aquella que implica nacimientos que no fueron concebidos en matrimonios.

Cada uno de estos riesgos señalan puntos cruciales de intervención para quebrar los anillos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y de la exclusión social. Pero todos están encadenados en una sinergia negativa que profundiza y endurece la pobreza. El efecto del trabajo infantil y de cierto tipo de trabajo adolescente resulta una piedra angular en el círculo perverso aquí detallado.

Si bien en el nivel estadístico se constata que existe una relación causal entre variables estructurales vinculadas, por un lado, a la situación social, económica y cultural de la

familia y, por otro lado, a la falta de respuestas apropiadas de las instituciones sociales, y variables estructurales vinculadas a factores de riesgo en los niños, sin embargo no se conoce cómo ni por qué existe esta relación causal. La apertura de esta caja negra requiere, a nuestro criterio, de un abordaje cualitativo que, más allá de dar cuenta de la distribución del problema, dé cuenta en forma comprensiva de las configuraciones microsociales que asumen las diferentes situaciones de riesgo.

Este informe presenta los resultados de un estudio que tuvo entre sus objetivos generales contribuir a la erradicación del trabajo infantil y sus peores formas mediante el desarrollo de una investigación exploratoria y descriptiva que aportara elementos para definir «perfiles sobre niños trabajadores y sus familias» y permitiera describir y analizar las configuraciones que asumen los diferentes tipos de capital, e identificar activos, pasivos y la relación entre estos en la conformación de los perfiles. Asimismo buscó aportar elementos para comprender los riesgos vinculados a situaciones de abuso sexual emergentes de este contexto y realizar recomendaciones en cuanto al tipo de acciones que se deberían implementar para aumentar la dotación de capital en sus diferentes formas y generar procesos autosustentables en el tiempo.

Estos objetivos generales se concretan a partir de los siguientes objetivos específicos:

- *relevar la dotación de capital físico, humano, social y cultural en una muestra de niños, niñas y sus familias de referencia;*
- *relevar la existencia de pasivos relacionados con la falsa socialización laboral en una muestra de niños, niñas y sus familias de referencia;*
- *analizar las diferentes configuraciones que asumen activos y pasivos identificados;*
- *generar una tipología que dé cuenta de la variación de perfiles encontrada;*
- *estimar el potencial de riesgo de situaciones de abuso sexual en los casos de trabajo infantil relevados;*
- *estimar el potencial de riesgo de situaciones de abuso sexual vinculado con el trabajo infantil, desde las percepciones de informantes claves;*
- *generar recomendaciones sobre el tipo de procesos internos en las familias, que pueden mejorar la relación entre activos y pasivos con impactos firmes sobre la erradicación del trabajo infantil; y*
- *generar recomendaciones sobre las acciones externas a las familias, que pueden mejorar la relación entre activos y pasivos con impactos firmes en la erradicación del trabajo infantil.*

El estudio fue de tipo cualitativo, de carácter comprensivo, con elementos descriptivos cuantitativos para algunas variables de interés. Se trabajó con una muestra intencional de interés sustantivo y se saturaron las principales variables muestrales.

Se realizaron entrevistas en profundidad a niños, niñas y referentes familiares, a informantes claves extrafamiliares y se hizo una observación etnográfica de los niños y niñas y de su entorno. Además, se relevaron fuentes documentales secundarias.

Se emplearon técnicas cualitativas de análisis, que integran el análisis documental con el del contenido de los discursos de los actores y el análisis etnográfico de la observación.

Este estudio tiene como antecedentes directos los siguientes trabajos: *Diagnóstico y perfil de las familias con niños trabajadores. Insumo para el informe final sobre nuevo marco normativo del trabajo infantil* (CETI-OIT, 2003), *Consultoría para la elaboración de un análisis de las políticas y programas sociales en Uruguay* (CIESU-CETI-OIT/IPEC, 2004) y *Proyecto «Prevención-erradicación del trabajo infantil». De la recolección-clasificación a la participación en espacios de construcción de ciudadanía: escuela, familia y comunidad* (Gurises Unidos-CIESU-CETI-INFAMILIA-BID), en el cual CIESU realizó el monitoreo y evaluación. Los aportes del presente informe suponen una continuación de la acumulación anterior, recogen el mismo marco teórico y utilizan información empírica complementaria recabada en los proyectos referidos.

El diseño de la investigación se ha basado, al igual que en los anteriores proyectos, en el enfoque de los activos y estructura de oportunidades.¹ Una presentación de este enfoque, aplicado al problema del trabajo infantil, se desarrolla en el capítulo 1 de este documento.

En el capítulo 2 se caracterizan las familias de niños y adolescentes trabajadores, tomando en cuenta sus dotaciones de capital físico, humano, social y cultural. El capítulo finaliza con la propuesta de una tipología de familias, de acuerdo con los acontecimientos internos que desencadenaron las situaciones de trabajo infantil.

En el capítulo 3 se describen las distintas modalidades de trabajo infantil y adolescente identificadas durante el estudio. Se consideran las tareas y los procesos de trabajo, las trayectorias laborales de los niños y adolescentes (inicio del trabajo, cambios en los tipos e intensidad del trabajo) y los riesgos asociados a esas actividades. Al igual que en el capítulo anterior, al final de este se propone una tipología de situaciones de trabajo infantil. Finalmente se presentan las principales conclusiones del estudio, junto con recomendaciones orientadas a la superación de las situaciones de trabajo infantil.

Las entrevistas a los niños fueron realizadas con la autorización de sus padres. En las citas textuales se han borrado o cambiado los nombres de niños y adultos para preservar la privacidad y confidencialidad.

1 Para una presentación detallada sobre el enfoque véase R. Kaztman (coord.), *Vulnerabilidad, activos y exclusión social en Argentina y Uruguay*, Santiago de Chile; OIT-FORD, 1999 y R. Kaztman (coord.), *Activos y estructuras de oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay*, CEPAL-PNUD, 1999, pp. 21-30.

PERSPECTIVA TEÓRICA DEL TRABAJO INFANTIL

Para discutir la problemática del trabajo infantil es necesario definirla previamente como objeto de estudio. Esta construcción teórica —la delimitación del objeto— es extremadamente necesaria en un campo donde existen definiciones encontradas desde el sentido común y, de hecho, se procesan diferentes y conflictivos debates sobre su alcance e impacto.

Nuestra delimitación parte de la definición del Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC-OIT), que considera trabajo infantil a toda actividad que implica la participación de los niños en la producción y comercialización de bienes o en la prestación de servicios a personas naturales o jurídicas, que les impidan o limiten el acceso, rendimiento y permanencia en la educación, se realicen en ambientes peligrosos, produzcan efectos negativos inmediatos o futuros, o se lleven a cabo en condiciones que afecten el desarrollo psicológico, físico, moral o social de los niños.¹

Para complementar esta definición operativa afirmamos que, desde el punto de vista teórico, el trabajo infantil es ante todo, o tiene como factor central estructurante, un doble proceso de: a) emancipación imperfecta y temprana, y b) falsa socialización laboral, que se desarrolla en un contexto de aumento de la desigualdad social y fragmentación de la sociedad.

La emancipación imperfecta y temprana rompe con el proceso de socialización del niño y genera desafiliación institucional; la falsa socialización laboral genera pasivos que ponen en riesgo futuras instancias de resocialización en la actividad laboral formal adulta.

Desde esta perspectiva, como adelantamos en la presentación, entendemos que la ocurrencia de situaciones de trabajo infantil y adolescente se relaciona con la situación de pobreza y exclusión social de la familia y su entorno.

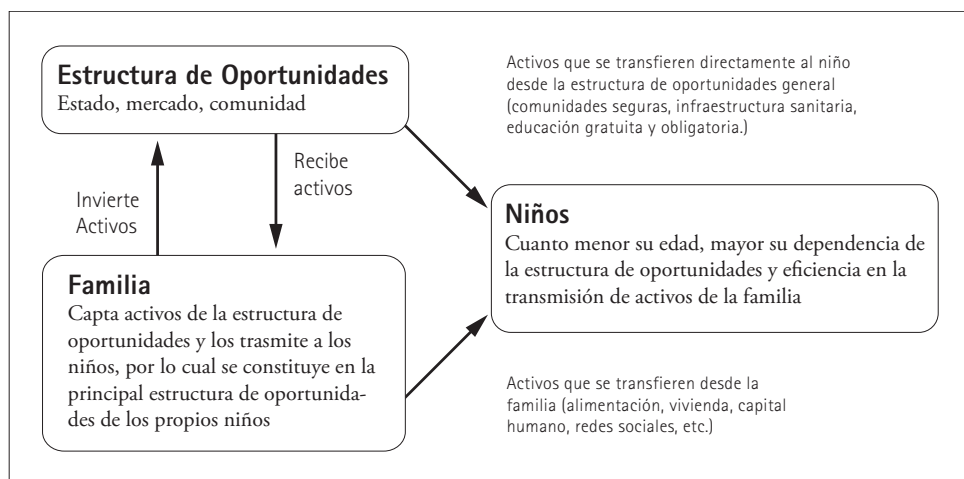
Los esquemas y figuras que se proponen a **continuación**² pretenden ofrecer una narración conceptual de los encadenamientos causales entre pobreza, exclusión y

1 Definición desarrollada por el IPEC en sus documentos oficiales.

2 La base del siguiente desarrollo teórico corresponde al trabajo de consultoría realizado por el Dr. Fernando Filgueira (CIESU-CETI-OIT, 2003) y fue tomado como base teórica para el diseño de las diferentes propuestas e investigaciones realizadas por CIESU en el área del trabajo infantil.

trabajo infantil. Para ello debemos empezar por la estructura de factores y unidades que en definitiva determinan el acceso que el niño tendrá a diferentes niveles de bienestar y protección.

Figura 1. Estructura de oportunidades en la infancia



Antes de abordar la problemática de la familia en su relación con la estructura de oportunidades, no podemos dejar de mencionar que el énfasis en el rol de la familia no pretende poner en este factor, en forma reduccionista, toda la carga explicativa de las situaciones de trabajo infantil. Si bien damos una importancia crucial al microanálisis de los procesos familiares, entendemos que la estructura de oportunidades existente es una fuente en sí misma de desigualdad social y una causa, en última instancia, de los fenómenos en estudio.

En un trabajo anterior³ ya hemos afirmado que la estructura de oportunidades da una respuesta insuficiente ante las situaciones de riesgo social. En el ámbito estatal, un sistema de políticas sociales no integrales, fuertemente sectorializadas y con un nivel de ejecución burocrático e inercial, no logra un nivel de intervención de costo eficiente.

En el mercado, los procesos de flexibilización, desindustrialización y precarización en términos generales del mercado de trabajo, crean situaciones de exclusión sin aparentes caminos de retorno.

En la comunidad se da un doble proceso: la fuerte profesionalización de la intervención social, mediante convenios con el Estado, con la consiguiente burocratización

3 *Análisis de las políticas y programas sociales en Uruguay: La acción pública para prevenir y combatir el trabajo de niños, niñas y adolescentes*, Documento de Trabajo OIT n.º 186, Lima, OIT-IPEC, 2004.

de las prestaciones, y la desarticulación y desaparición de las redes de contención social informales, en las familias y las comunidades.

Presentada la discusión sobre las condiciones específicas en que se encuentra la estructura de oportunidades, veamos ahora cómo las familias se relacionan con ella.

Las situaciones de pobreza y exclusión social infantil se caracterizan no solo por una muy baja dotación de activos de las familias, sino también por una baja capacidad de la unidad familiar de transmitir los pocos activos con que cuenta, bloquear la transmisión de pasivos y, por ende, una alta incidencia en la formación de configuraciones tempranas de riesgo social para los niños. El problema de los pasivos es un punto en extremo delicado, que debe ser abordado en este proyecto si queremos entender no solamente la pobreza en la infancia, sino los procesos crecientes de endurecimiento de la pobreza, los cuales se encuentran caracterizados por una muy temprana adopción de roles adultos en los niños y adolescentes. Entonces cabe detenerse con mayor detalle en las diversas funciones que cumple la familia respecto del bienestar y socialización del niño.

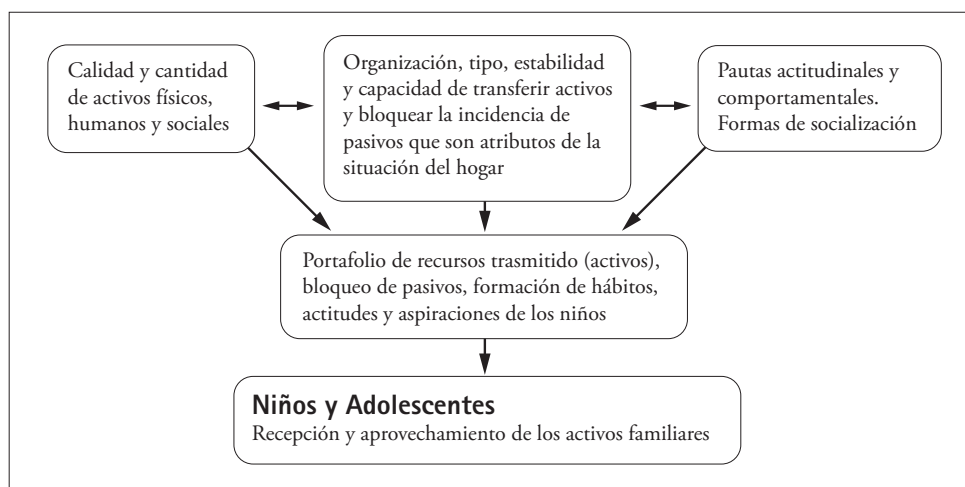
Los activos de capital físico, humano y social colocan a la familia y al niño en cierta posición en la estratificación social. Además, estos activos tienen una importancia clave en el acceso a servicios (educación, salud, etc.) y bienes (vestimenta, alimentación, útiles, etc.) que inciden tanto en la capacidad del niño para luego adquirir por sí mismo nuevos activos, como en la posición percibida y real de este niño en una estructura de estratificación. También, y dentro de este mismo punto, es relevante hacer notar que los diferentes tipos de activos familiares (físicos, humanos y sociales) poseen funciones diferentes en la socialización y bienestar del niño. En tanto los primeros operan esencialmente garantizando el bienestar y el acceso de calidad a bienes y servicios, los activos de capital humano operan en forma directa, incrementando el capital educativo del niño, e indirecta, por encontrarse normalmente asociados a una mayor orientación de los padres hacia la adquisición de este mismo capital en el niño, al tiempo que favorecen una postergación de la adopción de roles adultos en los niños y adolescentes. La evidencia acumulada indica que el nivel educativo de los padres tiene un impacto mayor en la protección frente al trabajo infantil y adolescente de los hijos (así como en otras conductas y situaciones de riesgo), que su nivel de ingresos.

En segundo lugar, la familia constituye en sí misma una organización con funciones, estatus, roles y responsabilidades que se distribuyen entre sus miembros para garantizar su bienestar. La distinción entre quienes trabajan y quienes no, las pautas de fecundidad y planificación familiar de la organización, los contratos explícitos (legales) e implícitos (informales) acerca de las responsabilidades presentes y futuras respecto a los niños y de los propios niños, determinan o al menos influyen en la capacidad de transmitir activos a los niños, y en el grado en el cual estos se ven enfrentados a situaciones de responsabilidad laboral u otros roles adultos en forma temprana. Las estadísticas disponibles muestran que la situación de trabajo temprano se encuentra más presente en los hogares monoparentales y en unión libre.

Finalmente, las familias socializan a los niños mediante ejemplo y acción; en términos más técnicos, mediante modelos de rol y control social. La familia incide en forma determinante cuando sus adultos definen un amplio rango de comportamientos y normas adecuadas para los niños y procuran que estos las internalicen.

Asimismo, mediante el ejemplo que surge de la conducta cotidiana de los adultos, los niños aprenden a percibir ciertos comportamientos y normas como adecuados o inadecuados. Más allá de si estas normas y comportamientos son mejores o peores desde un punto de vista moral, es claro que diferentes familias otorgan a sus hijos mejores y peores instrumentos de socialización para la formación de su personalidad y la adquisición de conductas y normas instrumentales para operar en el futuro. La multidimensionalidad de las funciones familiares puede verse en la figura 2.

Figura 2. Características familiares que contribuyen al desarrollo integral de niños y adolescentes



La mayor parte de las familias pobres dispone de algunos recursos, como por ejemplo contactos de algunos de sus miembros con personas que controlan recursos que suelen ser escasos en ambientes pobres, conocimientos y destrezas laborales específicas, o valores y actitudes que suelen facilitar logros de mayor bienestar. Pero algunos aspectos de su organización, como la falta de uno de los cónyuges, la inestabilidad de la pareja o rigideces de la estructura familiar, afectan la capacidad de las familias para transmitir esos activos a los hijos y para protegerlos de diversos pasivos. Asimismo, hay modelos de relaciones de género y modelos de relaciones entre padres e hijos, que los niños absorben a través de su experiencia familiar diaria, y que resulta más pertinente conceptualizar como *pasivos* que como activos, por ejemplo,

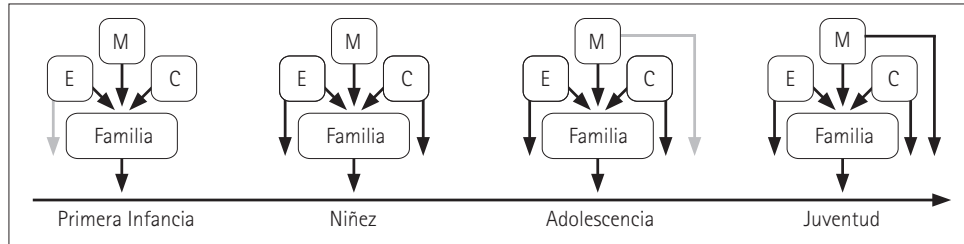
la escasa valoración de la educación como vía de movilidad, la ausencia de rutinas y disciplinas, la presencia de una concepción tradicional de la mujer vinculada a las tareas domésticas así como las actitudes de resignación y fatalismo con respecto a un destino subordinado. Ciertamente, la formación de estos pasivos actitudinales en los niños no se alimenta solo del clima familiar ni es responsabilidad única de los padres, pero tampoco cabe duda que los contenidos mentales que se transfieren de padres a hijos en las primeras etapas del ciclo de vida dejan un sello permanente en la estructuración de la personalidad. El diagrama antes presentado pretende justamente captar esta complejidad de las funciones familiares.

Por otra parte, la figura 1 sugería que la familia posee un efecto monopólico o casi monopólico en la primera etapa de vida del niño y que ese efecto totalizante se va diluyendo con el paso del tiempo y la maduración del niño, a medida que este se incorpora a esferas de la estructura de oportunidades de la sociedad que afectan sus probabilidades de acumulación de activos provenientes de fuentes extrafamiliares. En efecto, el niño, y luego el adolescente, pasa de una dependencia casi monopólica para su bienestar presente y futuro (esto es, la adquisición de activos) de una institución de fines genéricos, como lo es la familia, a depender crecientemente de instituciones de fines específicos, como lo son las instituciones educativas, deportivas, su trabajo y los diversos servicios estatales. Sumado a ello, el niño, y luego el adolescente, amplía crecientemente sus esferas de interacción con otros grupos y organizaciones que no son la familia. Por ello, las funciones de control social y los modelos de rol que antes monopolizaba la familia se extienden ahora a los grupos de pares, las parejas, los colegas del trabajo, los compañeros de estudios y otros adultos en esferas de interacción diversas.

En la medida que el niño crece, si bien persiste la eficacia y eficiencia de la familia como unidad de transmisión de activos, estas funciones son crecientemente compartidas ahora con el propio niño (como sujeto que aprovecha más o menos la estructura de oportunidades sociales) y con otras esferas y organizaciones del Estado, del mercado y de la comunidad (que pueden ser más o menos eficientes en transmitir sus recursos a los niños, en forma de activos). Esta apertura creciente del niño a nuevas esferas que transmiten activos y que ofrecen pautas de socialización constituye un riesgo y una oportunidad para el niño. Cuando la apertura hacia otras esferas de socialización se realiza en forma por demás temprana, ello tiende a suprimir los procesos de acumulación de activos propio de las etapas que debieron, en rigor, preceder a los roles más «adultos». El abandono de los estudios y su relación con el ingreso al mercado laboral es un elemento clave de estos ciclos emancipatorios.

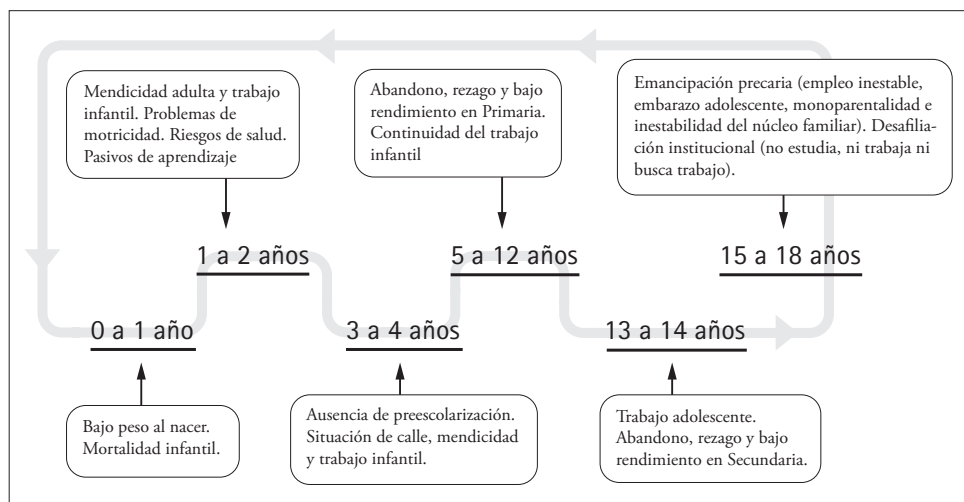
El trabajo infantil tiende directamente a suprimir esferas de socialización claves y a sustituirlas con la *falsa socialización laboral*. La figura 3 presenta un diagrama ordenado por el ciclo vital del niño, en el que se puede apreciar el cambiante rol de la familia, del Estado, del mercado y de la comunidad en su desarrollo y bienestar.

Figura 3. Roles de la familia, el Estado, el mercado y la comunidad



Aquí se presenta la *trayectoria virtuosa* con una socialización laboral gradual, normatizada y ajustada a las diferentes etapas del desarrollo. Ahora bien, a lo largo de su ciclo vital y hasta su eventual emancipación, el niño o adolescente enfrenta un conjunto de riesgos que amenazan su bienestar presente y futuro. Estos riesgos son multicausales y eslabonados temporalmente. El nivel de vulnerabilidad en una etapa aumenta la probabilidad de riesgos en etapas posteriores. Cada una de las situaciones de riesgo opera como un eslabón en los mecanismos de la reproducción intergeneracional de la pobreza y de la exclusión social. La probabilidad de emergencia de cada una de las situaciones de riesgo está inversamente relacionada con la riqueza del portafolio de activos de las familias y con sus capacidades para transferir esos activos. La figura 4 presenta un esquema simple de los riesgos que enfrenta el niño a lo largo del ciclo vital. No es necesariamente la secuencia típica del ciclo vital infantil y adolescente, sino que pretende indicar la ruta más perniciosa para el bienestar de los niños y adolescentes, para la reproducción intergeneracional de la pobreza y para su eventual endurecimiento en forma de pobreza excluida, aislada o marginal.

Figura 4. El círculo de la pobreza



La figura 4 procura sintetizar la secuencia eslabonada de riesgos en distintas etapas. Los riesgos de salud son centrales en la primera infancia, comenzando por los desenlaces trágicos reflejados en la mortalidad infantil, en diferentes indicadores de desnutrición y de insuficiencias en el desarrollo psicomotriz. La temprana incorporación del niño a formas de trabajo de los padres (mendicidad, recolección de residuos, venta puerta a puerta, etcétera) le generan un conjunto de problemas y riesgos de motricidad, salud y aprendizaje. A su vez, las carencias en la salud física y mental debilitan las capacidades para hacer un aprovechamiento adecuado de los servicios que se ofrecen en el nivel preescolar, ya sea porque directamente no se hace uso de esos servicios o porque no se asiste a ellos de manera regular — cuando el niño continua desarrollando actividades generadoras de recursos— o porque las secuelas del trabajo o acompañamiento laboral del niño a los padres no permiten alcanzar la maduración mental mínima necesaria para incorporar estructuras básicas de aprendizaje.

El efecto acumulado de las situaciones de riesgo experimentadas en la primera infancia se traduce en bajos logros académicos en la escuela primaria, así como en el abandono temprano de la enseñanza y la incorporación al mercado laboral.

De lo expuesto surge con claridad que las acciones tendientes a la erradicación del trabajo infantil tienen que atender a la intervención sobre los factores internos y externos a las familias, los que se conceptualizan como determinantes de estas situaciones. Las frecuentes evaluaciones realizadas en intervenciones sobre situaciones de pobreza, y específicamente sobre trabajo infantil, permiten constatar estadísticamente una mejora significativa de la población objetivo de los programas durante la ejecución de estos. O sea que la densidad de la intervención se asocia a resultados relativamente inmediatos en la mejora de los indicadores iniciales. Pero también permiten constatar que existe un fuerte problema de sostenibilidad de estos resultados, ya que al bajar la densidad de la intervención y volver a un nivel normal de aplicación de los diferentes modelos de protección social, las situaciones mejoradas sufren un retroceso, que en gran parte de los casos las retrotrae a los valores iniciales. Se abren nuevas preguntas motivadas por la incertidumbre que se plantea acerca de la capacidad de sostener los niveles alcanzados en la etapa de intervención de alta densidad, cuando las familias se enfrentan en su relación con la comunidad, el Estado y el mercado sin la mediación de los operadores sociales que llevaron a cabo el proceso, y sin el plus de promoción por los actores externos a la familia (comunidad, Estado) que suponen estos programas.

La incertidumbre mencionada responde, según nuestro criterio, a que existe una «caja negra» sobre la comprensión de los factores determinantes de las situaciones de riesgo en la infancia. El estudio cuyos resultados a continuación se presentan procura avanzar en el conocimiento de esos factores.

A los efectos de listar las dotaciones de capital de las familias estudiadas, los conceptos hasta aquí desarrollados fueron expresados en las dimensiones e indicadores que se presentan en el cuadro 1.

Cuadro 1. Conceptos, dimensiones e indicadores

Concepto	Dimensiones	Indicadores
Capital físico	Ingresos	Nivel y tipo de ingresos del grupo familiar
	Vivienda	Características generales
		Relación entre espacios productivos y reproductivos
		Nivel de hacinamiento
		Relación entre el espacio infantil y el espacio adulto
Activos físicos	Infraestructura vinculada a la recolección y clasificación (herramientas, carros, caballos, etc.)	
Capital humano	Educación	Nivel educativo de los niños
		Nivel educativo de los adultos
	Carga reproductiva cotidiana	Número de hijos
		Distancia entre nacimientos
		Tipo de hogar
Capital social	Capital social individual (afiliación institucional)	Nivel y tipo de vinculación con instituciones educativas
		Nivel y tipo de vinculación con redes formales de protección social, gubernamentales y sociales
		Nivel y tipo de vinculación con redes de apoyo informales
		Nivel y tipo de vinculación con redes de apoyo entre vecinos
		Nivel y tipo de vinculación con redes de apoyo familiares o de amistad
	Capital social comunitario (estructura de oportunidades)	Nivel y tipo de implementación de políticas de las instituciones educativas tendientes a la erradicación del trabajo infantil
		Nivel y tipo de políticas estatales de empleo
		Nivel y tipo de políticas estatales de salud
		Nivel y tipo de políticas estatales de alimentación
		Nivel y tipo de políticas de organizaciones sociales tendientes a la erradicación del trabajo infantil

CONTEXTO: LAS RELACIONES DE LAS FAMILIAS CON EL MERCADO, LA COMUNIDAD Y EL ESTADO

Una lectura del impacto del contexto sobre la situación socioeconómica de las familias relevadas confirma nuestras hipótesis iniciales. Más allá de los tipos de pobreza que presentan, y aun en los casos relevados de familias no pobres, todas han sufrido un fuerte impacto a partir de los cambios en el mercado de trabajo procesados en los últimos veinte años y de la insuficiente respuesta desde la comunidad y el Estado.

Podemos afirmar que estamos ante una situación generalizada de mercantilización de la sobrevivencia. Las estrategias de reproducción familiar encontradas tienen como factor común, con abstracción del nivel socioeconómico de las familias, una fuerte impronta mercantilizada, donde el trabajo infantil cumple una función central en una red de estrategias familiares, en principio, y grupales, en segunda instancia.

Comenzaremos el análisis con la caracterización del impacto del contexto sobre las familias. En los cuadros 2 y 3 se muestra que 49% de las familias está en una situación de pobreza estructural, 32 % de pobreza inercial, 13% de pobreza reciente, y 6% no tienen indicadores de pobreza. A partir de esta información queda claro que los casos que se analizan en este estudio están vinculados a las formas más duras de la pobreza y, por consiguiente, a los sectores con menor acceso a la estructura de oportunidades. En el marco teórico asumimos que las dotaciones de capital de los niños y adolescentes, si bien se encuentran mediadas por las familias, se originan en las relaciones con el mercado, la comunidad y el Estado. En otras palabras, los activos que trasmite la familia a sus integrantes más jóvenes se originan en aquellos otros espacios.

Una descripción de los vínculos que mantienen los participantes con estos tres espacios de socialización permite comprender de mejor forma las configuraciones concretas de capital de cada una de las familias.

El mercado de trabajo

En cuanto a las relaciones con el *mercado de trabajo* se constata una fuerte exclusión de los adultos respecto a los espacios formales. De hecho, hay muy pocos adultos y ningún menor de dieciocho años vinculado a una actividad laboral formal. Los menores de dieciocho años vinculados a empresas formales se encuentran en situación ilegal, fuera de planilla, en actividades no adecuadas a la edad o en horarios inadecuados.

Entre los adultos con trabajos formales encontramos casos vinculados a la construcción, servicio doméstico, trabajadores rurales, mecánica automotriz, herrería, panadería, funcionarios públicos y guardias de seguridad. Entre los casos de pobreza estructural hay muy poco trabajo formal; en los de pobreza inercial, algo más; en los casos de pobreza reciente no lo hay, porque la mayoría de ellos son desocupados recientes. Los tres casos que no tienen indicadores de pobreza poseen, a su vez, trabajos formales.

En algunos casos se detecta la presencia de aportes de familiares que tienen trabajos formales o perciben jubilaciones. En casi todos ellos, estos aportes no son sistemáticos.

—*Yo tengo mi papá que me ayuda: es jubilado, saca tres mil quinientos pesos por mes y me ayuda. Estuvo un tiempito conmigo y ahora le dieron una vivienda de la Intendencia, y vive ahí. Está un tiempo con nosotros, dos o tres meses, y después va a su casa.*

—*¿Y cómo te ayuda?*

—*En comestibles, en préstamos, porque él, por la jubilación, saca porque le dan cuatro o cinco mil pesos y me da. Yo soy única hija, y me ayuda. El papá de los mellizos trabajó en Teyma y me ayudaba con quinientos pesos por mes hasta hace poco, pero ahora no.*

En términos generales, existe un discurso que refiere a valores universalistas vinculados con la percepción del trabajo formal como una situación laboral deseable. Más allá de estas manifestaciones, en pocos casos existen referencias concretas a experiencias gratificantes o deseables vinculadas a situaciones vividas de trabajo formal. La mayoría de las familias no tiene en la actualidad una inserción formal.

En el recuadro 1 una mujer, ex empleada de una fábrica en el área metropolitana, plantea su percepción.

Recuadro 1. El trabajo formal como experiencia positiva

Yo con la empresa estaba todo bien; hasta en el sueldo estaba bien, porque todo el mundo me decía. Yo ganaba, hace cuatro años, diez pesos la hora si no faltaba y no llegaba tarde; si no, me la bajaban a ocho, nunca falté ni nunca llegué tarde, jamás, jamás una llegada tarde, jamás una falta y trabajaba doce, quince horas. Era poco el sueldo, mucha gente no quería, porque decían que lavando un piso en la casa de fulana ganaban veinticinco pesos la hora;

a mí no me interesaba, yo estaba feliz, tenía trabajo, tenía un sueldo. Después me lo doblaron a doce horas, me dijeron si quería trabajar doce horas; dije que sí, el trabajo nunca me asustó. Dieciocho horas llegué a hacer cuando había fiestas o algo especial. El sueldo me llamaba la atención; cada vez que ganaba más, más cosas tenía para comprarle a mis hijos, les daba otra manera de vivir, vivíamos mejor.

Si bien existen algunos casos como el referido, en donde la percepción del trabajo formal es buena, la mayoría de las veces las trayectorias ocupacionales han sido frustrantes y se sintetizan en un deterioro progresivo de las inserciones laborales y las condiciones generales de trabajo. En este sentido hay varias trayectorias posibles.

En muchos casos se procesó un ingreso al mercado de trabajo informal debido a que allí se estaban generando coyunturalmente mayores ingresos. En otros, el cierre de fuentes de trabajo o el cambio de las calificaciones exigidas generó una entrada forzosa en la informalidad. A una importante cantidad de mujeres, la carga reproductiva del hogar las alejó del mercado formal, ante la imposibilidad de ocuparse de sus hijos y cumplir un horario estructurado.

Una de las trayectorias más frecuentes es la que pasa de una inserción informal temprana a partir del trabajo infantil, a una inserción formal, al llegar a la mayoría de edad, truncada a partir de una salida hacia una nueva informalidad adulta y, en los casos extremos, hacia estrategias de sobrevivencia vinculadas a la mendicidad, la recolección y el robo, cuando el mercado informal adulto no da respuestas económicas que permitan el sostenimiento del grupo.

En el recuadro 2 se reproduce una trayectoria típica que da cuenta de una tendencia muy marcada en esta población.

Recuadro 2. Trayectorias ocupacionales: informal-formal-informal

—¿A qué edad comenzó a trabajar?
—A los 14, hacía costura a mano.
—¿Eso fue cuando tus padres se separaron?

—No, no, antes; me gustaba la plata (*se ríe*), cosía ahí para los pantalones [...] y después pasé a la máquina. Estudiaba y trabajaba a la vez, ambas cosas (*desde los catorce años siguió trabajando*); iba a la casa de una señora —ponele como si me trajeran trabajo a mí y yo contrato a varias personas para que me ayuden—, iba de mañana, a las siete de la mañana tenía que estar ahí, hasta las doce. Yo entraba una y diez a estudiar, si salía a las siete, de noche, iba un par de horas y, si salía temprano, me iba otras horitas más porque ella me pagaba por hora y a mí me servía:

cuantas más horas hacía, más plata tenía. Y los sábados trabajaba hasta el mediodía. Después paré porque tuve dos hijos; mis embarazos no permitían salir a trabajar y después, cuando creció un poco mi hija, me puse a trabajar otra vez, que fue en [...], una pescadería que está en [...]. Con 17 años había que esconderme, porque cuando venía alguien, como todavía no había cumplido los 18, entonces... menor y de noche, no podía trabajar.

—¿Trabajabas de noche?

—Sí, de noche, porque era el mejor horario que tenía; aparte, estaba mi madre trabajando ahí. Aunque la «nena» tenía dos hijos era *la nena*, había que cuidar la nena. Trabajaba de noche con mi mamá hasta que cumplí los dieciocho y bueno, ahí sí,

después ya iba al horario que me precisaban y si precisaban extras también, seguía haciendo horas extras. Después quise ser filetera, que es la que hace los bifés, lo agarraba de la cola al pescado, porque no sabía de dónde agarrarlo, y me enseñaron. Pero era zafral; de repente te precisaban en una pescadería u otra y allá ibas. Después entré en [...], otra pescadería. Fui de atrevida, porque vi un diario viejo, que lo estábamos poniendo en el suelo para que se secase el piso de tablas, y le digo a mi amiga: «mirá, trabajo». «Pero es viejo», me dijo ella. Y yo dije: «vamos, capaz que precisan». Ella también estaba desocupada. Y fuimos y conseguimos. Justamente el que tomaba el personal era el encargado mío que había sido en [...], y empecé a trabajar ahí. Después salí de ahí, quedé embarazada y ahí fue [...]. Después, en lo que me revolvía fue trabajando en la calle con un carro, después me fui a la [...], cuando abrió acá.

Precisaban una limpiadora, una suplente; fui por un mes, tomaron otra persona y la persona no rindió lo que ellos esperaban; ahí me volvieron a llamar y me tomaron efectiva. Hice contrato y todo, hasta el 31 de diciembre; cada año te renovaban, pero no llegamos a renovar... Y después me llamó el pastor: vendía ropa, cosas que daban de los *containers*. Había que ir a seleccionar la ropa. Vendía ropa, *bijouterie*; vendía unas pipitas que yo pensaba que eran para lapiceras y no, después las usaban para porro (*nos reímos*) y yo las vendí como para cartuchito de lapicera, viste. Estuve mucho tiempo vendiendo hasta que no llegaron más los *containers*. Después me llamaron para la limpieza, porque la persona que estaba pretendía algo que no se le podía pagar. ¡En ese momento, nadie ganaba ese sueldo!, no podían pagar ese disparate. Bueno, limpié.

En este caso encontramos explotación de trabajo infantil generada desde el sector formal, combinada con una carga reproductiva compleja (embarazo adolescente) y con inserciones esporádicas en un mercado formal en proceso de flexibilización, que no es una respuesta viable para estas situaciones. En estos casos, los momentos de crisis se resuelven con salidas de toda la familia a recolectar y a mendigar. Este es un elemento interesante, ya que las estrategias de recolección y de mendicidad no siempre son estables. Existen casos consolidados, pero para otros —y el ejemplo citado anteriormente es uno de ellos— es la última opción de sobrevivencia posible.

El cierre de fábricas ha desplazado una gran cantidad de su mano de obra hacia la informalidad. En este caso, una mujer en extrema pobreza relata su trayectoria:

—¿Antes trabajabas?

—No, no trabajaba; tenía compañero y él trabajaba. Ahora estoy separada

—¿Alguna vez trabajaste?

—Ah, antes sí, por supuesto; antes de estar en pareja vivía con una tía abuela, que fue la que me crió y trabajaba en casas de familia. Y también trabajé como vendedora en

una casa de deportes, por 3 años, en 8 de octubre; ahora se cerró. Trabajé de niñera y de limpiadora en casas de familia y también trabajé en una textil.

—¿En cuál?

—En Fibratex, que ahora cerró.

Aquí registramos el pasaje por dos empresas formales: primero un comercio, con un intervalo de trabajo doméstico, y luego, una industria. En la actualidad es recolectora y mendiga.

En el caso siguiente se comienza en una situación de trabajo infantil doméstico, se pasa por instancias formales y se termina en la recolección y la mendicidad:

—*He trabajado en panaderías. Armaba las masas, envasaba. Envasaba galletas, era como una fábrica que había y hacía esas tareas [estuvo 3 años]. También en fábricas de plástico, los juguetes esos que hay, sacando los bordes del plástico [estuvo 2 años]. Limpiezas, todo eso. He trabajado en casas; salía por un tiempo e igual iba y lo hacía [por hora]. Después empezó que no había trabajo y empecé a salir a recolectar, a pedir y lo que nos daban era, a veces, cosas para comer. O también vendíamos cosas, pero ellos iban conmigo porque no se quedaban en casa. Eso dificultaba que la plata no entraba como para comer y eso; a veces no era mucha, no alcanzaba, entonces, digo, a veces no podían ir a la escuela porque estaban cansados: iban pero se dormían. Nosotros vendíamos cosas que recolectaban, botellas, cartón, un poco de cada cosa. Era por Malvín.*

—¿A qué edad comenzó a trabajar?

—*A los quince, a cuidar a un niño. Antes, no. Después que terminé la escuela me quedaba en mi casa, porque mi mamá trabajaba. Cuidaba a mi sobrina porque mi hermana trabajaba. Ahí tenía trece años.*

Afirmamos anteriormente que el aprendizaje generado a partir de condiciones de explotación que devienen del deterioro del mercado formal de trabajo, lleva a no pensar en este como una solución razonable para generar los ingresos suficientes para la reproducción familiar. La mayoría muestra un fuerte escepticismo, no solo respecto a la posibilidad de obtener un empleo formal sino fundamentalmente respecto a las ventajas que la obtención de ese empleo tendría en comparación con las tareas que actualmente realiza. Esta situación se constata tanto en relación con empresas privadas formales, como empresas privadas informales e incluso el Estado.

Existen dos tipos de empresas formales que reclutan funcionarios entre los sectores más pobres de la población, y que aparecen sistemáticamente en la población observada: las empresas de limpieza y de seguridad. Una entrevistada plantea en este sentido:

La empresa de limpieza no te da. Cuantas más horas hagas, más te descuentan. Por ejemplo, hoy en día ganás mil por mes y te dan trescientos, porque ellos te sacan la boletería, todo ellos, pero son muchas horas y poca plata. En cambio, en el ómnibus, como

ahora [período previo a las fiestas de fin de año] que la gente está bien y tiene plata, hago doscientos o trescientos pesos en un día solo.

Esta recolectora y mendiga está en situación de pobreza estructural, con una fuerte carga reproductiva en el hogar, por lo que no puede ligar su supervivencia a la oferta formal a la que podría acceder. En el caso de las empresas de seguridad, la situación es parecida: «como guardia pagan diez pesos la hora, unos ochenta pesos por día, menos treinta pesos de ómnibus; trabajas diez horas por cincuenta pesos. Recolectando botellas como recolectamos, hacés las ocho horas y ganás un poco más».

Aparte del escepticismo ya mencionado referente a la percepción de oportunidades en el mercado formal de empleo, existe un manejo razonable en cuanto a valores universalistas vinculados a los prerrequisitos necesarios para acceder a estos trabajos. La mayoría de los entrevistados reconoce que para acceder a un trabajo normal influye la zona de residencia —«si saben que vivís acá [asentamiento], no te toman»—, tener una buena presencia (la mayoría lucen avejentados, mal vestidos y las condiciones de higiene son precarias), tener todos los dientes (la mayoría carece de piezas dentales), haber terminado el ciclo básico de enseñanza secundaria, saber computación, etcétera.

Algunos casos en los que se ha accedido a talleres y otras formas de capacitación para la reinserción laboral problematizan esta situación: «Ahora sé hacer un currículum, pero si pongo que hace cinco años que soy requechera estoy frita», afirma una mujer del área metropolitana, en una situación de pobreza extrema, que está estrenando su dentadura postiza suministrada por una ONG de promoción social.

Una situación, que a veces aparece velada pero que se explicitó en dos casos de pobreza estructural del departamento de Maldonado, muestra la particularidad de reivindicar la condición de precariedad del empleo como un valor contrapuesto a la falta de libertad que significa trabajar en relación de dependencia. Este planteo se aparta notoriamente de los valores universalistas y plantea un fuerte problema sobre la socialización de los niños a cargo. La siguiente cita textual que da una idea de la dimensión del planteo:

Recuadro 3. Trayectorias ocupacionales alternativas

—¿Qué pasó con tu trabajo?	obras. Trabajábamos carga y descarga,
—Cuando comenzó la privatización del puerto se comenzó a marginar el trabajo, comenzaron a regalar el trabajo los grandes empresarios y la pequeña empresa empezaron a venirse abajo. Manteníamos el presupuesto pero no las	éramos pandilleros.
	—¿Y ahí te quedaste sin trabajo?
	—No me quedé sin trabajo; lo tuve que abandonar porque no era redituable.
	—¿Y entonces decidieron venirse para Maldonado?

—Había trabajo y los salarios ahora tienen dos décadas; lo mismo que ganábamos cuando llegamos acá estamos ganando hoy, si trabajáramos, lo cual no es redituable trabajar para empresas. En aquel momento pagábamos la azúcar ocho pesos, hoy la pagamos diecisiete pesos y estamos ganando lo mismo, lo mismo en dinero nacional, no lo mismo en dólares.

—Si ha trabajado formalmente en empresas y ahora tiene un trabajo informal, o viceversa, ¿que diferencias encuentra entre ambas situaciones?

—Nos mandamos nosotros, nadie nos manda y trabajamos a nuestra manera, como grupo familiar. La diferencia es que no soy esclavo del día, que para trabajar para el patrón, trabajo ocho horas, pero dispone de mí doce horas, por lo menos, y esas doce horas se vuelven veinticuatro, porque tengo que descansar para el patrón, tengo que vestirme para el patrón, tengo que comprarme un slip para el patrón. Entonces dejo de ser yo, tengo que pedirle permiso a mi mujer para ir a trabajar y ahí viene el desarraigo familiar, y te volvéis esclavo del cuando... vos trabajás ocho horas, el famoso cautiverio de las seis de la mañana, te sonó el despertador

durante veinte años, a los sesenta años manoteás el despertador y lo das contra la pared. Ha sido mi enemigo durante toda la vida. He discrepado con mi señora, he peleado con mi señora, pero mi enemigo has sido vos [se ríe]. Entonces es jodido llegar a esa edad y que se te haya pasado la vida, entonces no...

—¿Qué requisitos le parecen necesarios para tener un buen trabajo?

—Ya con la edad que tenemos no creo que podamos tener un trabajo en una oficina, yo que sé, ni en la Intendencia ni en ninguno de esos lados. Él 51, yo 45... como que ya no; lo único que queda en este momento es trabajar o de sirvienta o de niñera o de limpiadora. Igual ves pisoteados tus derechos civiles, que es lo que más lesiona. Tenemos una cultura para jubilarnos, pero hoy por hoy eso es una quimera. Se han roto los parámetros de responsabilidad social. Esas cosas no existen en la práctica, y los que nos damos cuenta no somos tan inmaduros como para acceder a un trabajo, como para mañana a los sesenta despertarnos. Debe ser mucho más amargo despertarse a los sesenta que morir de pie desde tu juventud.

En estos casos encontramos estrategias muy fuertemente cargadas de trabajo infantil, donde la unidad productiva familiar es indisociable. La diferencia con otras circunstancias es que aquí existe una voluntad manifiesta de apartarse de las reglas de juego de la relación asalariada capitalista formal.

La comunidad

Las zonas de residencia de las familias relevadas son variadas, aunque en su gran mayoría se sitúan en asentamientos, barrios periféricos y bolsones de pobreza urbanos. El proceso de segregación residencial —por el cual las áreas urbanas se vuelven cada vez

más homogéneas en su interior y más heterogéneas entre sí, en términos socioeconómicos— resulta evidente en el área metropolitana y se atenúa en el interior del país.

En el área metropolitana la mayoría de las familias relevadas, y especialmente sus integrantes más jóvenes, interactúa con vecinos que se dedican también a la recolección y clasificación de residuos urbanos y a otras actividades informales.

Los niños y adolescentes se socializan en esta comunidad. Varios adultos entrevistados cuentan que sus hijos comenzaron a trabajar a instancias de un vecino o de un familiar adulto que vive cerca de su casa. «Empezó a los catorce, con un vecino clasificador que lo invitaba a clasificar con él», comenta una madre entrevistada. Producto de ese trabajo, su hijo «traía pan, bizcochos, comida para el perro, ropa y material para clasificar». En la entrevista el niño confirmó que fue de este modo que comenzó a trabajar.

Cuando yo vine a Montevideo, yo vi la gente que salía en carro con caballo, entonces yo le pregunté un día a mi madre si podía salir y ella me dijo que no. Y cuando el vecino de al lado se mudó para ahí, él empezó a salir y mi madre me dejó salir con él, y ahí yo empecé a aprender. Desde ese día que yo aprendí, después era yo solito que yo salía. A mi vecino no es tanto gustar, no tenía trabajo; por eso salía a clasificar. Ahora que consiguió trabajo, él no sale a clasificar [...] yo empecé a salir solo y la plata que sacaba yo juntaba.

Un niño de doce años, que mendiga desde los ocho años cantando en los ómnibus de Montevideo a dúo con su hermano, explica cómo comenzó a trabajar en la calle:

Al principio salías con otros niños que ya vendían, ellos te ayudaban. Sí, las primeras veces salía con ellos y nos divertíamos. Ellos me iban diciendo cómo era la mano y ahí iba aprendiendo de lo que ellos me decían.

El barrio se constituye de este modo en un agente trasmisor de pasivos sociales. Y lo es muchas veces de manera directa, es decir, sin la mediación de la familia. Este hecho reviste especial importancia. Como se mostró en el marco teórico (figura 3), en las primeras etapas del desarrollo del niño, el mercado, la comunidad y el Estado transmiten indirectamente activos y pasivos a los niños, en tanto esa transmisión se encuentra mediada por la familia. Y conforme los niños crecen, aquellos agentes comienzan a transmitir de manera directa activos y pasivos. De acuerdo con lo constatado en muchas familias, la incidencia directa de la comunidad en las dotaciones de capital de los niños comienza a operar en forma muy temprana. Esto es así especialmente en los casos de hogares monoparentales, con madres que trabajan. Muchos niños se socializan, ya en las primeras etapas de su desarrollo, con sus vecinos. De este modo, la capacidad familiar de bloquear la transmisión de pasivos se ve fuertemente limitada.

En el interior urbano se dan circunstancias parecidas, aunque las comunidades no presentan las características de guetos que tienen en el área metropolitana. En cuanto a las comunidades rurales, la socialización en las tareas zafrales o permanentes rurales

se da tanto por la socialización familiar o de pares. El caso de los peones rurales adolescentes o los zafrales adolescentes e infantiles responde a estructuras de socialización que marcan trayectorias muy concretas de acceso temprano a tareas adultas.

Finalmente, la transmisión de activos físicos por la comunidad es mínima, producto justamente de la situación de pobreza generalizada.

Sistemáticamente los adultos entrevistados manifiestan que no pueden contar con la ayuda de sus vecinos frente a situaciones de necesidad económica, porque estos se encuentran en igual o peor condición que ellos. La posibilidad de obtener créditos en almacenes u otro tipo de comercios de su zona también resulta muy baja, ya que los comerciantes saben que si venden fiado en el barrio, pocos de sus clientes les pagarán más adelante.

Se detecta cierta capacidad de solidaridad entre vecinos sujeta a la estimación de los activos del solicitante de la ayuda para responder a ese préstamo. Así, una familia con pobreza estructural pero importantes activos culturales y sociales, y con una carga reproductiva baja, consigue captar esa solidaridad y responder en consecuencia:

Me ha pasado de tener que llevar a [mi hija] a un hospital y tener que pedirle plata a un vecino, y para una emergencia no te niegan. Ahora, cuando tenés plata, no te fijas si tenés pan o leche y pagale, porque no sabe cuándo podés precisar de vuelta. Cuando estamos muy apretados para comer, bueno [...], pedís fiado en el almacén o te revolvés con lo poquito que tengas en tu casa, haces un té o un café para no meterte en cuentas, porque es bravo... porque se te hace un chorizo después. Si tenés un tecito o un cafecito, bueno, tomate un tecito y acostate, que mañana será otro día.

Esta capacidad de valorar la ayuda y cuidar el crédito no es frecuente, y se asocia a la presencia de activos culturales y sociales. La carga reproductiva influye en esto, porque no es lo mismo racionar la comida en esta familia con dos hijos, que hacerlo en las familias con ocho, nueve o diez niños a cargo.

Las familias cuentan con muy escasos recursos comunitarios para hacer frente a situaciones puntuales de necesidad económica. Este hecho también colabora con la ocurrencia del trabajo infantil, ya que muchas veces es la única alternativa para obtener dinero frente a una emergencia.

En algunos casos registramos como algo extraordinario el préstamo de carros, bicicletas y herramientas, pero esto no es frecuente. Preguntamos por la poca cantidad de carros con caballos que se verificaba y varios testimonios afirmaron que los caballos desaparecen porque los vecinos los roban y los carnean para comer.

La pérdida de la solidaridad entre vecinos se suma a la pérdida de solidaridad intrafamiliar.

Los únicos apoyos que se reciben provienen de organizaciones sociales y de organizaciones filantrópicas, que realizan programas con estas poblaciones. Gran parte del aporte de organizaciones de este tipo tiene su origen en convenios con el Estado o con

organismos internacionales. De todas formas, las familias no ven estos aportes como importantes para gestionar su supervivencia. Hacen una buena valoración de ellos, pero son percibidos como aportes de segundo nivel que, si bien pueden gestionar problemas concretos, no aportan a la sobrevivencia básica, la cual, como planteamos al principio, está casi totalmente mercantilizada. Dejamos constancia que el trabajo de campo de esta investigación se realizó con anterioridad a la implementación del Plan de Emergencia del Ministerio de Desarrollo Social (PANES), por lo que no recoge el impacto de este.

El Estado

La relación de las familias consideradas en este estudio con el Estado da cuenta de los problemas de diseño, cobertura e implementación de las políticas públicas en relación con la población en riesgo social. El problema puede ser planteado en otros términos, menos drásticos: las familias entrevistadas integran una población en riesgo que no accede a muchas políticas públicas o, cuando lo hace, no recibe las prestaciones que necesita. El análisis de si se trata de un problema estructural de las políticas públicas en Uruguay o si esta muestra está integrada por un sector muy específico de población que no logra acceder a esas políticas, excede los alcances de este estudio. En cualquier caso, la información obtenida permite afirmar que las familias donde se verifican situaciones de trabajo infantil presentan serios problemas de acceso a prestaciones públicas. Y que, seguramente, una mejora en el diseño, focalización e implementación de estas políticas tendría efectos positivos en la reducción de la incidencia del trabajo infantil.

Consideraremos en primer lugar los problemas de acceso y permanencia en el sistema educativo, ya que guardan una relación evidente con el trabajo infantil. En segundo lugar presentaremos información relacionada con el acceso a prestaciones de la seguridad social y finalmente tomaremos en cuenta el nivel de acceso y las consecuencias de la participación en políticas sociales sectoriales, que en algunos casos favorecen la ocurrencia del trabajo infantil.

Acceso y permanencia en el sistema educativo

Si bien entre los niños de las familias estudiadas el acceso a la *educación primaria* es muy importante en términos de matriculación, se constatan importantes dificultades para la permanencia en el sistema (asistencia regular en primaria, continuación de la enseñanza en el ciclo secundario). Estas dificultades se vinculan con los siguientes problemas:

Acceso a educación especial. Hay una cantidad muy importante de niños con problemas de aprendizaje, que en muchos casos se vinculan con problemas más importantes de discapacidad intelectual. El acceso a escuelas especiales está limitado por problemas de localización de los establecimientos, así como por dificultades de inserción en ellas. Al respecto explicaba una madre entrevistada, que se mudó recientemente:

Tenía problemas de retardo escolar, iba a una escuela especial y después dejó, porque le costaba aprender. Eso lo encerró, se puso rebelde y no quiso ir más. Y yo lo dejé; no seguí insistiendo. Aparte iba a la escuela especial en el Paso de la Arena. Vivíamos allá, nosotros.

Violencia. Las escuelas donde reside la mayor parte de los entrevistados presentan problemas serios de violencia, que comprometen el aprovechamiento de la enseñanza o incluso expulsan a los niños. Reiteradamente los niños y adultos entrevistados relatan experiencias de violencia:

—¿Qué cosas no te gustan de la escuela?

—*Las peleas, las peleas, ¿viste? A veces me pelean a mí, por cosas, yo que sé, por útiles que me piden prestados y no les doy porque ya les presté mil veces y no me los devuelven y entonces me piden y no les doy y se enojan.*

A estas situaciones de violencia que podrían calificarse de leves, se suman otras más graves:

Iba a la escuela de [...] y repetí dos veces primero y, cuando hice segundo, me tiraron agua caliente, uno más grande que yo, porque la maestra le pidió que le lleve el termo y atrás mío había otro que lo relajaba y él pensó que era yo y me tiró agua caliente a mí y no lo expulsaron ni nada. El mejor era el director [...] pero lo peor, el más malo era el maestro; todos lo odiábamos, le rayábamos el auto, le hacíamos cualquier cosa.

Varios adultos entrevistados relataron episodios de violencia grave para justificar el abandono de sus hijos de la enseñanza formal:

[Mi hijo] estaba en primer año [de enseñanza secundaria] y fue agredido por una patota y vino bastante maltrecho, y dije no... porque fue en el tiempo que a un muchacho festejándole el cumpleaños lo dejaron inválido. Entonces me pareció que a mi hijo le iba a pasar lo mismo y le dije no. Lo saqué, no me animé, tenía miedo, era muy chico y vino muy maltrecho. Para sacarle plata y no tenía nada, qué iba a tener, más que estaba esperando a un compañero para venirse caminando.

Adecuación de los contenidos al contexto. En varias entrevistas realizadas en Capilla del Sauce, una localidad pequeña del departamento de Florida, se constató el descontento de adultos y niños respecto al funcionamiento de la enseñanza primaria, especialmente en relación con la vinculación de los contenidos educativos con las posibilidades de inserción laboral en el lugar. La finalización del ciclo primario constituye el fin natural del ciclo de enseñanza formal, ya que no existe en la zona ningún establecimiento de enseñanza técnica. Los niños y adolescentes entrevistados manifestaban su interés por desarrollar carreras técnicas relacionadas con la actividad agropecuaria. El problema de adecuación de los contenidos al contexto también se verifica en el área metropolitana:

[Mi hijo] dice que quiere trabajar porque quiere tener plata, pero yo le digo «para trabajar tenés que estudiar», y me dice: «pero no quiero, porque me aburre». Lo ve aburrido; él no ve que tenga que hacer Matemática para estar trabajando, entonces él es capaz pero no quiere.

Si bien los autores de este informe consideramos que la formación no debe degradarse para adecuarse a los contextos críticos, en tanto esto supondría la reproducción de la exclusión, a partir de los relatos de los entrevistados constatamos que en contextos críticos existe una escasa capacidad del sistema para tornar atractiva la oferta educativa.

Los problemas detectados en relación con la enseñanza primaria se agudizan en la enseñanza secundaria y técnica, donde la deserción es muy alta dentro de la población estudiada.

Acceso a prestaciones de la seguridad social

Se confirma lo constatado en un estudio anterior⁴ respecto a la dificultad de acceso a pensiones por invalidez, fallecimiento e incluso asignaciones familiares entre las familias con niños que trabajan. Como se verá más adelante, uno de los desencadenantes del trabajo infantil es el fallecimiento o la invalidez del adulto a cargo del hogar. En muchos casos se trata de personas que contaban con un empleo formal y que generaron derechos en la seguridad social. Sin embargo, por desconocimiento de los procedimientos para tramitar esas prestaciones, o por trabas burocráticas, muchos beneficiarios no acceden a ellas o lo hacen tardíamente. Como también se verá más adelante, la disposición de ingresos, por mínimos que sean, opera como una protección frente al inicio del trabajo de los niños. Si además del dinero que ingresa mensualmente al hogar, se cuenta con una prestación periódica, ello habilita a las familias a la obtención de *créditos* en su barrio (de almaceneros, por ejemplo). Y esta capacidad de endeudarse reduce la probabilidad de inicio del trabajo infantil.

Cobertura de salud

La cobertura de salud se encuentra garantizada para buena parte de la población estudiada. Sin embargo, hay dificultades para acceder a servicios especializados, debido a la localización de los nuevos asentamientos, alejada de los hospitales públicos.

Vivienda

Los problemas de localización resultan más evidentes en relación con la asignación de *viviendas*. La asignación de viviendas en barrios periféricos a familias que residían en zonas centrales de la capital tiene un efecto negativo respecto de la ocurrencia del trabajo infantil. En el recuadro 4 se presenta el relato de una madre que da cuenta de

4 CIESU-CETI-OIT, 2004.

sus estrategias para permanecer vinculada a los servicios del sistema educativo y del INAU, luego de habersele asignado una vivienda en la periferia.

Recuadro 4. Localización de viviendas y acceso a servicios

—Mi hija hizo computación, hizo idiomas, hizo [...]. Eso a ella le reportó y fue algo que fue por intermedio del iname. Yo los tuve que poner a estudiar ahí porque, aunque no era el mejor lugar, el más lindo, el más académico, pero me permitía a mí que ellas pudieran tener un estudio. Yo, pagarles un mínimo estudio de computación, no podía. Eran seis gurises para mantener, para calzar, para todo y no me daba. Entonces, si tenía esa posibilidad había que aprovecharla. Es lo que siempre trataba de recalcarles y que es gratis. Como ahora estamos allá [en el Cerro] ya ves de donde estamos a dónde nos trasladamos, porque es como yo le decía a [...], si me hubiera quedado allá creo que tristemente no hubieran terminado la escuela, porque la realidad que se ve en el tercer anillo que llaman de la ciudad es triste y muy fea.

—¿Allá en dónde, decís vos?

—En los barrios periféricos.

—Porque vos, ¿dónde estabas?

—Yo estaba acá, en el centro, cuando ellos eran chicos. Cuando yo me fui para allá [Camino Maldonado] [una de sus hijas] tenía dos años y [otra hija] tenía doce y estaba cursando sexto año de escuela. Ella tuvo que, de estar a dos cuadras de la escuela, hacerse una maratón para venir a la escuela, tomar dos ómnibus para venir a la escuela, levantarse. Ellos entraban de mañana, siguieron de mañana; el mismo ritmo pero más cansador, porque tenían que levantarse cinco y media de la mañana; de ahí tenían que

tomar el ómnibus seis menos cuarto y volver a las siete de la tarde.

—Porque seguían viniendo a la escuela del centro...

—La actividad la hacían igual: la escuela, la guardería, seguían lo mismo. Lo que cambió fue el trayecto y el viaje, pero hubo que hacer el sacrificio porque si nos quedábamos allá; allá no había nada. Allá tristemente no sé si hubieran terminado la escuela y en dónde estarían... porque es así, triste, la realidad que vos ves en esos lugares, porque allá no tenés una institución como tenés acá. Ellos, si bien tienen que trasladarse de allá hasta acá, en una hora de viaje, pero acá tienen más recursos, si nos hubiéramos quedado allá, no hay nada.

—Y ustedes se mudaron... ¿por qué se mudaron para allá?

—Porque nos dieron una vivienda, un módulo básico evolutivo. Nosotros vivíamos en un tipo... como una, era una escuela que estaba ahí en [...], que vivía cantidad de gente; vivíamos en piezas, así... grandes. Ahí... o sea era todo. El baño era compartido, abajo, las canillas también y las piezas eran lo que vos dividías entre cuarto y cocina, y ahí era lo que teníamos. Ellos vinieron a tener casa, casa [se ríe] allá, que si bien era lindo por un lado, era feo por el otro [se ríe], por el tema del traslado, que era trabajoso; digo, el levantarse más temprano, el agotador viaje, el volver cansado, al otro día levantarse... Fue cansador, pero ta, no había otra.

—Eso, mientras hicieron la escuela ellos.

—Y después siguieron, porque después los puse en liceos de acá, del centro, para seguir aprovechando guarderías de iname, o sea, todo lo que fuera, porque, qué pasa: que ellos hacían las cuatro horas de la escuela y volvían allá, allá no tenían nada y ¿qué iban a hacer [cara

sumamente expresiva, de «¡ya te imagínas!»?]: a la calle y ahí sabés qué... cualquier cosa! Entonces, digo, era un poco mantener esas tantas horas ocupadas en algo productivo, en algo bien; un niño, un día se queda, otro también, pero al tercero se aburre y se va, entonces...

Mujer. Área metropolitana.

Seguridad pública

Las situaciones expuestas en relación con la asignación de viviendas en barrios periféricos remiten al problema más general de la *seguridad pública* en las zonas donde reside buena parte de la población estudiada. La inseguridad (violencia, robos) constituye un factor desencadenante del trabajo infantil en las edades más tempranas. Ante la imposibilidad de dejar a sus hijos en el hogar, algunos adultos que se dedican a la recolección o a la mendicidad deciden llevarlos con ellos mientras se encuentran fuera de la vivienda. Con ello los introducen muy tempranamente en las actividades que luego pasarán a desempeñar en forma autónoma.

Tal como se constató en un estudio anterior,⁵ el acceso a *alimentación* a través del Instituto Nacional de Alimentación (INDA) se ve fuertemente limitada por problemas organizativos del Instituto y por el clientelismo político que se generó en torno a la asignación de canastas.

—¿Recibe apoyo del INDA?

—No, recibía hasta hace un año atrás. La nena cumplió 7 años y me retiraron la canasta. Por un club político saqué un tiempito más, pero ahora no. Sacaba también unas viandas de comida pero de esto hace como tres años, que ya no.

Formación para el empleo

Finalmente, las políticas de *formación para el empleo* presentan consecuencias perversas cuando se analizan desde la perspectiva del trabajo infantil. A lo largo del estudio se identificaron pocos casos de adultos que hayan participado de programas de este tipo y, en dos casos, la participación en esos programas pudo considerarse un factor desencadenante o al menos favorecedor del trabajo infantil. En el primero de ellos, se trataba de una mujer que recibió formación para una actividad que no podía sostener debido a problemas físicos (se presenta un relato de esta experiencia en el recuadro 5). La experiencia resultó frustrante,

5 CIESU-CETI-OIT, 2004.

en tanto se la capacitó para una tarea que no podía desempeñar. Y finalizado el curso volvió a la situación inicial, de recolección y clasificación junto con algunos de sus hijos.

Recuadro 5. Formación para el empleo. Desajustes entre la oferta y la demanda

—Yo nací con el riñón izquierdo. Soy monorrena de nacimiento. Yo tengo el riñón agrandado de tamaño, porque uno solo es el que funciona. Me enteré hace poco. Tengo tres vértebras de la columna desviadas, tengo una hernia de disco; entonces ya ahora no puedo decir: «voy a hacer fuerza, voy con un pico y una pala». No, no,

—Sin embargo, el curso que hiciste era de albañilería y...

—Era pesado, era pesado. Cuando hicimos la casa de Millán pasamos mucho sacrificio, mucho trabajo. Ahí hicimos prácticas; fue una práctica bastante excedida, ¿no?, porque un día el constructor me dijo: «¿usted practica alguna religión?» «¿Qué?», le dije. «Sí, dice, la religión protestante, porque usted pasa protestando, embromando, siempre embromando». Nos llevábamos bien de bien, porque yo, claro, va en la edad también. A veces decíamos que complicábamos más las más grandes que las más chicas. Había de

dieciocho hasta cincuenta, y yo le decía a él: «no es eso, ¡pero usted hace seis clases que me tiene picando pared!, ¿yo qué estoy aprendiendo de esto?, ¡ya aprendí! Yo tirando esa pared ya aprendí a picar esa pared, ¡qué me va hacer tirar todo esto! No sea malo, nos va a hacer picar todas las paredes de acá. En vez de conseguir un curso en algo de construcción, lo voy a conseguir en demolición, porque en esto ando volando. Ahí él me decía: «bueno, está bien, venga para acá», me sacaba de ahí y nos enseñaba azotar la pared: cómo dar hidrófugo... Aprendimos mucho, fue muy pesado, pero aunque te parezca mentira nunca sentí nada. Lo hice con tanto gusto que, si me dolía algo, me tomaba algo, me daba algún inyectable, alguna cosa y seguía. Yo creo que me mueve mucho la voluntad, las ganas de salir adelante, pero una cosa es esa práctica y otra es trabajar de eso, no arriesgo la salud.

Mujer. Área metropolitana

En el segundo caso, una mujer participó en un curso de panadería. A consecuencia de ese curso comenzó a elaborar pan y bizcochos en su casa, junto con sus hijos, por lo cual se inició una situación de trabajo infantil a partir de un curso de capacitación para el empleo adulto.

Recuadro 6. Formación para el empleo: consecuencias

—¿Cómo se distribuyen las tareas en la familia cuando elaborás en tu casa?

—Claro, yo les formo la masa, ellos

me la soban, porque a mí el amasado me embroma la columna; vamos armando entre todos y...

—Ellos están aprendiendo el oficio, también.

—Sí, [uno de sus hijos] ahora está haciendo cocina y parte de panadería que le consiguieron acá también, hace poquito, hace un mes, y le gusta.

—Los que te ayudan a sobar la masa, ¿quiénes son?

—[Nombra a dos de sus hijos] y un chiquilín que anda ahí en la vuelta, que no es de la familia, no es mi hijo pero siempre anda ahí.

—¿Y [una de sus hijas] no?

—No.

—Y [su otra hija]?

—No, no (*se ríe*); ella no...

—Esta actividad me decías que la realizás de noche, a partir de las doce, y ellos, ¿hasta qué hora te ayudan?

—Y hasta la hora que termine, hasta las cuatro, y nos acostamos, por lo general a [uno de sus hijos] no lo hago que se quede hasta tanto, porque al otro día le cuesta levantarse y es un chiquilín que es demorón para levantarse; [otro hijo] no, porque el estudia lunes, miércoles y viernes.

—¿Y [otro de sus hijos] sí se queda?

—Sí; los días que no tiene estudio, sí. Aparte es muy de trasnochar, no es de acostarse temprano; entonces, digo, como que presta más para...

—Y después, la otra que colabora en la tarea es [una hija] vendiendo.

—Sí.

Mujer. Realiza un curso de panadería a través de una ONG. Área metropolitana.

CONFIGURACIONES DE CAPITAL DE LAS FAMILIAS

Para comenzar con el análisis en este nivel vamos a presentar a una matriz cualitativa que muestra gráficamente los principales elementos vinculados al perfil de las familias relevadas.

Esta matriz presenta información sobre la carga reproductiva del hogar, el tipo de hogar, estimaciones sobre el nivel de riesgo vinculado al trabajo infantil en cada familia, descripción de la situación en relación a la estructura de oportunidades que genera la situación de trabajo infantil, una estimación sobre el tipo de pobreza que presenta la familia, el área de residencia y una estimación de los casos en que la carga reproductiva especifica el tipo de trabajo infantil.

Aclaraciones sobre la matriz

En la primera columna se pone «Sí» cuando hay una pareja referente adulta a cargo del hogar. No hablamos de padre y madre, porque en muchos casos no son padres y madres de todos los niños, adolescentes y jóvenes a cargo.

En la segunda columna se pone la edad de la referente femenina adulta a cargo.

Las siguientes columnas tienen las edades de los jóvenes, adolescentes y niños a cargo. Los mellizos tienen el número duplicado y los menores de un año tienen cero. No todos los registrados son hijos; se incluyen nietos y agregados.

Para estimar el nivel de pobreza se tomó el siguiente criterio:

Pobreza reciente: sin NBI pero con ingresos sobre la línea de pobreza;

Pobreza inercial: con NBI pero con ingresos sobre la línea de pobreza;

Pobreza estructural: con NBI y con ingresos debajo de la línea de pobreza;

Sin pobreza: sin NBI y con ingresos sobre la línea de pobreza.

Se ha señalado especialmente con distintos tonos de gris los casos en que la carga reproductiva determina la gravedad (media y alta) del trabajo infantil relevado en la familia, esto es, sin que sea la causa principal, lo hace inevitable.

Cuadro 2. Perfil de las familias (área metropolitana)

A	B	Edades de los niños y jóvenes a cargo	C	D	E	Situación que desencadena el problema	Nivel de pobreza	F
No	41	19, 17, 16, 15, 14, 13, 9, 9	2	8	Alto riesgo	Mendicidad, recolectores	Pobreza estructural	
No	43	21, 21, 12, 12, 7, 5, 4, 2, 0	3	9	Alto riesgo	Mendicidad, recolectores	Pobreza estructural	
Sí	29	11, 5, 4, 3, 1	2	5	Alto riesgo	Mendicidad, recolectores	Pobreza estructural	
No	38	19, 14, 6	7	3	Bajo riesgo	Moza de bares, limpiezas, desocupada	Pobreza reciente	
No	37	12, 11	1	2	Riesgo medio	Cuidado de enfermos, servicio doméstico	Pobreza inercial	
No	32	14, 9, 7, 6, 0	3	5	Alto riesgo	Recolectores	Pobreza estructural	
No	39	19, 17, 9, 6, 5, 3, 2, 0	3	8	Riesgo medio	Empleada formal en hotel	Pobreza inercial	
No	38	18, 17, 15, 8	5	4	Bajo riesgo	Recolectores	Pobreza inercial	
No	38	9, 7, 4, 2	2	4	Alto riesgo	Recolectores, venta de caramelos, M. Modelo	Pobreza inercial	
Sí	29	14, 5	9	2	Riesgo medio	Recolectores, changas mecánica	Pobreza estructural	
Sí	37	14, 8, 7, 4, 1	3	5	Alto riesgo	Recolectores, mendicidad	Pobreza estructural	
Sí	27	11, 5	6	2	Alto riesgo	Recolectores	Pobreza estructural	
Sí	31	14, 13, 10, 7, 4, 1	3	6	Bajo riesgo	Tragedia	Pobreza reciente	
Sí	39	19, 16, 15, 12, 6	3	6	Riesgo medio	Fabricación artesanal de redes	Pobreza inercial	
No	44	21, 17, 19, 15, 13	4	5	Riesgo medio	Tragedia	Pobreza inercial	
Sí	46	22, 19, 18, 15, 14, 8	3	6	Alto riesgo	Changas, recolectores, limpieza	Pobreza estructural	
No	38	21, 20, 15, 12, 6, 2	4	6	Alto riesgo	Robo, prostitución, trata de blancas	Pobreza inercial	
No	37	15, 9, 8, 5, 2	3	5	Alto riesgo	Mendicidad, cuidacoches	Pobreza estructural	

A	B	Edades de los niños y jóvenes a cargo	C	D	E	Situación que desencadena el problema	Nivel de pobreza	F
Sí	40	22, 21, 20, 19, 15, 14, 7, 4, 2, 0	2	10	Alto riesgo	Trabajo doméstico rural y ahora urbano	Pobreza inercial	
No	37	19, 14, 13, 13, 4, 2	3	6	Alto riesgo	Madre sola y enferma crónica	Pobreza estructural	
No	38	21, 18, 16, 15, 7	4	5	Alto riesgo	Recolección, feria, trueque	Pobreza estructural	
No	32	15, 14, 10, 8, 6, 4, 0	3	7	Alto riesgo	Ex recolectores, mendicidad, marido preso	Pobreza estructural	
No	37	17, 10, 8	5	3	Riesgo medio	Ex recolectora. Limpiadora en seguro de paro	Pobreza inercial	
Sí	45	14, 12, 11, 3	4	4	Riesgo medio	Pescadores artesanales	Pobreza Inercial	
No	30	14, 12, 11, 8, 0, 0	3	6	Alto riesgo	Mendicidad. Hija con enfermedad renal	Pobreza estructural	
No	27	10, 9, 8, 7, 3, 0	2	6	Alto riesgo	Recolectora, venta de ropa en feria	Pobreza estructural	
Sí	39	19, 15, 13, 11, 9, 7	2	6	Alto riesgo	Ex zafrero rural, actual recolector	Pobreza estructural	
Sí	36	15, 7, 4	3	3	Bajo riesgo	Ex productor rural quebrado. Comerciante	Sin pobreza	

Referencias: A. Padre y madre en el hogar. B. Edad del referente adulto femenino. C. Promedio de distancia entre nacimientos. D. Cantidad de hijos. E. Nivel de riesgo vinculado al trabajo infantil. F. Impacto crítico de la carga reproductiva.

Cuadro 3. Perfil de las familias (interior)

A	B	Edad de los niños y jóvenes a cargo	C	D	E	Situación que desencadena el problema	Nivel de pobreza	F
Salto								
Sí	41	19, 18, 17, 14, 12, 10	2	6	Alto riesgo	Zafra naranja, niñera	Pobreza estructural	
Sí	34	15, 14, 13, 12, 11, 10, 0	3	7	Alto riesgo	Taller chapa y pintura	Pobreza inercial	
Sí	59	36, 21, 15, 14, 13, 12, 11, 11, 10, 0	4	11	Alto riesgo	Taller de motos y bicicletas	Pobreza estructural	
Sí	30	11, 10, 8	2	3	Riesgo medio	Trabajador formal construcción	Pobreza inercial	
Sí	44	17, 14, 12, 10	4	4	Alto riesgo	Zafra naranja, artesanías	Pobreza estructural	
Rivera								
No	40	20, 28, 15, 14, 8	4	5	Alto riesgo	Tragedia	Pobreza reciente	
No	30	13, 7, 6, 4, 3, 1	2	6	Alto riesgo	Tragedia	Pobreza reciente	
No	50	20, 17, 14	3	3	Bajo riesgo	Recolectores	Pobreza reciente	
Sí	37	19, 17, 15	2	3	Bajo riesgo	Trabajadores formales	No hay pobreza	
Sí	43	15, 12, 11, 2, 0		6	Alto riesgo	Zafra público	Pobreza estructural	
Maldonado								
No	49	17, 15, 13	4	4	Bajo riesgo	Informalidad	Pobreza reciente	
Sí	45	28, 26, 22, 15, 15, 13, 11, 9, 4	3		Alto riesgo	Mendicidad, informalidad, prostitución	Pobreza inercial	
Sí	43	27, 25, 23, 20, 17, 16, 15, 13, 12, 10, 7	2	11	Alto riesgo	Mendicidad, casero rural	Pobreza estructural	
Sí	44	23, 15, 13, 11, 8, 6	3	6	Riesgo medio	Artesanías, recolectores	Pobreza inercial	
Sí	34	14, 13, 12, 11, 10, 8, 5, 1, 1	2	10	Alto riesgo	Desempleo	Pobreza estructural	

A	B	Edad de los niños y jóvenes a cargo	C	D	E	Situación que desencadena el problema	Nivel de pobreza	F
Florida								
No	34	18, 14, 16, 16, 7, 6, 1	3	7	Alto riesgo	Tragedia	Pobreza estructural	
Sí	42	26, 17, 14, 12, 10, 4, 3	4	7	Riesgo medio	Ruptura familiar	Pobreza estructural	
Sí	70	15	0	1	Riesgo medio	Vive con sus abuelos. Peones rurales	Pobrezaa inercial	
Sí	40	13, 10, 6	4	3	Bajo riesgo	Trabajo formal rural	No hay pobreza	

Referencias: A. Padre y madre en el hogar. B. Edad del referente adulto femenino. C. Promedio de distancia entre nacimientos. D. Cantidad de hijos. E. Nivel de riesgo vinculado al trabajo infantil. F. Impacto crítico de la carga reproductiva.

Capital físico

Salvo en los casos en que no se presentan indicadores de pobreza, la dotación de capital físico de las familias es baja y tiende a deteriorarse cuando lo pierde por venta, robo o deterioro.

Antes de analizar específicamente cada indicador de capital físico, haremos una aproximación etnográfica al contexto *ecológico* en el que se desarrolla la reproducción y algunas veces la producción familiar, en los casos de pobreza extrema e inercial.

Recuadro 7. Descripción del ámbito familiar 1

La vivienda es completamente precaria, hecha con material de desecho, lata y cartón. El techo está inclinado, a punto de caerse. Es sólo una habitación, que está llena de camas. Mientras estuvimos en la entrevista, Mario estaba durmiendo ahí, al lado. Una cama es para la pareja, Laura y Juan. En otra Oscar, en otra Luis y, en otra, Loli y Carolina. Es un hacinamiento completo y no tienen cocina. Hay un bra-

sero afuera, donde cocinan. Las condiciones de higiene dentro del hogar son casi inexistentes: las camas sin sábanas, los gurises subidos a las camas con zapatos, y todo lleno de estantes con montones de ropa. Bolsa de fruta y verdura colgando. Me cuentan que hacen sus necesidades en un balde y tiran para el arroyo.

Nota de campo. Área metropolitana. Recolección y mendicidad

Recuadro 8. Descripción del ámbito familiar 2

Se trata de una vivienda completamente precaria. Ella pidió disculpas por el desorden y me explicó que se llueve la chapa. [Uno de sus hijos] enseguida me trajo un banco —una estructura con una tabla suelta arriba. Ella también se sentó —está embarazada y espera para enero— y [su hijo] se quedó parado o sentado en el piso. Las demás niñas entraban y salían o jugaban en el piso con un par de gatitos recién nacidos que andaban por ahí. Ese lugar en el que estábamos tenía techo de chapa, que estaba agujereado, costaneros en las paredes recubiertos con pedazos de moquete, y piso de tierra. En el suelo

había mugre por todos lados, un par de gatos, una rata en la vuelta. Había un sillón cubierto de cosas, en el que no se podía sentar, un mueble donde guardaban cosas de cocina, una heladera y, en una esquina, una pequeña mesadita con una cocinita a gas, que, como no tenían plata para el gas, no la estaban usando. En el centro de la habitación había un tacho de lata con una parrilla arriba —el braceró, que es lo que actualmente utilizaban para cocinar.

La vivienda tiene dos habitaciones. La primera, donde se realizó la entrevista, es digamos la parte social, donde se encuentra el braceró y las cosas de la comida. En

esta habitación no hay mesas ni sillas. La segunda tiene una cama matrimonial y, pegada a esta, una cama simple. Los niños duermen con el padre en la cama matrimonial; las niñas duermen para los pies y los nenes al lado del padre. [La entrevistada] duerme en la individual y, a veces, se pasa la más chica con ella. Pegado a las camas se encuentra un cubículo con un pozo y unos bloques, que funcionan como water. Esta pieza tiene un ropero que está atiborrado de ropa, muñecos y demás, ya que [otro hijo] lo abrió para mostrarme unos championes que le había comprado a una

de las nenas. La higiene del lugar es muy mala. [Un hijo] me dijo: «perdoná el olor a pichí; es que los gurises se mean en el piso». Efectivamente, en esta pieza había manchas de pichí en restos de alfombra. En el baño tuvieron que poner nylon porque también se llovía. Todavía se llueve. Arriba de las camas es el lugar en el que no se llueve, que está cubierto por nylon. Las camas también tienen nylon arriba del colchón, que no tiene sábanas sino unos acolchados arrollados.

Notas de campo. Área metropolitana. Recolección y mendicidad

Recuadro 9. Descripción del ámbito familiar 3

La casa tiene tres habitaciones. En una de ellas hay una garrafa y un mostrador donde cocinan. No tienen baño. En la habitación que se desarrolló la entrevista había una mesa de comedor con sillas y seis camas (cuatro individuales y una cucheta). Esa pieza es de costaneros revestida de cartón y tenía un par de afiches colgados. Una tele chica, blanco y negro, que es la que funciona y una radio que funciona. Había una tele grande, que es la que le habían dado a los gurises para vender. No tienen baño; hacen sus necesidades en un balde y tiran en un pozo que hicieron ellos

afuera de la casa. El agua la van a buscar a media cuadra (una canilla en común en el asentamiento) y la ponen en bidones de cinco litros (de la observación se vio que los perritos y gatos que andaban en la vuelta lamían el borde de los bidones). El tema de la luz es pinchada pero tienen baja tensión, por lo que no pueden usar la heladera, la cual la tienen afuera de la casa. Tienen una cocina eléctrica rota que tampoco se usa.

Nota de campo. Familia con nueve integrantes, madre sola, pobreza estructural, mendicidad, recolectores: tres generaciones de trabajo infantil.

Recuadro 10. Descripción del ámbito familiar 4

Se llega mediante la subida a un cerro por una trilla de barro. El barrio es un asentamiento de casillas de madera muy pequeña, con un sector de casas —piezas

de material (muy antiguas) que son de propiedad municipal.

La casa de X está en el medio de un barrial inundado de aguas servidas. El

olor es impresionante y, dentro de la casa, en donde hacemos la entrevista, hay una nube permanente de moscas que rodean a todas las personas que hay adentro.

X vive con tres hijos de una pareja anterior, de quince, doce y once años, y con tres hijos de la pareja actual, que convive con ella, de tres y dos años y ocho meses de edad. Su actual compañero (al que no vimos) es obrero municipal contratado y fue compañero de escuela de ella cuando iban a una escuela de recuperación. Fátima impresiona como una persona con algún nivel de retardo. Es una mujer envejecida y agobiada, que tiene un discurso que gira alrededor de la situación crítica de salud de sus hijos pequeños (pasan gran parte del año internados por enfermedades infecciosas) y de las gestiones que está haciendo su actual compañero para cobrar la asignación de los hijos más pequeños.

El clima dentro de la casa es agobiante. La entrevista se realiza en un contexto en el cual están todos los hijos presentes (menos Z, que está trabajando), dando vueltas alrededor de la madre. En todo

momento, X tiene a upa a su hijo Luis, de tres años, que está con fiebre alta, diarrea y vómitos. El diagnóstico que le dio el médico es de posible parasitosis. El niño permanece casi inmóvil durante toda la entrevista. La madre manifiesta que hace dos días que solo toma agua. No le han dado medicación; lo único que está haciendo es hidratándolo, por lo que si esta situación continúa, es posible que termine en otra internación.

El ambiente es caótico: dos sofás totalmente destruidos, cubiertos de ropas viejas y trapos, una cuna de bebé en mal estado y algunas sillas de plástico. La pieza está mal iluminada y, fuera de ella, se ve arriba de una madera una serie de utensilios de cocina.

Por la oscuridad no se logra ver la parte de la pieza donde duermen los adultos. Estamos al mediodía, pero la casa no tiene ventanas.

Nota de campo. Familia con seis hijos en pobreza extrema. Trabajador zafral municipal. Interior del país.

A partir de estos casos queremos mostrar las dificultades existentes en estos contextos para bloquear la transferencia de pasivos a los niños. Directamente, en estas condiciones está en compromiso la reproducción familiar. El hacinamiento, la ausencia de un espacio infantil dentro de la vivienda, no solo la falta de higiene, sino la ausencia de lugares específicos como el baño y la cocina, devienen en un ámbito muy complejo para la socialización de un niño. Este tipo de contexto expulsa al niño del hogar. En todo caso, el nivel de riesgo existente dentro del propio hogar hace que los niños más activos opten por pasar la mayor parte del tiempo en la calle. En varias entrevistas a niños surge que existe un tiempo de no trabajo en la jornada callejera, pero ellos insisten en volver a su casa porque es imposible estar allí.

Luego de describir el contexto vinculado a la vivienda, capital físico por excelencia, exploraremos otras dimensiones.

Ingresos

En términos generales es difícil estimar el ingreso promedio de estas familias, ya que la variedad de fuentes, el intercambio no monetario de bienes, los ingresos por prostitución, venta de droga y robos (que no se declaran) hacen que las cifras sean poco confiables. Por otra parte, en su mayoría estas familias no tienen control sobre ingresos y gastos.

En el procesamiento de las entrevistas estimamos niveles de pobreza a partir del análisis integrado de los ingresos declarados, el peso de la carga reproductiva y las condiciones generales de vida en cada caso. Como resultado de ello encontramos 49% de estas familias en situación de pobreza estructural, esto es, con necesidades básicas insatisfechas e ingresos insuficientes para asegurar su sobrevivencia. Existen algunos casos sin ingresos monetarios o con ingresos menores a ochocientos pesos. En situación de pobreza inercial se encuentra el 32%, que mantienen las necesidades básicas insatisfechas pero mejoran la situación de ingresos aunque estos, en la mayoría de los casos, no superan los tres mil pesos. Encontramos 13% de pobres recientes, que tienen sus necesidades básicas resueltas e importantes activos, pero han perdido sus ingresos por situaciones trágicas familiares o por desocupación. Finalmente hay 6% (tres casos) sin indicadores de pobreza, donde el trabajo infantil está vinculado a formas de socialización local (interior del país) o a estrategias de socialización laboral temprana de sectores medios en empresas familiares.

Los ingresos que obtienen las familias se originan básicamente por la venta de los materiales que recolectan, tanto a empresas que compran los productos clasificados (venta de plástico, papel, metales, etcétera) como directamente en ferias vecinales (objetos de consumo doméstico), la mendicidad directa o la venta de servicios (llevar paquetes, limpiar parabrisas, hacer mandados), o por tareas informales de construcción, jardinería, servicio doméstico y cuidado de niños.

Como ya se adelantó, no todos los potenciales beneficiarios de subsidios de la seguridad social (asignaciones familiares y otros) acceden a ellos.

Acceso a bienes y servicios básicos

El acceso a *bienes y servicios básicos* también es muy limitado. La mayoría de las familias habita en viviendas con terminaciones deficientes, sin una separación entre el espacio infantil y el adulto, con problemas de hacinamiento, falta de cocina y baño, y condiciones precarias de higiene.

La mayoría de las viviendas tiene servicio de luz, en algunos casos con tarifa social y en otros con conexiones clandestinas. Todas las familias tienen acceso al agua potable, aunque solo en pocos casos esto se da en el interior de la vivienda.

Todas las familias relevadas tienen acceso al sistema de salud público, salvo contados casos que acceden a una mutualista por convenios laborales.

La mayoría de las familias no tiene calefón o un sistema alternativo para bañarse; pocas tienen heladera y la mayoría tiene televisión (en unos pocos casos es en blanco y negro).

La mayoría de las familias declara no ser beneficiaria de la seguridad pública. Los robos, amenazas y atentados son frecuentes y cuando interviene la policía se percibe un mayor riesgo que cuando no lo hace.

El realojo de familias en zonas alejadas del centro ha generado situaciones donde se acumulan fuertes pasivos que se transmiten a las familias provenientes de otros contextos. La seguridad en estos nuevos barrios es muy deficiente e impacta directamente sobre los niños. Una madre plantea el problema en estos términos:

Yo tuve una vivienda por el Ministerio y la abandoné, y la dejé porque el barrio era muy bravo y tenía muchos problemas, pero yo recibí. [...] Estuvimos ahí cinco años [...], había mucho ladrón, se vivía mal. Mi hijo el mayor había agarrado malos vicios, malas juntas y yo, por el bien de él, me quise ir. [...] Cambié esa vivienda por otra en Camino Maldonado. Ahí era muy lindo, pero muy alejado. Mi hijo no podía salir, nos faltaban todas las cosas. La mayoría de las veces pasábamos hambre. Sacábamos comida de un cuartel; nos daban la comida todos los días. Cuando nos vinimos para el centro nos cambió la vida. ¿En qué sentido? Nos cambió la vida. Es otra cosa. Nos encanta el centro. Cuando nos vinimos para acá, los nenes salían a los ómnibus y fue como un respiro. No nos faltaba para el pan, leche, ni comida.

La precariedad de las viviendas en términos constructivos, y fundamentalmente espaciales, sumada a las actividades de recolección y clasificación que realiza la mayoría de las familias, determinan que la *relación entre el espacio infantil y el espacio adulto*, así como la *relación entre el espacio productivo y el reproductivo* sean muy estrechas, ya que el reciclaje se realiza en el propio hogar. Una niña de ocho años cuenta cómo juega con una de sus amigas: «le decía (a mi amiga) que íbamos a jugar a los papeles porque mi abuela tenía un coso bien lleno de papeles y entonces nosotras saltábamos ahí arriba y, si mi abuelo llegaba, nos sacaba correteando». En este caso, el abuelo es el único miembro de la familia que se opone a que la niña recicle, y es obvio que la niña juega a reciclar.

Además de los casos de recolección y clasificación, se constataron otras actividades laborales como el tejido de redes o la cría de animales, en cuya ejecución se integran los espacios productivo y reproductivo —estas actividades se realizan en la vivienda o en su predio correspondiente—, así como el espacio infantil y el adulto —niños que ayudan en el tejido de redes mientras miran televisión, o que colaboran en el cuidado de animales como una forma de juego. Lo mismo sucede cuando se realizan actividades dentro de los predios rurales.

La escasa dotación de capital físico y la fuerte vinculación entre espacios productivos y reproductivos constituyen características comunes a estas familias.

Solo en uno de los casos relevados de recolectores existía un lugar de reciclaje separado del ámbito de residencia. Entre los activos físicos se cuentan los carros de mano y para tirar con bicicleta. También existen, aunque en menor cantidad, caballos y sus correspondientes carros. En algunos casos se dispone de herramientas para la construcción y para jardinería.

En los casos más precarios, salen a recolectar con bolsas y carros de mano. Algunas familias que recolectan en zonas alejadas de su residencia van en carros tirados por bicicletas. Quienes tienen carros con caballo argumentan que esta opción es cada vez más problemática: «un caballo cuesta entre dos mil y dos mil quinientos pesos, y los roban a cada rato... Por Camino Maldonado están carneando caballos para comer. Los roban para carnearlos». También se da el caso de robo de bicicletas cuando salen a recolectar los «más chicos», por lo que este tipo de recolección generalmente está reservada para los adultos hombres.

Capacidad de subsistencia

Todas las familias han demostrado una fuerte capacidad de subsistencia, sobre todo a partir de la inserción en un mercado informal que tiene reglas y supone un manejo de zonas, lugares de trabajo, una lectura de los hábitos de la población y una búsqueda incesante de nichos de oportunidad. Esta fuerte mercantilización de la subsistencia se asienta en el conocimiento transmitido por redes informales, de las cuales los niños forman parte activamente. En una proporción importante de casos precisamente son los niños quienes recogen de las redes informales las estrategias para conseguir ingresos, e introducen a sus padres en modalidades que estos desconocen. Claramente las familias relevadas han logrado procesar situaciones sumamente complejas, con un fuerte costo personal y familiar. En este sentido, una madre desempleada por el cierre de la empresa en la que trabajaba plantea:

Quando se fue la empresa se me vino la casa abajo. Fue todo barranca abajo, porque a los pocos días X desapareció. Había desaparecido, no se encontraba por ningún lado (tenía doce años en ese momento). ¿Y dónde está X?, y X había estado todo el día con un frío en pleno invierno —fue en junio que ellos se fueron—, y X había estado pidiendo monedas en Av. Italia y Comercio. Yo casi me muero cuando lo vi. Trajo un montón de monedas así, en el buzo; las tiró arriba de la cama y me dijo: la empresa se fue pero yo te voy ayudar [se pone a llorar, se desarma y luego retoma]. Yo casi me muero cuando me dijo eso. Y ahí empezó la loca carrera de la calle, la calle, la calle... quizás de ver como que él había asumido la responsabilidad de ser el que aportaba, porque después lo siguió el otro hermano y, después, lo siguió el Z, con ocho años lo siguió; también hacía lo mismo. Después se compraban un lampazo, un poquito de jabón o algo, iban y limpiaban parabrisas. Yo me olvidé de que eran niños. Los tomé como personas adultas. Eran tan responsables que pensé que iban a ser responsables en muchas cosas, y ahí la embarré.

No puse límites. Sabés que si llegaban a las dos o tres de la mañana, me decían: «estábamos acá pero no hicimos plata, nos tuvimos que ir a Portones, nos tuvimos que ir a Tres Cruces, nos tuvimos que ir... yo que sé, al Géant». Yo les creía; yo estaba tranquila. Jamás me pareció que ellos pudieran hacer algo malo, jamás [se le caen las lágrimas], pero había de todo en la calle [...] Yo no salía a trabajar, a veces porque no tenía ganas. Cuando trabajaba acá en la [...], X tenía nueve años, Z era de meses. No tuve ganas de salir a trabajar y dejar a un niño de nueve años a cargo de hermanos.

Capacidad de endeudamiento

Este es un aspecto importante en la dinámica de las familias. La capacidad de endeudamiento no está vinculada necesariamente a la capacidad de pago, sino a la existencia de ingresos relativamente formales y periódicos. Así, cuando en la familia existe una jubilación o un pago —aunque sea informal— quincenal o mensual, se dispara inmediatamente la estrategia de compra a crédito en el almacén (con libreta) o la búsqueda de préstamos informales en casos de urgencias, sobre todo médicas.

Capital humano

Los adultos que integran las familias relevadas tienen *trayectorias educativas* distintas. La mayoría de los adultos, sobre todo cuando hay varias generaciones de trabajo infantil, tienen primaria incompleta. En el interior del país esto es prácticamente una constante, salvo en Maldonado, donde la situación se asemeja más a la del área metropolitana.

Hay personas con secundaria completa, pero la mayoría de quienes han cursado secundaria no pasaron del ciclo básico. Varios tienen UTU incompleta, así como diversos cursos de peluquería, panadería, corte y confección. En los casos sin indicadores de pobreza, la situación predominante es de secundaria incompleta.

Además de la instrucción formal, algunos adultos recibieron *capacitación para el trabajo* en empresas donde trabajaron, en institutos privados o en organizaciones sociales.

La mayor parte de los niños mantiene vínculos con la enseñanza primaria, pero hay fuertes indicadores de rezago, por ejemplo, repeticiones, asistencia insuficiente, extraedad o expulsiones por problemas de conducta. Un número importante de niños asiste a escuelas especiales o están diagnosticados con enfermedades psiquiátricas.

Entre quienes acceden a enseñanza secundaria, en términos generales la deserción es amplia. En algunos casos la familia trata de promover la asistencia de por lo menos un integrante a secundaria. En el discurso de las familias y de los niños está presente la voluntad de una inserción futura en UTU o en carreras militares, pero las trayectorias muestran que esta intención se frustra año a año por diferentes motivos.

En la mayoría de los casos no existen en la familia activos de capital humano que puedan apoyar a los niños y adolescentes en su escolarización.

En cuanto a la *carga reproductiva del hogar* encontramos una situación heterogénea. Ello se muestra en los cuadros 2 y 3. El promedio de niños adolescentes y jóvenes a cargo del hogar es de 5,5. Constituye una carga extremadamente alta, si además se toma en cuenta la distribución de distancia entre nacimientos. En los casos más complejos, la carga reproductiva concentrada en menos de una década especifica la situación de pobreza y de trabajo infantil.

La familia tipo es una fratría con una madre y varios padres, que no están totalmente ausentes, ya que entran y salen del grupo familiar, sobre todo cuando viven en la misma zona.

En muchas familias conviven hermanos, nietos, primos e incluso menores de edad ajenos a la familia. En la mayoría de los casos, la pareja masculina no es padre de todos los menores de edad que están a su cargo. En otros, la madre no es madre biológica de todos los niños que conviven con ella. En algunos casos, los jefes de hogar son los abuelos.

En los casos de carga reproductiva alta, es imposible pensar en una inserción de la madre en el actual mercado de trabajo formal. Por otra parte, cuando estas mujeres salen a mendigar para sobrevivir no tienen otra opción que llevar consigo a todos los niños, por lo menos a los menores de ocho años. Sin negar el hecho de que al salir con los niños tienen más probabilidades de recibir dinero y diferentes bienes, es atendible el argumento de que en el contexto en que viven es imposible dejar a un niño solo en la casa.

Capital social

Los vínculos que mantienen estas familias con instituciones y redes sociales pueden considerarse escasos. Si bien la relación con las *instituciones educativas* es fuerte en términos de asistencia, en muchos casos resulta problemática. En primer lugar, porque como consecuencia de las precarias condiciones de vida de las familias y del propio trabajo de los niños y adolescentes, el rendimiento escolar se ve comprometido. Los niveles de rezago escolar son importantes entre algunos participantes del proyecto y los problemas de aprendizaje son reconocidos por algunos entrevistados adultos. Aunque no es posible arribar a conclusiones generales, se ha constatado en varios casos que el comienzo de procesos de repetición o de mal desempeño escolar coincidió con el inicio de actividades laborales.

Las familias no sienten que estén recibiendo apoyo desde el sistema educativo y no lo visualizan como una potencial ayuda para sus hijos. Los relatos vinculados a la escuela y al liceo o UTU refieren al manejo de conflictos generados por los hijos, o a una concepción abstracta del valor de la educación, que no tiene un referente empírico en la práctica concreta.

Los adolescentes son objeto de estigmatización por sus compañeros de estudio. Así lo describe una niña, al responder sobre las cosas que no le gustan de la escuela: «No me gusta cuando los niños me relajan; me dicen pijoja, mugrienta». Quienes sienten más esta estigmatización son los adolescentes de las familias que tienen mayores activos de

capital humano y cultural. En varios casos plantean la «vergüenza» que implica salir a recolectar y los problemas que surgen en el liceo por su notoria pobreza.

Las instituciones parecen tener una débil capacidad de contención para estos niños y adolescentes de contextos familiares críticos. A ello se suma, en algunas zonas, que ni siquiera existan escuelas de tiempo completo, clubes de niños del INAU o centros CAIF.

La relación con *organizaciones de protección social gubernamentales y sociales* es baja. Existen usuarios de CAIF y otros servicios del INAU, niños y adolescentes en programas con ONG en convenio con INAU y organismos internacionales, y en general, las familias son usuarias de servicios públicos de salud y alimentación.

Como se indicó anteriormente, las *relaciones de apoyo con los vecinos* están limitadas por la precaria condición económica y la fragmentación al interior de estas comunidades.

Del mismo modo, las *relaciones de apoyo con familiares* se encuentran condicionadas por la escasez de recursos de las familias de procedencia de los adultos. En muchos casos esto se agrava por el desarraigo territorial, que separa las familias, y por los conflictos familiares generados en un contexto violento, donde se rompen vínculos a partir de robos, homicidios y otros eventos traumáticos.

Capital cultural

¿Por qué trabajan los niños y adolescentes de las familias estudiadas? Esta es una de las preguntas que han guiado la investigación. Para considerar el capital cultural de estas familias es bueno comenzar por formular la pregunta contraria. Teniendo en cuenta la situación de extrema precariedad económica y social en la que vive la gran mayoría de estas familias, su incertidumbre, en muchos casos absoluta, respecto a la supervivencia, ¿por qué algunos niños y adolescentes de estas familias no trabajan? O, al menos, ¿por qué en muchos casos se constatan valoraciones negativas a que trabajen los integrantes más jóvenes de estos hogares?¹

La humanidad vivió, en todas las épocas, situaciones generalizadas de trabajo infantil y adolescente. Es más, hasta hace muy poco tiempo ni siquiera existía la noción de niño o adolescente. Apenas las personas contaban con las habilidades físicas e intelectuales mínimas para desarrollar tareas de extracción, recolección o producción de bienes, se incorporaban a esas actividades, que hoy podemos considerar trabajo. Por lo demás, esta parece ser una actividad común entre los mamíferos y otras especies

1 El argumento ha sido tomado de la conferencia dictada por el Prof. Alessandro Pizzorno, «Metodología delle Science Humana», en la Universidad de Trento, Italia, en setiembre de 1999. En esa oportunidad, el Prof. Pizzorno argumentaba a favor de preguntarse por qué muchas personas no delinquen (no roban, por ejemplo) teniendo necesidades económicas y la posibilidad material de obtener bienes mediante el robo, en lugar de interrogarse acerca de por qué algunas pocas en esa situación lo hacen.

animales. Impulsados por la necesidad básica de la supervivencia, los seres humanos procuraron siempre, desde edades tempranas, alimentación y abrigo. Pero lo realmente sorprendente no es verificar que, cuando la supervivencia se ve comprometida, algunos niños y adolescentes trabajen, sino constatar que los seres humanos hemos decidido retrasar el ingreso a la actividad laboral, aun en situaciones de necesidad.

Esto se relaciona con el capital cultural y, más específicamente, con las conexiones entre cultura y economía; ha sido una preocupación constante de las ciencias sociales, desde sus orígenes, y constituye el foco de interés de parte de la investigación social contemporánea. En un reciente trabajo, Ronald Inglehart² ofrece una perspectiva teórica —y evidencia empírica que la sustenta— que consideramos pertinente a los objetivos de este estudio. Este autor sostiene que en los últimos años la humanidad ha experimentado un fenómeno, sobre cuya ocurrencia no existen antecedentes históricos: durante al menos cincuenta años, grandes grupos de población vivieron y se reprodujeron sin que la supervivencia constituyera un problema crítico. El autor se refiere especialmente a los países de Europa occidental, a partir de 1960. Este cambio produjo y aun hoy está produciendo cambios en el nivel de los valores:

Una visión del mundo nueva está sustituyendo gradualmente a aquella que ha predominado en la sociedad occidental desde la revolución industrial. Las consecuencias de esta transformación aún están perfilándose [...]. El cambio de la visión del mundo y las motivaciones nacen del hecho de que hay una diferencia fundamental entre crecer con una conciencia de que la supervivencia es precaria y crecer con la sensación de que la supervivencia de uno se da por supuesta. El impulso de supervivencia es común a todas las criaturas y, normalmente, la supervivencia es precaria [...] el impacto de una prosperidad sin precedentes interactuó con un segundo factor: el surgimiento de un Estado moderno del bienestar, que no llegó a desarrollarse plenamente hasta las dos décadas posteriores a la guerra. El sentimiento de seguridad existencial, no de riqueza absoluta, es la variable más importante y el Estado del bienestar reforzó el crecimiento económico al producir un sentimiento de seguridad [...]. Por primera vez en la historia, cantidades enormes de personas crecieron con el sentimiento de que la supervivencia podía darse por supuesta.³

Cuando la supervivencia se da por supuesta se producen cambios culturales. Inglehart retoma la dicotomía clásica entre valores *tradicionales* y *modernos*, agregando una tercera categoría, la de los valores *posmodernos* que, de acuerdo con los resultados

2 Ronald Inglehart, *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Centro de Investigaciones Sociológicas, colección Monografías, n° 161, Madrid, Siglo XXI, 2001. El autor es investigador del Institute for Social Research de la Universidad de Michigan y uno de los coordinadores de la World Value Survey.

3 Inglehart, o. cit., pp. 40-41.

de su trabajo, comienzan a consolidarse en los países occidentales desarrollados. Constituyen el pasaje de los *valores de supervivencia* a los *valores del bienestar*. Esta nueva visión del mundo tiende a maximizar el bienestar subjetivo (preocupación por la calidad de vida, el ocio y el desarrollo de proyectos personales) y está en la base de estilos de vida orientados, entre otras cosas, al retraso del inicio de la reproducción (maternidad y paternidad tardía),⁴ la permanencia en el sistema educativo y el retraso en la inserción al mercado de trabajo.

La perspectiva de Inglehart es aplicable al caso uruguayo, pero en un sentido cronológico inverso. Constituye un elemento de interés para el investigador —y de preocupación para el ciudadano— constatar que Uruguay vivió un proceso histórico inverso al que Inglehart describe respecto a los países occidentales desarrollados: vivió un período de prosperidad económica anterior a la reconstrucción europea y fundamentalmente desarrolló un *Estado moderno de bienestar* aun antes de la prosperidad. Este Estado promovió en forma pionera valores modernos, e incluso posmodernos, en el sentido dado por Inglehart, en las primeras décadas del siglo XX. Así, por ejemplo, ya en 1914 se presentó a la Cámara de Diputados el proyecto de ley del Dr. Eduardo Acevedo que, con modificaciones, fuera luego aprobado y conocido como la ley de las ocho horas. Se incluía en este proyecto la prohibición del trabajo de menores de catorce años y la reducción de la jornada laboral de los menores de diecinueve. En un artículo escrito en el diario *La Democracia*, Luis Alberto de Herrera manifestaba su oposición a la nueva legislación laboral, en los siguientes términos:

[...] *aquí no hay gran industria, ni masa obrera, ni burguesía acaudalada ni pavorosos problemas de carácter social. Nuestro país no es otra cosa que una pobre y oscura republiquita, donde todo está en ciernes, sin capitales, con muy escasa población y alguno que otro embrión de fábrica [...]. Y siendo así, ¿qué significa esta racha anticapitalista que sopla en las alturas oficiales? A nuestro juicio, no tiene un fundamento legítimo; no expresa una exigencia del ambiente, ni es tampoco la resultante obligada de una etapa social.*

4 Dicho sea de paso, la preocupación por el embarazo adolescente puede ser considerada desde la misma perspectiva expuesta al comienzo de este apartado. Al discutir con un ingeniero agrónomo acerca del problema del embarazo temprano en sectores desfavorecidos de la sociedad uruguaya, nos planteaba con asombro que eso no era un *problema*. Lo realmente extraño era que muchos seres humanos decidan actualmente retrasar la reproducción. Nuevamente la historia de la humanidad, y de los seres vivos en general, es la historia de la reproducción *temprana*. En un contexto en el que la supervivencia no se encuentra garantizada, los seres vivos procuramos reproducirnos más e iniciamos nuestra etapa reproductiva tempranamente. En este sentido, las prácticas reproductivas de los sectores desfavorecidos resultan predecibles y racionales. Lo que constituye una novedad es el retraso sistemático y deliberado del inicio de la reproducción, así como la disminución progresiva del número de hijos deseados entre los sectores favorecidos.

José Batlle y Ordóñez respondía a Herrera desde el diario *El Día*, expresando: «seremos una pobre y oscura republiquita, pero tendremos levecitas adelantaditas». ⁵Efectivamente, buena parte de la legislación batllista (que incluyó la legalización del divorcio, la prohibición de espectáculos públicos violentos, etc.) se adelantó a las *exigencias del ambiente*. Pero la combinación de un Estado de bienestar que comenzó a consolidarse a comienzos del siglo XX con la prosperidad económica de mediados de ese siglo, posibilitó el desarrollo de valores *posmodernos* de manera temprana. Entre ellos puede encontrarse la formulación de los derechos de los niños y adolescentes, y específicamente la valoración negativa de la inserción temprana en el mercado de trabajo.

Buena parte de las familias que fueron entrevistadas en el marco de este estudio (particularmente, las pertenecientes a tres de los cuatro tipos que se presentarán al final de este capítulo) evidencian la permanencia conflictiva de valores contrarios al trabajo infantil —que incorporaron de sus mayores en otra época del Uruguay— con valores que justifican el trabajo de los niños y adolescentes en el marco de un contexto en el que la supervivencia no solo no se encuentra garantizada sino que constituye la principal preocupación vital.

Este conflicto valorativo es asumido por Inglehart en la formulación de dos hipótesis sobre el cambio intergeneracional de valores:

Nuestra teoría se basa en dos hipótesis claves (Inglehart, 1977): 1. *Hipótesis de la escasez*. Las prioridades de un individuo reflejan el entorno socioeconómico: damos mayor valor subjetivo a las cosas de las que existe una oferta relativamente escasa; 2. *Hipótesis de la socialización*. La relación entre el entorno socioeconómico y las prioridades valorativas no es una relación de ajuste inmediato: se produce un lapso temporal considerable entre el primero y las segundas porque, en buena medida, *nuestros valores básicos reflejan las condiciones que predominaron antes de llegar a ser adultos*. ⁶

Recuadro 11. Valores modernos y posmodernos en torno al trabajo infantil

Porque un niño a esa edad debe tener niñez. Si bien él, en general, se hace su espacio y su imaginación le permite... porque yo, así [mira para un costado, como si los estuviera viendo], los veía [se le quiebra la voz y empieza a llorar]...

De su imaginación ponen lo positivo, te ayuda a vos a no quedarte y ahí mejora la situación, pasarla. Pero claro que no es bueno, porque ese es su espacio, su niñez, y a veces esas situaciones en parte se la roban, porque al hacerse ese espacio

5 Citado por Benjamín Nahum, *Manual de historia del Uruguay*, tomo II «1903-1990», Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1995.

6 Inglehart, o. cit., p. 42.

de imaginación, de juego, vos que estás del otro lado lo ves y te das cuenta. De repente ellos... Él en su niñez no, pero a vos te duele porque está ahí y no tiene que estar ahí, pero no tenés otros medios y para él, de repente, ya te digo, lo toman como un juego o como... porque tratan, no sé si por su inocencia o porque trata de escapar de esa realidad, o capaz que uno lo ve de esa manera porque está en un lugar mal, porque estás haciendo algo que no está bien, pero no tenés otra salida. Y ya te digo, eso te ayuda a pasar. A veces es triste cuando mirás y te quedaste, y no sabés cómo y no sabés cómo pasarla... Yo pienso que eso es más duro, porque ellos pasaron esa etapa y la tienen ahí, y ta, pero a veces, cuando no pueden pasarla, deja huellas demasiado feas. Digo, a uno, a mí, a veces me duele como mi hija [la mayor]. Ella, con doce años, tuvo que ser mamá en muchos aspectos, porque yo de no trabajar tuve que empezar a

trabajar, dejarlos al cuidado de ella, ella responsabilizarse de sus hermanos, y con doce años tuvo que hacer un rol que no le correspondía, pero si no lo hacía...Y hoy por hoy pienso que, bueno, estuvo lo positivo también, porque la ayudó a ella a madurar y a saber que... que, bueno, es bueno. A veces uno... no solo estar en la lucha, sino poder salir. Y cuando uno sale, mirás y decís: «si estuve allá, me pasó esto pero salí». A veces es muy triste cuando nos quedamos estancados y no podemos salir y esa situación se hace peor. Quizás, para mí, me pareció frustrante en ese momento, pero ella lo superó, creció y, hoy por hoy, es una persona bien. Y muchas veces ella me dice: «si no hubieras hecho tal cosa», «gracias por lo que hiciste». Y bueno, eso, un poco, te alienta [se vuelve a emocionar], porque tan mal no me salieron.

Mujer. Área metropolitana.

En la transcripción presentada en el recuadro 11 puede apreciarse el conflicto entre el valor posmoderno de la niñez como período vital de formación y recreación, con un valor moderno que Inglehart denomina *motivación al logro*. La madre entrevistada comienza reivindicando que los niños no deben trabajar, pero luego justifica la situación de sus hijos apelando al valor de la autosuperación, de no aceptar condiciones de vida precarias e intentar superarlas mediante el trabajo.

En otros casos, el conflicto se establece entre valores posmodernos y tradicionales. Concretamente, la crítica del trabajo infantil por resultar nocivo para los niños, con el deber de colaborar en la supervivencia del grupo. Este valor se observa claramente entre las familias que se encuentran en situación de pobreza estructural y cuando el trabajo infantil se reproduce generacionalmente. Los niños deben ayudar a la familia, particularmente a sus hermanos más chicos y a sus padres, que ya se encuentran *viejos* para desarrollar ciertas actividades.

Este último aspecto merece ser resaltado. Muchos adultos *jóvenes*, que viven en condiciones de pobreza extrema y que provienen de familias en igual situación, se consideran

viejos. Y efectivamente esto es así. A los cuarenta o cuarenta y cinco años, muchos adultos entrevistados presentaban, producto de las precarias condiciones de vida, accidentes laborales, etcétera, un estado de salud muy deteriorado, que puede asimilarse al de personas con veinte o treinta años más, pertenecientes a sectores favorecidos. En este contexto, el tiempo biológico se acelera respecto al estándar de los sectores favorecidos del país y, en general, al de la población de los países desarrollados. Y así como un adulto de cuarenta y cinco años es viejo, un adolescente de trece años es ya un adulto con obligaciones respecto al sustento de su grupo. De modo que condiciones objetivas relacionadas con el temprano deterioro de la salud y un sistema de valores orientado hacia la supervivencia conducen a la justificación del trabajo infantil. La palabra clave en esta perspectiva valorativa es *ayudar*. Sistemáticamente, los entrevistados —tanto adultos como niños— que justifican el trabajo infantil en el marco de una estrategia de supervivencia grupal utilizan este término para referirse a la actividad. Un niño de once años, que trabaja como hurgador junto con sus padres, lo expresa del siguiente modo:

Junto papel, aluminio, cartón... Ahora sólo con mi madre, que también a veces me acompaña a las viviendas. Antes iba hasta Pocitos con mi padre, pero se nos rompió el carro y mi madre no puede caminar mucho [por el embarazo]. ¡Yo siempre ayudo!! [con gran énfasis].

Y un adolescente de quince años relata de este modo cómo comenzó a trabajar en un puesto de verduras, propiedad de sus padres:

A ellos les parece bien. Aparte, cuando ellos me pidieron si les podía dar una mano porque se les complicaba [...], como que era una mano para mí también, porque si yo no venía, no tenía la ropa guardada en mi ropero, ni la comida en el plato, ni nada. Entonces, era una mano para todos, para mí y para ellos.

En los casos más extremos, la naturalización del trabajo de los niños es total. Se trata de familias que preservan un sistema de valores tradicional, orientado exclusivamente a la supervivencia. Manifiesta una madre, al preguntarle si le parece bien que sus niños trabajen: «Sí, porque se van cambiando los gurises; ellos dicen: «no voy hacer esto», y resulta que lo están haciendo. Que no le gusta pero después le gusta. Que ayuden a la familia». O en palabras de un niño, al preguntarle qué piensan sus padres sobre el trabajo que realiza: «Me dicen que está bien. Cuando consigo **clientes**⁷ nuevos me felicitan».

La *percepción sobre el trabajo infantil* por las familias relevadas varía entonces en torno a tres tipos básicos, que ya fueron identificados en un estudio anterior:⁸

7 El término «cliente» para referirse a personas que entregan alimentos, ropa o dinero periódicamente a los niños que mendigan puerta a puerta, es utilizado frecuentemente por entrevistados que se dedican a esa actividad. La utilización de este término *moderno* en la descripción de una actividad que podría asimilarse a formas primitivas de extracción-recolección, constituye un claro juego semántico de los entrevistados para reivindicar su actividad.

8 CIESU-CETI-OIT, 2004.

- *quienes ven al trabajo infantil como un problema pero lo justifican como mecanismo para la superación de la situación de indigencia;*
- *quienes se preocupan por algunas formas específicas o consecuencias del trabajo, pero admiten que sus hijos trabajen en ciertas condiciones, particularmente en actividades familiares, donde se garantiza la integridad de los niños;*
- *los que aceptan e incluso promueven el trabajo infantil como una obligación para el sustento de los niños pequeños y los viejos (pobreza estructural urbana) o como un acontecimiento natural relacionado con la finalización temprana de la niñez (pobreza rural).*

Si bien la metodología utilizada en el estudio no permite determinar la incidencia cuantitativa de cada uno de estos tipos, podemos afirmar que, entre los adultos, el primero resulta más común que los restantes. Al mismo tiempo, entre los niños se observa una tendencia hacia los dos últimos. Si son correctas las hipótesis de Inglehart sobre el cambio intergeneracional de valores, es probable que, de mantenerse la situación de pobreza de estas familias, las orientaciones valorativas que justifican el trabajo infantil se consoliden entre las generaciones más jóvenes.

El nivel de *valoración de la educación* por los niños y adultos entrevistados se relaciona con los distintos tipos de valores en torno al trabajo infantil. Casi siempre, educación y trabajo constituyen alternativas excluyentes, de modo que quienes tienen una visión negativa del trabajo infantil manifiestan una alta valoración de la educación formal, y quienes valoran el trabajo de sus hijos relativizan la utilidad de la educación formal. De todos modos, la educación, especialmente la primaria, es bien valorada por la mayor parte de los entrevistados adultos.

En un extremo, la educación sigue reconociéndose como uno de los principales mecanismos de ascenso social (valor típico del batllismo):

[Entre estudiar y trabajar prefiero] ir a la escuela, porque primero quiero estudiar, porque yo puedo trabajar de chica pero siempre me van a tomar; como soy chica se van abusar conmigo, me van a dar menos plata o algo, y yo pienso que estudio primero, todo lo que tengo que estudiar para tener un título de algo, lo que sea para que no te pasen por arriba como si nada.

En el otro, la educación pierde su valor como posibilitador de logros a mediano plazo, frente a la búsqueda de logros económicos en el corto plazo:

Lo pusieron en escuela nocturna, terminó y después lo pusieron en un convenio que había con INAME para carpintería, pero fue un par de veces y no quiso ir más. No quiso nada más con el estudio; quiso lavar vidrios, tener plata, limpiar parabrisas, le gustaba la plata y prefirió eso.

Entre ambos extremos se ubica el conflicto entre el deseo de formación-recreación y la obligación de ayudar a la supervivencia del grupo:

Ir al liceo. No me gustaría trabajar a esta edad. Me gustaría, cómo es, ayudar a mis padres como estoy haciendo ahora, pero seguir estudiando, nunca dejar, solo ayudar a mis padres y, si en el verano me sale, una changuita para tener mi plata y yo poder salir, y no tener que andar pidiéndole a mis padres siempre.

O como lo expresa un niño, con una extraordinaria sencillez: «Las dos cosas, porque en la escuela me divierto y en el trabajo ayudo».

Nuevamente, la valoración de la educación resulta mayor entre los adultos que entre los jóvenes. A los problemas de integración en los establecimientos de enseñanza (rezago, violencia, etcétera) que fueron expuestos más arriba, se suma entre los más jóvenes un escepticismo acerca de las posibilidades de ascenso social como consecuencia del estudio. Particularmente grave resulta esta situación en los casos estudiados en localidades pequeñas, vinculadas económicamente a la producción agropecuaria. Aquí la enseñanza primaria aparece como el final natural del ciclo educativo e incluso este nivel es cuestionado respecto a su utilidad para el trabajo futuro. Al respecto expresaba un entrevistado, adolescente de catorce años, residente en Capilla del Sauce, Florida:

- ¿Has pensado en hacer liceo?»
- No, no pienso ir al liceo. Trabajar nomás.
- ¿Y si te dieran a elegir: trabajar o ir al liceo?
- Trabajar

Recuadro 12. Valoración del trabajo frente a la educación

—Trabajar, porque me gusta más trabajar antes de ir a la escuela.

—¿Qué es lo que te gusta más de trabajar antes de ir a la escuela?

—De todo me gusta trabajar a mí, por la plata, porque mi abuela me dice que junte la plata para comprarme ropa. Ahí empecé a trabajar así, para comprarme ropa, y si hago cantidad, la mitad para mi madre, y entonces ahí voy sacando cantidad de plata. Entonces me empezó a gustar trabajar; desde chico me gusta

trabajar. Entonces dije: «me gusta más trabajar que ir a la escuela». Me dicen: «¿por qué?», «porque me gusta la plata, me gusta comprarme cosas con mi propia plata». Y si me dicen: «ah, eso te lo compró tu madre», yo digo: «no, me lo compré yo». «¿Y con qué plata?», «¡con la mía!». «¿Y cómo hiciste?», «trabajando» Eso me gusta, decir así.

Varón, 16 años. Trabaja desde los once años. Área metropolitana.

En cuanto a la percepción del potencial de los niños, las entrevistas realizadas confirman el hallazgo de un estudio anterior ya referido: generalmente las madres concentran sus expectativas en algunos de sus hijos, típicamente los más

chicos, manifestando su escepticismo respecto al futuro de otros de ellos. Incluso llegan a concentrar su atención en los primeros, procurando que permanezcan en el sistema educativo o protegiéndolos, en términos relativos, de la exposición al trabajo infantil. Se trata de una actitud que puede también comprenderse en un contexto de lucha por la supervivencia. Frente al importante número de hijos que por regla general integran las familias y los escasísimos recursos que estas tienen para brindarles, seleccionan a aquellos que, según los adultos, tienen mejores condiciones para superar la situación de indigencia o extrema pobreza. En este sentido expresaba una entrevistada:

- *¿Cómo se imagina el futuro de ellos cuando sean mayores de edad? ¿Qué tipo de actividad cree que desarrollarán?*
- *El de X [el hijo mayor], a la altura que vamos, se ha caminado todo, ni de peón de obra, nada*
- *¿Y el de los mellizos?*
- *No sé, porque son chicos todavía, capaz que la cosa cambie.*
- *¿Y qué actividades pensás que podrán realizar?*
- *Muchas, porque son inteligentes [se refiere a los mellizos], en primer lugar, estudiar y ellos piensan seguir como futbolistas, así que vamos a ver; les encanta el fútbol.*
- *Pero si ellos tuvieran que seguir trabajando ahora, ¿cómo te imaginás su futuro?*
- *Si ellos continuaran trabajando vería el futuro feo, triste. Pienso que cantarían [en los ómnibus]. Yo pienso que no, porque no me gusta pero, si se necesita, ellos saldrían a trabajar.*

En los casos más extremos, la selección de algunos hijos se fundamenta en la ruptura de algunos de ellos con el núcleo familiar. Así, por ejemplo, luego de hablar sobre la forma en que sus hijos más pequeños ayudan a sostener la familia, una entrevistada se refiere de la siguiente forma a los mayores:

- *¿[Sus dos hijos mayores] en este momento, no están aportando?*
- *No, ¡por favor!, qué van a estar aportando si [uno de ellos] me llevó un televisor. Me tendría que estar aportando para pagarme lo que me robó. Están aportando pasta base.*

Capacidad de bloqueo de pasivos

En el marco teórico mencionamos la importancia que tiene la capacidad de la familia para transmitir activos a los niños y también resaltamos la importancia de su capacidad para bloquear pasivos.

Por otra parte, vimos que el manejo de valores universalistas es un activo que puede operar a la hora de evitar la transmisión de pasivos. En las familias relevadas encontra-

mos una baja capacidad de bloqueo de pasivos hacia los niños. Mostraremos el relato etnográfico de varios ejemplos que muestran la complejidad de esta dinámica.

Recuadro 13. Bloqueo de pasivos 1

—¿Qué hace ahora, actualmente?

—Qué hace... Él estuvo preso cuatro meses en el Comcar. Tenía varios antecedentes ya como menor. Tuvo una prisión domiciliaria y después la otra, que fue cuatro meses en el Comcar. Salió el 20 de julio de este año y después X intentó llevarlo con él, a trabajar a hacer... que anduviera ahí, entregando electrodomésticos pero... eso que hablábamos del trabajo formal y el informal, parece que del trabajo formal no quiere nada, porque es como una responsabilidad, y él prefiere andar en un carro, andar en la calle, prefiere trabajar para otros. No sé; no sé qué es lo que quiere de la vida [se angustia].

—¿Hace cuánto que no vive más acá?

—Hace un mes, mes y medio. Él, cuando salió de la cárcel, vino para acá otra vez. Lo intentamos de nuevo, pero... hay cosas de ellos que acá no, acá no. Que cuiden los hermanos, no que cuiden la imagen porque [gesto de no me importa] la imagen para mí no me interesa, si ellos... Cada cual con su cabeza, pero hay tres más para criar acá; entonces, si querés droga, si querés joda, acá no. No les muestres a tus hermanos lo que yo no quiero que sean. Si yo quisiera que se fueran todos, ta, ta bárbaro, vamo arriba, enseñales, lleválos contigo y andá enseñándoles cómo es la cosa, pero no. Uno no los cría para eso, con ese fin, con ese interés.

—¿Tuviste problemas con eso, con él?

—Sí, sí; supuestamente, él había dejado todo en la cárcel. Me escribe una

carta que me dice que el padre lo iba a ver; yo siempre le dije: «el día que estés en el Comcar no esperes que te vaya a visitar». Yo tengo dos hijos mayores, una de treinta años y otro de veintiocho. Yo te dije que era divorciada; son mis hijos de ese matrimonio, una nena de treinta años, con dos nietos, y al otro, que es soltero, que le encanta su vida de mochilero, lo agarraron acá cerca, en un taxímetro, con un ladrillo de marihuana, con otro más. Lo llevaron por consumo, aunque no fue creíble, porque, ¡un kilo, mi madre!, ¡que iba a sacar todo el año!, me dijo la abogada. Él tira la plata, él tira la plata en una volqueta. Si no iba por venta, como era por consumo, quedó en siete meses. Siete meses que llevó la muerte a mi madre. Mi madre muere de un ataque de presión. Él cae un miércoles y mi madre muere un sábado de mañana. De madrugada mi madre muere, cuando se entera. Era el mimoso de mi madre. Y yo dije que no lo iba a ir a ver, porque me había matado a mi madre, pero también pensé que por mi madre ya no había nada que hacer, porque la enterramos, y hoy por hoy estaba vivo. Había que ayudarlo, bueno, allá fui, después que él salió.

Mientras él estuvo allá... Cuando cae uno, no cae uno, cae la familia. Somos todos prisioneros, ¡somos todos presos!, porque no es lo mismo, nosotros ya no teníamos domingos, no nos sentábamos juntos a comer los domingos, las fiestas no fueron fiestas... una tristeza tremen-

da, porque eso fue a fines de setiembre. Fueron cosas muy feas las que tuvimos que vivir [esto con el hijo mayor, el de 28]. Muchos sacrificios tuvieron que pasar ellos [se refiere a sus otros hijos]. Z un día se llevó una zurra de palos, ahí en ese rincón. Yo tenía el almacén; había que trabajar el almacén, el resto de la familia, porque yo me tenía que ir a verlo al hermano. Se llevó una zumba de palos en ese rincón. Yo pensé que lo rompía todo. Me lo sacaron. Sabés lo que es llegar cansada, porque te manosean, te toquetean, a ver si llevás algo, levántese la ropa y haga esto, y haga aquello, y luego, y aparece un policía, acá, en la puerta, con Z, porque estaba tirando piedras para un ómnibus. No, no; me había saturado ya, ya venía... Para peor, él estaba en el 1 [el que estaba preso], estaba en el 5; del 5 lo sacan porque lo amenazan de muerte, porque todos se conocen, los que venden droga; entonces lo amenazan, porque vinieron y le revisaron la casa al tipo. La casa estaba vigilada; ellos llegan en un taxímetro y mi hijo sale con un buzo con el ladrillo envuelto. La casa estaba vigilada, lo siguieron, lo agarraron con la droga. Lógico que volvieron para atrás, avisaron y enseguida entraron a la casa de éste e hicieron un allanamiento. Supuestamente encontraron para consumo; ahí sí encontraron para consumo, pero no son bobos y, como él ya tenía antecedentes, le dieron otro antecedente pero sin prisión, y a éste no le gustó nada y lo amenazan allá [al hijo]. El padre era [dice un rango policial] del Comcar, mi ex. Se quería morir cuando vio al hijo allá adentro, porque con el mismo nombre, el mismo apellido, dejándolo por el suelo: él

de un lado y el hijo del otro lado. Aunque él tuvo un hijastro, que tuvo de grande y ese fue al 13 con todos los chiches, con cable, con su buena comida, todo, y éste, que era el hijo, lo pasó para el 1, para el módulo 1, para salvarlo, según él para salvarlo, lo metió en lo peor... clásicos problemas de cárcel: alguna lastimadura que otra, algún moretón, algún cortecito, con vida. Salió bien y yo le había dicho a ellos: «vieron lo que pasamos por el Z; a nadie se le ocurra caer en el Comcar, porque la próxima vez que yo pise el Comcar va a ser porque ustedes maten en defensa propia, o vayan en un auto y atropellen a alguien, y maten sin querer o lastimen y vayan a parar allí. Tiene que ser algo... que digas no hubo otra, por eso pasó lo que pasó». Ellos me dijeron: «ta, ta, mami, sí».

Cuando cayó Z en el Comcar, preguntó: «Mamá, ¿no piensa venir?». Y agarré y le mandé decir: «yo hablé, ustedes se pensaron que era broma cuando yo hablaba». Él me decía que era invisible, Z me decía que era invisible. Un día me lo gritó ahí, en la puerta: «yo soy invisible, a mí no me ven». «¡Qué bárbaro!», le dije yo. Al poco tiempo se dio cuenta que no era invisible; lo agarraron y se lo llevaron. A los siete meses salió. Bueno, él me escribía que estaba arrepentido, que nunca más, que había dejado la droga... Él entró por hurto, por tentativa de hurto, cuatro meses. Salió, parecía que se había recuperado, que andaba mejor, pero había momentos que las malas juntas no las dejaba... Su mala cabeza, porque la junta... Si me siente Z me rezonga, porque dice que la junta no tiene nada que ver, que eso va en la cabeza de cada uno, pero le gusta

esa vida... Le gusta no bañarse igual en un mes, le gusta venir a la una o dos de la mañana, pelear con los hermanos. Es mucha distorsión. Yo no puedo permitir que la niña de quince años me diga que se va [N me comentó, después, que ella

fue abusada por uno de los hermanos, que creen que fue Z, pero no saben porque ella no dijo], que el otro de catorce me diga que se va, en ese tiempo trece y catorce: «me voy, me voy», ¡que hasta el de 8 se quería ir!, todos se querían ir.

Encontramos en los niños menores de catorce años un fuerte discurso en contra de los robos, la droga y la violencia, en términos generales. Esto es consistente con los intentos de las madres de bloquear pasivos en contextos donde los vecinos adolescentes y sus propios hermanos son ladrones, adictos, se tirotean con la policía y con otros vecinos.

En este caso, el contexto de violencia conspira contra el bloqueo de pasivos. La madre, luego de la caída del primer hijo intenta preservar a los más chicos. Pero la certeza sobre su realidad de gueto hace que pierda los valores universalistas. Desde la certeza de que el Comcar forma parte de un futuro posible y probable para sus hijos, estipula cuáles son las razones legítimas para ir presos. Por otra parte, parece lógico que los hijos más chicos se quieran ir de ese hogar. Hemos encontrado muchos casos donde la dinámica interna de la familia es insoportable para niños que ya iniciaron tempranamente el proceso de emancipación precaria.

En otros casos como el que presentamos a continuación, el bloqueo de pasivos (dudoso) pasa por la socialización de los niños sobre los riesgos que se corren en la situación de calle. Esta es la percepción que trasmite una mujer que vivió en la calle desde los catorce a los diecisiete años robando a mano armada, y luego fue a parar a Italia, en un esquema de trata de blancas. Actualmente, entre sus múltiples actividades informales incluye la prostitución.

Recuadro 14. Bloqueo de pasivos 2

—En la calle vos tuviste situaciones de riesgo...

—Claro que sí; tuve intentos de violaciones, tuve agresiones [cuando era menor]. He pasado muchas... Vos querés esto, tal cosa, querés esto otro, tal cosa y ahí como que te van llevando, viste. Por eso te decía, yo llegué a dormir en las canteras de Capurro, de parque Rodó, por

los abusos. Prefería dormir igual a campo y no tener que soportar el manoseo.

—¿En dónde, por ejemplo?

—En casas, porque, por ejemplo, a vos te ven en la calle, vienen, se te arriman, «¿cómo te llamás, dónde estás, vení que yo te doy un lugar». Vos, media tarambana, a lo primero: «ah, bueno, tengo un lugar». Al primer día, dos días,

y al tercer día ya te quieren manosear. Y al tercer día, si no querés eso, ¿qué tenés que hacer? Te tenés que ir, de nuevo pa el campo. Y yo creo que eso debe pasar hasta ahora, solo que ahora van más adelantados, porque vos fijate

que ahora una adolescente de doce, trece años, ya está teniendo relaciones sexuales. Yo tuve una acá que, a los 12 años, ya estaba teniendo relaciones con el padrastro, por eso te digo, ahora todavía está peor que antes.

A partir de estos relatos queremos dar una visión de las dificultades que tienen gran parte de las familias relevadas para bloquear pasivos y para transmitir activos, en un contexto en donde el primer objetivo es la lucha por la sobrevivencia.

En términos generales se observa que existe cierto reconocimiento de los riesgos a que se exponen los niños en esta situación. En algunos casos se da la misma importancia a riesgos de diferente categoría: «De toda clase: que los pise un auto, que los agarre un psicópata y los violen o los maten; de todo, que se cansen y no cumplan en la escuela». Aquí se equiparan tres riesgos reales, pero existe cierto contenido de «inmunidad subjetiva», ya que, a pesar de esto, los niños están trabajando en la calle.

Hay madres que ven estas situaciones de riesgo como provisorias y fundamentan esta situación en proyecciones de futuro que difícilmente puedan modificar la situación actual:

Si es por ellos, no me queda más remedio. Tengo que seguir adelante por ellos. Es el único estímulo. Si viniera un milagro del cielo y me dicen que puedo trabajar en tal limpieza o en otro lado..., pero ahora tengo esto y le tengo que dar para adelante. Cuando salga mi marido [de la cárcel] no voy a venir más para la calle.

En algunos casos, las madres plantean la necesidad de una crianza mejor para sus hijos y, por otra parte, reconocen que no pueden acceder a ella:

El problema es el barrio, que no vean tanta cosa de lo que están viendo últimamente, la droga. Cuando andan los milicos correteándolos, eso a mí me preocupa mucho. Yo trato de que ellos no vean, pero imposible, vienen de la escuela y los meto pa dentro, o en el patio; no los dejo porque me da miedo, porque ya ha pasado que tuvieron que salir corriendo a las casas de los vecinos porque andaban los milicos a los tiros, corriendo a los malandros. No me gusta que vean eso. A veces, si lo puedo evitar, lo evito, pero tampoco los puedo tener acá encerrados, principalmente el varón, por más que no quiera... A ellos también les hablo muchísimo... A él le da mucho miedo... Él estuvo en manos de psicólogo porque tenía unas crisis de pánico, por todo esto. No quería dormir solo; de madrugada se levantaba, lloraba. Ahora como que se calmó, duerme solo con la hermana de él, pero no había caso de sacarlo de mi cama. Ahora sí, por suerte, va mejorando.

En este caso, el intento de bloquear pasivos se ve afectado por el contexto, que lleva a los niños a vivir crisis de pánico cuando escuchan un estallido o una sirena. Varios relatos de niños son coincidentes con esto: en cualquier contexto, se aterrizan al escuchar una sirena, así sea una ambulancia, los bomberos o un patrullero. Esto no sucede en el interior del país.

En algunos casos, al ser interpeladas, las madres reconocen su dificultad para poner límites a los hijos en un contexto tan complejo:

Madre: Pienso que soy muy suave, soy muy leve con ellos, los dejo mucho, que no sé... me da lástima que estén en penitencia y los dejo salir. En general, ven mucha droga, mucho robo y se acostumbran y uno no sabe si van agarrar para lo mismo

Hijo: Aquí en el barrio venden pasta base, porros, malandro; todo le roban a todo, a la panadería, a la farmacia, a todos. Y van y se compran pasta base, roban frente de autos, la radio. Los milicos, como la otra vez, vinieron y se llevaron a todos los hombres, menos a nosotros los niños; a todos. Mi padre se escondió debajo de la cama [la hija chica se ríe y dice que ella recién se enteró].

El niño cuenta de una vez que se les había inundado el rancho y justo la madre había ido a comprarle championes, y cuando ella llegó no encontró a los niños, y la casa inundada, pero estaban en lo de un vecino [en la casa actual se llueve].

Nota de campo: Me cuenta que el padre de los varones vende drogas y que el de las niñas las consume; que él no era así, pero que después que falleció la niña [anterior a las mellizas], él se volvió cualquier cosa, que cuando ella volvió del hospital le había vendido todo, que ella estuvo tres años con él y que era bárbaro, la ayudaba y todo, y después de eso se descarrió y ahora está sola, aunque ellos andan en la vuelta.

En este caso, el tema de la droga es intrínseco a la familia y forma parte de la vida cotidiana de los niños. Las dos figuras masculinas están vinculadas al tema, como traficante un padre y como adicto, el otro.

Por último, para dar una idea clara de la dificultad de bloquear pasivos en un contexto crítico, transcribimos las notas de campo de una entrevista a una familia en extrema pobreza.

Recuadro 15. La familia como problema

La entrevista con X fue realmente trabajosa, ya que no contestaba o se tapaba la cara o me decía que sí o que no, con la cabeza. Es un niño que tiene dificultades para aprender y en este momento está

yendo a una escuela especial [Escuela Hogar Especial]. Me contó N ahí mismo, y él asintió, que los separan a los niños; los que no saben —como él— hacer cuentas o resolver problemas, los llevan más a la

parte de huerta y de los conejos, y que hubo un momento que de lo único que hablaba X era de cuándo parían los conejos y todo lo demás. Ella fue a hablar a la escuela para que, además de eso, lo ayudaran con el tema de la lectura. Él todavía no sabe leer ni escribir; copia del pizarrón pero no tiene la capacidad de producirlo él mismo. Enseguida que terminamos de charlar me trajo su cuaderno y me mostró algunos dibujos en los que aparecía el nombre de X. La madre me comenta que se llama ZY y que ahora quiere que lo llamen X). Tiene en el cuaderno algunas copias del pizarrón, un par de suspensiones por problemas graves y datos de los conejos. Después de terminada la entrevista puso la radio y la madre me dijo que le gustaba la música y bailar. Ahí él se soltó más y me contó de X, que pone la música a todo lo que da, cuando se baña. Él sale en una *escuela de samba* en carnaval, bailando, y fue por varios barrios. Le gusta, al igual que la música. [Estaba vestido muy prolijo, con un vaquero, championes, un polar, y limpio].

Después de dar por terminada la entrevista, cuando me estaba yendo, X me dice: «lo que pasa que acá hay mucho problema de alcoholismo. Z estaba presente y entre los dos empezaron a relatarme los hechos desgraciados y violentos que ha

vivido la familia. La última vez, el marido llegó borracho y la empezó a molestar [a decirle cualquier disparate, delante de los chiquilines, como siempre]. Uno de los hijos trató de calmarlo y él siguió. Ella se fue para atrás y lo roció con *tinner*, y él, en broma, decía: «me prendo fuego», y jugaba con un encendedor. Ella se llevó a los gurises para el fondo, no fuera cosa que los prendiera fuego con él, y se prendió fuego no más. Z lo apagó con un balde de agua. Me cuenta que le tuvieron que sacar un pedazo de la pierna para inyectarle en el brazo [Z pone cara como diciendo: «ahhh»]. Ella estaba sorprendida de que no la hubiera denunciado. Siguieron relatando situaciones similares. En otro caso, ella lo corrió con una cuchilla [Z me la muestra, una cuchilla muy grande y me dice: «¡mirá lo que es esto!, ¡con esto!]. Los dos están de acuerdo en que él ha generado estos problemas. Me cuentan que cuando él viene medio así, los propios hijos le sacan cualquier elemento peligroso al alcance de la mano de la madre para que no haya problemas. El padre también se ha peleado con el hijo mayor [N] porque salió en defensa de la madre.

Nota de campo. Niño de catorce años. Mendigo y recolector.

Una tipología de familias en relación con el trabajo infantil

A partir de la información empírica relevada construimos una tipología que reconoce cinco tipos diferentes de familias vinculadas al trabajo infantil.

En primer lugar, lo que podemos calificar como *trabajo infantil estructural*, está ligado a familias con varias generaciones vinculadas al trabajo infantil. A modo de ejemplo, una madre trabaja desde niña ayudando a su madre toda la noche en el lavado de ropa para un cuartel en el área metropolitana. Tiene un proceso de emancipación

temprana, a partir de un embarazo adolescente. Comienza a mendigar en barrios residenciales de clase alta con todos sus hijos. Los hijos más grandes se convierten en recolectores y se pasa a reciclar en su casa. Su hija mayor se emancipa a partir de un embarazo adolescente y esta hija comienza a mendigar con su bebé.

Este es uno de los perfiles prevalentes más vinculados con las peores formas de trabajo infantil.

Recuadro 16. Perfil familiar 1. Trabajo infantil estructural

Salgo a trabajar dos veces al día, de mañana y de tarde. Sábado y domingo yo hago Malvín, Carrasco, Punta Gorda también con los cuatro chicos, porque sábado y domingo no trabajo en los semáforos. [Va por las casas]. No tengo clientes, hago todas las casas [se ríe con su hija menor].

—Ahí, Juana (9), ¿sí sale con ustedes?

Madre: Los sábados y domingos, sí; sale conmigo.

Juana: Los sábados, a veces no, porque voy pa la iglesia a buscar la comida.

Madre: Cuando va a buscar la comida y tiene catequesis, no sale, porque ella hace catequesis; va a tomar la comunión.

—Cuando salís de tarde, ¿vas con ella, también?

No, no; a ella no le gusta salir, o se cansó. Trabajó tanto, pobrecita, que ya no sale, y ahora el que no quiere mucho es José. «No puedo dormir —me dice—, Mamá; estoy cansado». Pero no lo puedo dejar, tampoco, porque no lo puedo dejar solo. Lo tengo que llevar sí o sí, porque acá, acá anda mucho la policía y vienen y te patean puerta y entran pa dentro como si tal cosa. Entonces, no los podés dejar solos.

Juana [9 años]: Un día de noche, yo fui a buscar la ropa allá, que estaba limpia, estaba seca, y vinieron dos mo-

tos de patrulleros, acá abajo, y el José se puso a llorar.

Lucía: Claro, porque entran como pedrada. Es un peligro, viste; entonces no los podés dejar.

—Cuando te falta algo de alimento, o necesitás ir al médico o te falta plata, ¿a quién recurrís?

—A los semáforos.

—¿No tenés a nadie?

—A nadie.

Juana: Algunas veces vendemos ropa.

Madre: Claro, cuando traemos ropa que nos dan los clientes, ropa grande que no les sirve a ellos, y nosotros la vendemos a las vecinas, a la hermana de él [Jorge].

—¿Ellos están en contacto con los padres?

—El padre de ella, sí [Juana].

—¿Cuando viste a tu padre?

Juana: No sé; yo nunca lo ví.

Madre: Cómo que no, que te fue a ver al semáforo.

Juana: Ah sí; un día solo. [Ella estaba parada comiendo algo y contestó como sin importancia a la pregunta de la madre.]

Madre: Ta, lo vio; el dos por tres anda por la zona, pero viste, la última vez que vino le trajo una bolsa de caramelos y unas flores, y yo le dije que mi

hija no se alimentaba ni de caramelos ni de flores, y ta. El padre del chiquito supuestamente está en Argentina, de José. Me llamó una vez por teléfono, que venía para acá y nunca apareció. El padre del grande está preso en Libertad hace no sé cuantos años. Tampoco, nunca me dio nada, porque yo vivía con él y laburaba yo con el niño, porque él... Y el papá de la bebé nunca la conoció, porque yo estaba en Paysandú. Me vine a los cuatro meses; la nena nació acá y nunca la conoció. Yo me fui hace dos años atrás y, cuando estaba embarazada de tres meses, estuve un mes en Paysandú, y

a los cuatro meses me vine. Me fui en diciembre y en enero me vine.

Yo dejé la escuela porque éramos diecinueve hermanos y yo los cuidaba, porque mi madre trabajaba; éramos veintidós, pero murieron dos y no fui más. Tenía trece años y a los catorce falleció mi padre. Había repetido; y sí, cuidando hermanos, andá para aquí, para allá, mi padre alcohólico. Mi madre era la única que trabajaba; hacía limpiezas. Él trabajaba sí, pero todo era para tomar; era alcohólico, agresivo con todos. [Vivían en Paso de los Toros; ella tenía diecisiete años cuando se vino para Montevideo con el marido.]

El segundo perfil está vinculado con *situaciones de pobreza reciente*, donde no hay generaciones previas vinculadas al trabajo infantil. En estos casos, la inserción en el trabajo infantil se va dando niño a niño, comenzando con los mayores. Se tiene la voluntad expresa de preservar a los más chicos, que van ingresando a la situación de trabajo infantil cuando crecen, si la situación familiar no mejora. A modo de ejemplo, una madre realiza trabajos domésticos y luego tiene una experiencia de trabajo formal en el sector industrial; queda desocupada y comienza a recolectar cartones y envases plásticos y de lata, en una ciudad del interior. En principio, la acompaña su hija mayor, que ha abandonado el liceo. Intentan preservar a sus dos hijas menores, que están cursando el ciclo básico de secundaria. La segunda hija abandona el liceo y comienza a ayudar a la madre, pero intentan que la hija menor continúe estudiando. Consiguen que esta reciba una beca del proyecto 300 y existe la voluntad familiar de que ella termine secundaria y realice estudios terciarios.

Recuadro 17. Perfil familiar 2. Trabajo infantil como estrategia de supervivencia

—¿En qué trabajabas?
—De moza, en un bar en la calle X, en el bar Z, y ahora hace tres meses que lo clausuraron porque debían todo, no pagaban nada, ni leyes sociales ni nada. Y hace tres meses que me quedé sin trabajo.

—¿Cuánto tiempo estuviste trabajando allí?
—Un año y medio.
—¿Siempre trabajaste en lo mismo, antes del bar?
—Todo lo mismo, todo en el mismo gre-

mio. Trabajé en casas de familia haciendo limpiezas; en empresas de limpieza, haciendo vigilancia, y hace más o menos tres años atrás empecé a trabajar en bares y trabajé en La Pasiva, en el Mundo de la Pizza.

—¿Has buscado trabajo después que cerró el bar?

—He buscado, pero hasta el momento no ha salido nada.

—¿Cuándo fue que pusiste un lavadero de taxis en tu casa, que me comentó tu hijo?

—Después que dejé los bares llegó un momento que me quedé sin trabajo totalmente. Me vi en una situación muy difícil. Hacía tortas fritas de tarde; mi hijo me ayudaba y a la noche lavábamos taxis, esto hace dos años atrás.

—¿En qué te ayudaba N?

—Las vendía mi hijo N, acá nomás, alrededor, que está lleno de talleres y eso.

—Y los taxis, ¿dónde los lavaban?

—Acá, en la puerta de casa.

En tercer lugar encontramos algunas situaciones en las que no hay antecedentes de trabajo infantil en la familia, pero a partir de una situación desestructurante se produce una *desafiliación institucional acelerada*. A estas situaciones desencadenantes las calificamos en nuestra matriz como «tragedias». A modo de ejemplo: una madre joven, proveniente de sectores medios, se convierte en amante de un funcionario público. La esposa del funcionario público lo abandona con tres hijos. Él pasa a convivir con su nueva pareja y tienen varios hijos. Conviven en la vivienda propiedad del funcionario público los hijos de sus diferentes parejas. El funcionario público mata al padre de su nueva compañera y recibe una condena de veinte años de penitenciaría. La madre queda sola, con los hijos suyos y los de su compañero. Queda nuevamente embarazada (no convive con el padre de su último hijo); las dos hijas mayores del funcionario público se emancipan y pasan a vivir en otro lugar. Los niños menores no tienen ninguna cobertura educativa (CAIF, Club de Niños, Primaria), tienen escasa —y, en un caso nula— cobertura de salud. Todos están involucrados en situaciones de trabajo infantil. El único ingreso monetario del hogar es el aporte que realiza la madre del funcionario público para el pago de la luz —quinientos pesos— y el único aporte para la alimentación es la beca que recibe del proyecto 300, por el hijo del funcionario público, que tiene once años. Este niño trabajaba alcanzando paquetes en un supermercado, a cambio de propinas y un paquete con alimentos, suministrado por el supermercado. A partir del ingreso al proyecto 300 se reincorporó a la escuela, pero tiene una asistencia irregular. De todas formas, sale a vender pasteles y presenta una situación de trabajo doméstico excesivo, ya que se ocupa del cuidado de los hermanos más chicos.

Este tipo de situaciones, todas ellas con sus peculiaridades, generan procesos altamente desintegradores. Tal es el caso de una madre enferma de cáncer, que pierde contacto con sus hijos durante su convalecencia, o el caso de varias mujeres que enviudan teniendo una carga reproductiva fuerte y sin antecedentes laborales ni calificaciones para salir al mercado o, finalmente, los casos donde la prisión del padre desencadena el proceso.

En cuarto lugar existe un tipo de trabajo infantil vinculado a *familias con alto grado de conflictividad interna* debido a una excesiva carga reproductiva, situaciones de violencia doméstica u otras razones que, a pesar de contar con activos que no encontramos en los tipos anteriores, generan trabajo infantil. En estos casos, los niños comienzan a trabajar por su cuenta, generalmente combinando el deseo de contar con dinero propio con la necesidad de salir de su hogar.

Recuadro 18. Perfil familiar 4. Trabajo infantil en el marco de conflicto familiar

[Familia con todos sus hijos en situación de calle, pero que no entregan el dinero para la subsistencia familiar]

—¿Cómo se imagina el futuro de sus hijos cuando sean mayores de edad? ¿Qué tipo de actividad cree que desarrollarán?

—Lo veo horrible; para decirle algo, lo veo que se me escapa de las manos y no puedo hacer nada. Intento, pero a veces quiero dejar todo e irme a la mierda, pero no lo hago porque los quiero. El hombre no es lo mismo; es más fácil. Yo tengo diez gurises y eso no me molesta, pero me gustaría que entendieran y que me ayudaran más. No puedo lograr que se hagan la cama; se pasan peleando. Lo he intentado de diez mil maneras. Yo no voy a poder. Van todos por el mismo camino; ninguno sabe leer y escribir. La única que sabe es Abigail y la grande, pero los varones ninguno.

—¿Pero van a la escuela?

—No los está ayudando en nada, porque ellos no quieren; entonces, no les está sirviendo de nada. La mayoría están saliendo por edad y saben nada. Las dos niñas van pasables.

—¿Usted se siente con fuerzas para llevar adelante su hogar?

—Hace tiempo que no me siento con fuerzas. Lo vivo intentando. Voy llevándola, capaz que aguanto toda la vida,

pero capaz que me pasa algo porque me ataco de los nervios. El estímulo sería que ellos trataran de cambiar de actitud. Es lo único que podría mejorar, pero creo que es imposible porque ellos no tienen interés de nada, no tienen interés en la escuela. El que tiene catorce años y le hablo y no me da bolilla. Yo les digo que van a terminar tirados o, si no, los voy a tener acá hasta los veinte, treinta años, y no es así. Yo me crié muy mal. Me hubiese gustado estar mejor, y viene un hijo y otro, y no te das cuenta que te vas hundiendo cada vez más. Estás en el pozo y no sabés cómo vas a salir, sin tener una persona que te ayude en nada. Mi hija mayor: me hizo la vida imposible; hasta los doce años era una santa... hasta que apareció preñada. No puedo con la vida de ella. Ya estoy desbordada. No la voy a dejar tirada, pero ella no quiere nada; todo lo quiere de arriba. Para mí sería una ayuda tremenda que, si yo pudiera trabajar y ella me cuidara los gurises y me ayudara con las cosas de la casa, pero no hace nada. Ella sigue igual y no la cambia nadie. Hablamos con ella para que siga algún estudio, pero ella no quiere hacer nada y anda con el bebé hasta cualquier hora por ahí, y no podemos con ella.

Mujer. Maldonado.

En este caso, la carga reproductiva del hogar, sumada a la crisis de la construcción, hace que una familia, con activos relevantes aportados por el padre, caiga a una situación de cuasi desafiación institucional en una generación y la carga reproductiva genere una situación desestructurante para los adultos.

Por último, tenemos el quinto perfil, vinculado a *familias sin indicadores de pobreza*, que ponen a trabajar a sus hijos en forma ilegal. Los casos que encontramos en esta situación se ubican por sobre los catorce años de edad y responden a dos realidades diferentes. En primer lugar, adolescentes que dada su condición de habitantes de una zona rural, sin cobertura de educación secundaria, se incorporan tempranamente a situaciones de trabajo rural informal (changas). Una segunda variante de esta categoría se encuentra en el área metropolitana, vinculada al trabajo adolescente en un comercio familiar. En este caso, no compromete su desempeño en secundaria y se notan fuertes activos en la familia. La motivación no es la sobrevivencia pero sí es económica, ya que esta ayuda se valora como necesaria por los padres.

MODALIDADES DE TRABAJO INFANTIL

Tipos de trabajo

En las figuras 26 a 28 se presentan los diferentes perfiles de trabajo infantil encontrados, desagregados según tipo y departamento; y, en los menores de quince años, según sexo. Hay más tipos de trabajo que niños, ya que existen perfiles que incorporan varias modalidades, como se verá a lo largo del trabajo.

Si bien esta tipología no contempla todas las formas de trabajo infantil potencialmente existentes, hemos encontrado mayor variación que lo que esperable a partir de la información disponible al inicio del estudio.

El posible sesgo que podía presentar la muestra, vinculado a la dificultad de incluir a un tipo de trabajo infantil que se define como invisible, fue minimizado utilizando la técnica de bola de nieve, generando contactos con nuevas familias a partir de las familias inicialmente contactadas a través de ONG de infancia y de actores locales, que normalmente trabajan con casos de trabajo infantil visible. En el caso de la forestación, las familias negaron sistemáticamente la autorización para entrevistar a los niños.

Emancipación precaria y riesgos

Ya presentados los tipos de trabajo infantil que encontramos, creemos importante detenernos en los aspectos sustantivos que significan la emancipación precaria analizada

Cuadro 4. Tipos de trabajo infantil (área metropolitana)

Tipos de trabajo infantil	Hasta 15 años		Más de 15 años	Total
	Niños	Niñas		
Área metropolitana				
Almacén	2			2
Changas en desarmadero			1	1

Tipos de trabajo infantil	Hasta 15 años		Más de 15 años	Total
	Niños	Niñas		
Changas, mandados	1			1
Corte de pasto, jardinero	2		1	3
Cuidacoches	8		2	10
Cuidado de animales	1			1
Embolsado de caramelos		1		1
Fabricación artesanal de redes	2		1	3
Feriante	4		3	7
Lavado de taxis	1			1
Limpiaparabrisas	2		1	3
Mendicidad	9	2		11
Mendicidad con la madre	10	12		22
Mendicidad en ómnibus	6			6
Mendicidad: malabares	1			1
Niñera		2	1	3
Panadería artesanal	2	1	1	4
Panadería formal	1	3		4
Pesca artesanal, lavado de barcas	2	1		3
Pesca artesanal, alistado (preparado de anzuelos)	2	1		3
Pesca artesanal, carga de camión	1			1
Pesca artesanal, encarnado	2	1		3
Recolección en Mercado Modelo				0
Recolector, clasificador	17	10	3	30
Recolector con carro de mano	3	4	1	8
Recolector con carro y caballo	7	2	2	11
Recolector en bicicleta	4		1	5
Recolector sin carro	4	4	1	9
Reparto de listas electorales	1			1
Robo vinculado a consumo de droga	1	1		2
Robo, arrebatos, robos pequeños	1	1		2
Trabajo doméstico y limpieza fuera de la casa		2		2
Trabajo doméstico en el hogar		3		3
Venta ambulante	1			1

Tipos de trabajo infantil	Hasta 15 años		Más de 15 años	Total
	Niños	Niñas		
Venta ambulante de comida	2	1		3
Venta de leña, tierra, etc., manejando un carro con caballo	2	2		4

Cuadro 5. Tipos de trabajo infantil (interior)

Tipos de trabajo infantil	Hasta 15 años		Más de 15 años	Total
	Niños	Niñas		
Florida				
Apicultura artesanal		1		1
Changas urbanas en medio rural	2			2
Peón rural	1			1
Trabajo doméstico en el hogar		1		1
Trabajo doméstico fuera de la ciudad (a 100 km) con cama		1		1
Trabajo en plantaciones de tomates		1		1
Trabajos zafrales rurales, golondrinas	3			3
Salto				
Cuidado de coches	2	1		3
Promociones (son llevados en camioneta)	1	5		6
Reparto de volantes en vía pública	1	4		5
Reparto de volantes casa por casa	1	1		2
Albañilería y pintura (changas)			1	1
Promotora		1		1
Niñera		2		2
Rivera				
Ayuda en supermercado	1			1
Ayuda en videojuegos, mandados	1			1
Changas rurales			2	2
Cuidacoches en el cementerio	1			1
Cuidacoches en el Centro	2			2
Cuidado de hermanos	1	1		2

Tipos de trabajo infantil	Hasta 15 años		Más de 15 años	Total
	Niños	Niñas		
Mendicidad	1			1
Recolección	2	1	2	5
Venta ambulante de comida	1			1
Venta ambulante	1			1
Maldonado				
Artesanías en hormigón (empresa familiar)	1			1
Almacén	1			1
Caza con chumberas y escopetas	4			4
Changas en general	5		1	6
Cortar leña con motosierra	1			1
Cuidacoches diurno	6	1		7
Cuidacoches nocturno (hasta el amanecer)	2			2
Cuidacoches nocturnos (acompañía a los padres)	2	2		4
Cuidado de hermanos			1	1
Electricidad en obra (ayudante)	1			1
Fábrica de medialunas, galletas y alfajores. Operario de producción	1		1	2
Jardinería	4		1	5
Recolección de botellas de cerveza en la playa y afuera de los bares, de madrugada	3			3
Recolección de piñas y leña	6	4		10
Limpieza	1	2		3
Limpieza de obra (ayudante)	1			1
Pesca, limpieza de pescado	7	1		8
Pesca, limpieza de pescado embarcado (excursiones de pesca)	1	1		2
Mendicidad acompañando a los padres	2	2		4
Mendicidad solo	2			2
Paseos a caballo (acompañamiento y cuidado)	1			1
Paseos en cuatriciclo (cuidado y entrenamiento)	1			1
Pesca camarón (en playa y bote hasta las tres de la madrugada)	3			3
Pesca con red	2		1	3
Pesca embarcado (un día y medio)	3			3
Pintura en obra (ayudante)	1			1

Tipos de trabajo infantil	Hasta 15 años		Más de 15 años	Total
	Niños	Niñas		
Plomería en obra (ayudante)	1			1
Reparto de volantes en semáforos	1			1
Trabajo doméstico en el hogar		1		1
Vareado de caballos de carrera	1			1
Venta de tierra	1			1

Cuadro 6. Tipos de trabajo infantil, según ramas

Rama	Departamento	Tipo de trabajo infantil
A. Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	Florida	Apicultura artesanal
	Maldonado	Caza con chumberas y escopetas
	Rivera	Changas rurales
	Maldonado	Cortar leña con motosierra
	Montevideo	Cuidado de animales
	Maldonado	Recolección de piñas y leña
	Florida	Peón rural
	Florida	Trabajo en plantaciones de tomates
	Florida	Trabajos zafrales rurales, golondrinas
	Maldonado	Vareado de caballos de carrera
B. Pesca	Montevideo	Pesca artesanal, lavado de barcas
	Montevideo	Pesca artesanal, alistado (preparado de anzuelos)
	Montevideo	Pesca artesanal, carga de camión
	Montevideo	Pesca artesanal, encarnado
	Maldonado	Pesca de camarón (en playa y bote, hasta las tres de la madrugada)
	Maldonado	Pesca con red
	Maldonado	Pesca embarcado (un día y medio)
	Maldonado	Pesca. Limpieza de pescado
	Maldonado	Pesca. Limpieza de pescado embarcado (excursiones de pesca)

Rama	Departamento	Tipo de trabajo infantil
D. Industrias manufactureras	Maldonado	Artesanías en hormigón (empresa familiar)
	Montevideo	Changas en desarmadero
	Maldonado	Fábrica de medialunas, galletas y alfajores. Operario de producción.
	Montevideo	Fabricación artesanal de redes
F. Construcción	Salto	Albañilería y pintura (changas)
	Maldonado	Electricidad en obra (ayudante)
	Maldonado	Limpieza de obra (ayudante)
	Maldonado	Pintura en obra (ayudante)
	Maldonado	Plomería en obra (ayudante)
	Montevideo	Almacén
	Maldonado	Almacén
	Rivera	Ayuda en supermercado
	Rivera	Ayuda en videojuegos, mandados
	Montevideo	Embolsado de caramelos
G. Comercio al por mayor y al por menor	Montevideo	Feriante
	Montevideo	Panadería artesanal
	Montevideo	Panadería formal
	Montevideo	Venta ambulante
	Rivera	Venta ambulante
	Montevideo	Venta ambulante de comida
	Rivera	Venta ambulante de comida
	Montevideo	Venta de leña, tierra, etc., manejando un carro con caballo
	Maldonado	Venta de tierra
	O. Otras actividades de servicios	Maldonado
Florida		Changas urbanas en medio rural
Montevideo		Changas, mandados
Montevideo		Corte de pasto, jardinero
Montevideo		Cuidacoches
Maldonado		Cuidacoches diurno
Rivera		Cuidacoches en el cementerio
Rivera		Cuidacoches en el Centro

Rama	Departamento	Tipo de trabajo infantil
O. Otras actividades de servicios	Maldonado	Cuidacoches nocturno (hasta el amanecer)
	Maldonado	Cuidacoches nocturno (acompaña a los padres)
	Salto	Cuidado de coches
	Rivera	Cuidado de hermanos
	Maldonado	Cuidado de hermanos
	Maldonado	Jardinería
	Maldonado	Recolección de botellas de cerveza en la playa y afuera de los bares
	Montevideo	Lavado de taxis
	Montevideo	Limpiaparabrisas
	Montevideo	Mendicidad
	Rivera	Mendicidad
	Maldonado	Mendicidad acompañando a los padres
	Montevideo	Mendicidad con la madre
	Montevideo	Mendicidad en ómnibus
	Montevideo	Mendicidad, malabares
	Maldonado	Mendicidad solo
	O. Otras actividades de servicios	Maldonado
Maldonado		Paseos en cuatriciclo (cuidado y entrenamiento)
Salto		Promociones (son llevados en camioneta)
Salto		Promotora
Rivera		Recolección
Montevideo		Recolección en Mercado Modelo
Montevideo		Recolector, clasificador
Montevideo		Recolector con carro de mano
Montevideo		Recolector con carro y caballo
Montevideo		Recolector en bicicleta
Montevideo		Recolector sin carro
Montevideo		Reparto de listas electorales

Rama	Departamento	Tipo de trabajo infantil
O. Otras actividades de servicios	Maldonado	Reparto de volantes en semáforos
	Salto	Reparto de volantes casa por casa
	Salto	Reparto de volantes en vía pública
P. Hogares privados con servicio doméstico	Maldonado	Limpieza
	Montevideo	Niñera
	Salto	Niñera
	Montevideo	Trabajo doméstico en el hogar
	Florida	Trabajo doméstico en el hogar
	Maldonado	Trabajo doméstico en el hogar
	Florida	Trabajo doméstico fuera de la ciudad (a 100 km) con cama
	Montevideo	Trabajo doméstico y limpieza fuera de la casa
	Montevideo	Robo vinculado a consumo de droga
Montevideo	Robo, arrebatos, robos pequeños	

a lo largo de este trabajo. La emancipación precaria implica, en primer lugar, ocupar roles adultos sin recorrer los procesos normales para construirlos. Estos niños están expuestos a una serie de circunstancias que los transforman en personas muy diferentes a los niños de su edad que no sufren el mismo proceso.

Una de las formas de emancipación precaria implica la asunción de roles adultos ante la ausencia de respuestas de sus referentes adultos:

Empecé... Tenía que ayudar a mi familia porque mi madre... Estaba bravo para conseguir trabajo; entonces, como que tenía que ayudar, no sé, de alguna manera y, no sé, de alguna forma [él ya conocía el super] y, no sé, busqué formas de ayudar, y ta, y se me ocurrió esa idea, y empecé a trabajar ahí.

Varón, doce años. Ayuda en supermercado. Mandados, mendigo.

No siempre la emancipación es vivida con naturalidad. En algunos casos prevalecen valores universalistas:

Cuando salgo, me tapo y miro para el otro lado. Nunca me vieron, pero es una vergüenza que siempre tengo, más que después te dicen «carrera» y todo eso. Por ejemplo, un día estábamos en el carro y yo iba despacio y la abuela me decía: «dale, X», y los gurises andaban por ahí, y ella me llamaba por el nombre y yo me tapaba

toda. Y después, en el baile me preguntaron si yo andaba en el carro y yo le dije que no. ¡No sabés la cantidad de N que hay en mi barrio! [Se ríe]. Desde ese día me dio vergüenza y no trabajé más. Al grano. Yo trabajaba para mantenerme los vicios, yo a mi madre no le daba plata. Yo me compraba un cartón de cigarros y la patrona me los guardaba. Yo fumaba cuando la nena no estaba. La plata era mía. Íbamos con mi patrona a la feria; ahí me compraba los cigarros o ropa. Yo después a mi madre le decía que había perdido trescientos pesos o algo así. No le iba a decir «me lo gasté en los cigarros», porque no me iba a dejar más [trabajar]. Ahora me quiero comprar un helado y no puedo porque no tengo plata. Los cigarros era lo más esencial de todo. Me comenta: a mí nunca me gustaron los niños, los bebitos me encantan pero de más grandes, no; yo a estos [a sus hermanos menores] los cago a palos, por eso no me los deja [la madre]. Los hijos únicos son todos así, insoportables. [...] El único vicio que tenía era el cigarro y una cerveza los fines de semana, con mi hermana. Yo le pagaba el boleto y nos tomábamos una cerveza o una sidra, porque a ella [hermana] le gusta la sidra, a lo que hacíamos colecta con mis amigas, eran treinta y cinco pesos cada una. Dice que la hermana gastaba porque es una «formadora». [Le pregunto qué quiere decir]. Es como cumplir con alguien, dar. «Formar con una amiga», ta, porque hoy vos y mañana ella, pero formar con machos, ¡no! Yo tengo plata y tomo con ellas, pero con gurises no. No ando ofreciendo: «¿querés un cigarro, querés cerveza?». Si me piden, ta, pero no ando formando como mi hermana. Además, cuando tenés sos buena y todos están arriba tuyo, pero si no tenés sos mala; sos esto, sos lo otro.

Adolescente, mujer, catorce años. Niñera, reparto de tierra y leña.

La asunción de roles adultos implica el respeto de códigos no escritos que regulan el trabajo en la calle:

Yo vacío no vengo. Si salgo, vengo lleno; camino más, voy por las casas de familia en Punta Gorda y eso... Vacío no vengo nunca. Antes salía con el padre, de madrugada y la policía me paraba. Pero yo les decía que no tengo cédula, y ta, pero ahora sale solo porque el padre está viejo y enfermo y no sale tanto. Y encima no salía mucho; antes se sacaba cartón, papel, plástico y ahora no se junta mucho. Hay ochenta mil en la calle. Dos por tres se pelean por todo. No te podés pelear por un pedazo de pan en la calle. Yo, si encuentro y viene una señora, y lo quiere, le digo: «lléveselo señora», si sé que camino cinco cuadras más y me van a dar. No me voy a pelear por un pedazo de pan. Además, capaz que lo precisa más que yo.

Varón, quince años. Recolector, ayudante de panadero.

Aparte de las posibles peleas y conflictos con otros adultos que están trabajando en la calle, existen otros riesgos vinculados, en el caso de los recolectores, a las cosas que vienen en la basura:

¿Y apartando? Ninguno; sí, las agujas. ¿Que vienen entreveradas? Mi padrino se desmaya si ve o siente el olor de unas jeringas. O si no, es como esto que me corté con una cerámica [estaba jugando en el arroyo cuando se cortó] y no quise venir para mi casa, porque mi madre me dice: «andá para el médico», que «ponete alcohol», o esto, o lo otro.

Varón, once años. Recolector, clasificador.

La convivencia con el riesgo genera, en algunos casos, actitudes responsables. En las entrevistas detectamos una fuerte percepción del riesgo en una importante cantidad de niños. Esto no significa necesariamente que tomen precauciones al respecto.

Por último, estos procesos de emancipación precaria muchas veces forman parte de estrategias familiares de sobrevivencia. En estos casos, existen un discurso y una fuerte actitud protectora y justificadora de las acciones de los adultos por los niños:

Ahora, a veces me desilusionaba porque veía a mi madre mal, porque no tenía la plata justa para la leche y comprar el pan... Siempre, igual, tratábamos de salir adelante [cuando no le alcanzaba salían por el barrio a pedir un poquito de cada cosa y siempre les daban algo]. Los días buenos: comprábamos las cosas para la comida y dejábamos para la leche y el pan del otro día y para el boleto... cuando sacábamos más plata, cuando entre todos sacábamos cuatrocientos cincuenta o quinientos pesos [esos días se iban antes].

—Y ahora, ¿cómo es un buen día de trabajo?

—Que no le quede ni un bizcocho a mi madre [ella siempre vende todo]. Mucha gente que te miraban mal y que te decían cosas... me preguntaban por qué estaba pidiendo y yo les decía, y se reían o me decían: «que vaya a trabajar tu madre», o cosas así [gente que pasaba caminando], o vos le estabas hablando y se iban. Sí, la gente que me decía: «¿cómo vas a estar haciendo esto?», vecinos [eran los que le decían]. Ella les decía que hacía eso para ayudar a la madre, que estaba con la madre. Si no cinchábamos todos de esa cuerda, no salíamos... Después entendieron la situación. Lo hacíamos para luchar y salir juntos. Si no salíamos a hacer cosas, nunca íbamos a salir del pozo [ellas empezaron a entender, cuando también la situación las había empezado afectar a ellas, ahí empezaron a entender]. Salíamos a buscarla, a lucharla...

Adolescente mujer, trece años. Mendicidad, venta de bizcochos.

Finalizamos con el relato de situaciones de riesgo con dos hermanos que salen a mendigar en el área metropolitana.

Recuadro 18. Percepción de riesgos

—Me da miedo de noche, cuando ando caminando y chista la lechuza. Dicen que cuando chista la lechuza se puede morir alguno de tus hermanos chicos. Los bichos raros también me dan miedo.

—Una vez me robaron una bici. Casi me dan un tiro a los ocho años.

—[Riesgos:] cinchar mucho, hacer mucha fuerza y que me pueda lastimar. Una vez me atacué de asma trabajando y no podía respirar.

—La gente; hay que tener cuidado si tienen un revólver y te quieren robar.

Una vez, un hombre me quería hacer que le chupe... [se toma los testículos] y yo no quería. Fui a decirle a mi tío y lo corrió a patadas.

Hermanos de nueve y once años. Área metropolitana.

Una tipología de trabajo infantil

Al igual que con la tipología de familias, plantearemos a continuación una tipología de trabajo infantil, a partir de lo observado en nuestro material empírico.

Trabajo infantil de supervivencia lidera la estrategia familiar

- *Niños que salen a trabajar a partir de la asunción en forma precaria de un rol adulto, en apoyo a una jefatura de hogar femenina. En estos casos se encuentra una fuerte carga de angustia por la toma de conciencia sobre la situación familiar, y una iniciativa, a veces en contra de la voluntad de la madre, de salir a buscar lo que se necesita. Aun en casos en que participan en un programa (por ejemplo, el proyecto 300) cuando la situación es comprometida, salen a trabajar aunque sea esporádicamente. A modo de ejemplo: «Ahora voy a la escuela y cuando salgo voy a X [centro con beca del proyecto 300], pero cuando a mi mamá se le terminan los pañales y no puede comprarlos, salgo a trabajar y le llevo los pañales. Mi mamá no quiere, pero si yo no lo hago, mis hermanos no tienen pañales y a cada rato se enferman, y hay que internarlos». Si bien este ejemplo es de un caso de pobreza extrema, se repite este tipo de casos en los tres tipos de pobreza.*

Trabajo infantil de emancipación

- *Niños que salen a trabajar como forma de financiar su situación de calle. Estacionan autos, piden en la puerta de supermercados, hacen mandados para cibercafés a cambio de horas de juego, recolectan y clasifican. Utilizan el dinero para alimentos y bebidas, y para jugar en las salas de juegos y en los cibercafés. Las madres saben que trabajan pero desconocen cuánto ganan o qué hacen con el dinero. Estos niños no demuestran tener una conciencia clara de su situación familiar y, en los casos relevados, están en situación de rezago o abandono escolar. Estas acciones están guiadas por una búsqueda de espacios de socialización fuera del hogar. También se han presentado varios*

ejemplos de casos de este tipo que corresponden mayoritariamente a situaciones de violencia familiar o a crisis vinculadas a la carga reproductiva del hogar.

Trabajo infantil de reproducción familiar

- *Niños que salen a trabajar junto con su familia. En estos casos encontramos diferentes variantes. En algunos casos, la familia sale a recolectar pero se preserva a los más chicos, lo que plantea una división del trabajo. «Mi madre lleva el carro de mano hasta el centro, junto con mis hermanas mayores [dos]. Mientras ellas recolectan, yo [la más chica] me quedo al lado del carro». En otros casos, salen a recolectar los hermanos mayores en carro de caballo y los demás clasifican en la casa. En el caso de mendicidad, la madre sale con sus hijos. En algunos casos los distribuye y cada uno pide en una casa; en otros, operan en conjunto. También se da el caso de algunas madres que justifican esta situación argumentando que no pueden salir a pedir sin los hijos, porque es peligroso dejarlos solos en su casa, teniendo en cuenta los riesgos que hay en el asentamiento. Existe una variante en Maldonado, donde se adopta esta estrategia como una propuesta alternativa desde el punto de vista ideológico al trabajo formal asalariado.*

Trabajo infantil de finalización del ciclo educativo

Encontramos este tipo de trabajo en el medio rural, donde la finalización temprana de la oferta educativa genera inserciones productivas tempranas, por inexistencia de la enseñanza secundaria o por falta de adaptación de la oferta educativa a la demanda.

Trabajo infantil en sectores sin pobreza

En los casos relevados prima una lógica de uso del tiempo libre adolescente en forma productiva-mercantil, sin comprometer el tiempo dedicado a los estudios.

Estos tipos de trabajo infantil se pueden cruzar con modalidades de organización de la actividad:

- *niños que realizan actividades polivalentes, que en general no tienen rutinas totalmente definidas en cuanto a días, horarios y lugares.*
- *niños que realizan actividades especializadas; por ejemplo, recolectores, jardineros, clasificadores, panaderos.*
- *niños que realizan actividades con un grado de formalidad cercano a un empleo formal; esto es, todos los días con horarios fijos y sueldo fijo.*
- *niños que realizan actividades de libre disponibilidad horaria, como por ejemplo las empleadas con cama y los peones rurales.*

Luego de presentar esta tipología de perfiles, mostraremos una selección de casos organizados por tipo de trabajo.

Recuadro 19. Tipos de trabajo. Agropecuario

—Trabajo; de repente sale una changuita, carpir, cortar pasto, o de repente ir a cargar un camión de leña [...]. A veces sale un trabajo por varios días, como en la esquila; también se hace.

—¿Qué fue lo último que estuviste haciendo de trabajo?

—Hace dos o tres días estuve en el monte trabajando; estuve haciendo astillas y después cargando en el camión.

—Y este mes, ¿te acordás más o menos cuantos días estuviste trabajando?, aunque fuera en cosas distintas.

—Este mes estuve como veinte días.

—¿Pero todo en lo mismo o en cosas distintas?

—En lo mismo. Fue en un establecimiento, donde está mi tía, que estuve como veinte días.

—¿Y qué cosas hacías?

—Y ahí, de todo: recorrer el campo, andar... alambrar, con otra persona, pero bueno.

—Tareas de peón, en general.

—Sí, sí.

—¿Vivías ahí o te volvías a tu casa?

—No, ahí, porque como trabaja ahí una tía mía... Ella hace años que está ahí.

—¿Y cómo fue que precisaban gente?

—Seguro, porque no se qué había pasado con alguno de los peones, que se tuvo que ir, y, por mientras, me llevaban a mí.

Adolescente, catorce años. Florida.

—A veces vamos al campo. A mí me gusta mucho el campo, entonces siempre pido para ir. Ahora es la época de la vacunación, entonces están vacunando y nos llevan.

—O cuando van a buscar corderos para carnear, los vamos a buscar al campo.

—¿Pero ustedes van para acompañar o para trabajar?

—No, vamos para acompañar y para aprender.

—[La última vez que fuimos al campo] anduvimos a caballo, a recorrer el campo. Juntamos las ovejas, las encerramos y vacunamos.

Hermanos, diez y doce años. Florida.

En el ámbito agropecuario encontramos casos como los referidos, donde el trabajo infantil está naturalizado. Aparte de estas modalidades encontramos casos de producción artesanal casera y de trabajo zafra hortifrutícola.

Recuadro 20. Tipos de trabajo. Pesca

—A las once me levanto, tomo la leche y después me voy pal muelle, a limpiar pescado, hasta las cinco o las seis.

—¿Almorzás allá?

—Sí.

—¿Quién te hace la comida?

- El del kiosco [el de los pescados].
- ¿Lo hace porque sí o porque tú lo ayudás?
- Lo ayudo.
- ¿En qué lo ayudás?
- A tirar lance (con la red). Uno se queda en la punta de la piola y el otro se va con la red, haciendo una redonda, así.
- ¿Y vos siempre lo ayudás a él? ¿Todos los días?
- Todos los días, de noche.
- ¿A qué hora?
- A eso de las diez de la noche.
- Vos estás hasta las cinco o seis limpiando pescado, ¿y después qué hacés?
- Voy ayudar al hombre ese, con la red.
- ¿Y él te da de comer a mediodía y de noche, también?
- De noche, también.
- ¿A qué hora volvés a tu casa?
- Como a las tres de la mañana, porque sacamos el camarón.
- ¿Eso de la red es siempre, todos los días?
- Todos los días, cuando está bajo.
- ¿Y en invierno también?
- Sí, en invierno salimos a pescar, pero en la lancha.
- Y cuando se embarcan, ¿a qué hora salen?
- A las seis [de la mañana] y venimos al otro día, al otro día a las seis [se quedan todo un día].
- ¿Y la red la tiran en la orilla?
- No, en el medio; de la orilla clavamos un palo y atamos la punta de la piola y le vamos echando la red pa dentro, así a lo largo.
- ¿Y cómo la levantan después?
- Viene uno agarrando la piola y después levanta el plomo de la boya, y la va trayendo para acá. El pescado que hay, lo va sacando.
- ¿Tiran varias veces la red de noche?
- Ah, montones...
- Niño, once años, pescador y cuidacoches.
Maldonado.*

El trabajo en la pesca, en este caso especial, en Maldonado, presenta riesgos importantes. Aparte de la pesca con red y embarcada, es habitual que los niños limpien los pescados de los turistas en el muelle o que se embarquen en excursiones de pesca para cumplir con esta función.

Recuadro 21. Tipos de trabajo. Industria

- Me levanto a las ocho y me voy a trabajar hasta las doce, y después salgo a las doce y entro a las cinco de la tarde.
- ¿Y de las cinco hasta qué hora?
- Hasta las nueve, pero voy cuando quiero; no estoy obligado a ir.

—¿No vas todos los días?
 —No; mi patrón dijo que vaya cuando yo quiera, que no había problema. Cuando tengo ganas de trabajar voy.
 —¿Generalmente vas todos los días?
 —Sí.
 —¿Desde cuándo trabajás ahí?
 —Empecé a los doce.
 —¿En dónde empezaste a los 12?
 —En medialunas.
 —¿Qué empezaste haciendo ahí?

—Primero empecé a lavar latas, las bandejas, y después empecé en la fábrica.
 —¿Y ahí qué hacés?
 —Hago fábrica, medialunas, alfajores, un montón de cosas.
 —Hace cinco años que estás trabajando ahí?
 —Sí.
Adolescente, diecisiete años. Trabaja desde los doce en una fábrica de alimentos. Área metropolitana.

Hemos registrado algunos casos de niños y muchos casos de adultos que han comenzado su actividad laboral en industrias formales pero en forma ilegal. En este caso, a pesar de la permanencia durante años y de la edad, la situación no se ha formalizado.

Recuadro 22. Tipos de trabajo. Comercio

—Vos trabajás en una panadería.
 ¿Qué días trabajás?
 —Los sábados, domingos y lunes. Los sábados entro a las ocho y salgo a las seis de la tarde; los domingos hago de ocho a dos y los lunes de una a ocho.
 —¿Hace cuánto que trabajás?
 —Cinco años; siempre en el mismo lugar, siempre ahí.
 —¿Qué hacés en la panadería?
 —Atiendo el mostrador. Como hay lunch, envuelvo los paquetes y eso, o ayudo a hacer sándwiches y eso.
 —¿Cómo llegaste ahí?
 —Porque mi hermana trabajaba ahí

antes, mi hermana más grande. Yo fui un día, no me acuerdo a qué fui, y la encargada me pidió que le haga un mandado y que le barra la vereda, y todo así [haciendo este tipo de tareas estuvo un año y medio, iba tres o cuatro veces por semana; en el mostrador está hace dos años].
 —En el tiempo intermedio, ¿qué hacías?
 —Limpiaba en el fondo y ponía los bizcochos en el horno; hacía sándwiches y saladitos, y ayudaba a la otra muchacha que trabajaba.
Niña, quince años. Trabaja desde los diez años en panadería. Área metropolitana.

Aquí valen los mismos comentarios que para la actividad industrial. Se trata de empleos ilegales en empresas formales.

Recuadro 23. Tipos de trabajo. Recolección

Salía en un carro, con un muchacho, de noche, a la calle, a caballo. Pero de tanto hablarle entendió que lo estaban explotando. Le decía: «yo te pago el fin de semana, cuando entrego», y nunca le pagaba, como es un niño... El dueño del carro salía y le decía a [mi hijo]: «el fin de semana te pago», «yo te doy unos pesos», y después le dan cinco pesos, ocho pesos. Pobre chiquilín, ahí lo tienen para llevar el caballo a tomar agua, al galpón, ponerle la comida al caballo; mismo, por lo general, el mayor queda arriba del carro y el niño es el que tira los paquetes para arriba del carro; por lo general son tratados así, en la calle. Es más ágil; a veces también lo hacen porque el niño da más lástima...

—¿Este muchacho era como su patrón, como se podría decir?

—No, patrón no; un explotador, era. Eso no es un patrón; patrón es el

que te paga un sueldo. ¿Te parece que le puedo llamar patrón? Aparte [mi hijo], ya tenía experiencia en eso; no es tan difícil... no hay que hacer un curso [...] ahora no está saliendo, pero le daban quince pesos, veinte pesos. Pobre, ¡qué iba a traer, el pobre!

—¿Por semana?

—Sí, por semana. De repente te daba los quince pesos, loco de la vida y te decía: «tomá, te regalo esto», «tomá, me gané esto» Al rato me decía, «¿no tenés cinco pesos para comprar...?» [Se ríe]. Al rato, llega y te dice: «están todos jugando a la bolita» o «todos comiendo una torta frita», y vos le das, aunque ya se haya llevado lo que te dio. Si tenés, vos le das, ¡qué no les vas a dar! ¡Qué más quisiera tener uno siempre para darles! A veces no hay.

Madre de un niño de once años, recolector. Área metropolitana.

En la recolección, las condiciones de trabajo son extremadamente duras. Esto se agrava cuando no es una estrategia familiar y se trabaja para terceros, como en este caso.

Recuadro 24. Tipos de trabajo. Mendicidad

—Íbamos y pedíamos en las casas y pedíamos moneditas.

—¿A qué hora iban?

—Íbamos de mañana y volvíamos de tarde.

—¿Con quién ibas?

—Yo, mi hermana [...], mi otro hermano [...] y mi madre y los demás iban a la calle.

—¿Te acordás a dónde iban a pedir? ¿En qué iban?

—Tomábamos ómnibus. Cuando llegábamos caminábamos un poco y había almacenes y pedíamos. Mi madre nos esperaba afuera o entraba con nosotros.

—¿Y qué pedían en los almacenes?

—Pedíamos algo para dar. Entraba con mi hermano o con mi madre.

—Vos me dijiste que pedían en las casas. ¿Qué pedían en las casas?

—En las casas pedíamos ropa; en Carrasco, íbamos a pedir ropa y nos daban.

—¿Y caminaban mucho?

—Caminábamos muchas cuadras, pero yo no me cansaba.

Niña, nueve años. Mendicidad con la madre. Área metropolitana.

—Íbamos caminando y tocábamos timbre en las casas y pedíamos. A veces nos daban pan, de todo, ropa, comida, fruta; y cuando íbamos a la panadería, nos daban pan y bizcochos; cuando íbamos a la frutería nos daban fruta, duraznos, todo.

—Juntábamos botellas y las tapitas también las vendíamos. Y las botellas las achatábamos y las vendíamos; las poníamos en una bolsa y las llevábamos al depósito, en el carrito.

—Juntar más botellas, algunas veces íbamos a una volqueta, que estaba llena de botellas, y juntábamos de ahí y las llevábamos y ahí hacíamos más.

—¿A qué hora iban?

—A veces de mañana, salíamos a las ocho de la mañana, hasta el mediodía y después de nuevo hasta las cinco, porque nos cansábamos.

—Cuando llegabas a tu casa, ¿qué hacías?

—Me acostaba a dormir.

—¿Y ayudabas a tu madre a apartar?

—Después de levantarme, sí. Llegaba cansado, dormía un rato y después ayudaba de vuelta.

Hermanos, siete y diez años. Mendicidad y recolección desde los cuatro o cinco años. Área metropolitana.

La mendicidad genera situaciones de fuerte tensión en los niños. Es la actividad que por excelencia involucra a los más pequeños.

Recuadro 25. Tipos de trabajo. Servicio doméstico

—Antes cuidaba una nena [una suplencia que le hizo a la hermana mayor]. Estuve cuatro meses trabajando ahí [tenía trece años]. Me levantaba temprano [se ríe, porque ahora se levanta muy tarde], le daba la leche a la nena, limpiaba la casa; más bien los sábados para el domingo, la casa quedaba hecha un desastre. Fuera de los fines de semana, mi patrón llegaba a las siete de la mañana —trabajaba en una fábrica y siempre iba de noche—, así yo no pasaba todo el día sola. Él llegaba y la

patrona se iba a trabajar [ella se iba media hora antes que él llegara]. Él se volvía a ir a las cuatro de la tarde y mi patrona llegaba a las siete o a las ocho de la noche, si no me avisaba que llegaba más tarde porque iba al supermercado. Si ella a las ocho no estaba, y no me avisaba, yo llamaba a mi patrón. Me dejaron el teléfono de donde trabajaba, porque la nena hacía fiebre y todo. Ella se quedaba a dormir ahí en la casa, porque si no me tenía que levantar a las seis de la mañana —y no me levanto a las ocho,

no me iba a levantar a las seis [se ríe]. Me levantaba ocho y media o nueve, porque la nena me pedía la leche. Yo me quedaba a esperarlo a él para abrirle la puerta. Él me hacía la lista y yo iba al almacén, picaba las cosas para cocinar [él cuando llegaba, se acostaba a dormir]. Él se levantaba como a las once y cocinaba con lo que yo le dejaba preparado. Yo la llevaba a la escuela, después lavaba el baño, limpiaba el cuarto donde yo dormía, que era el de la nena, pero ella dormía con los padres. Y hasta lavaba los pisos. En sí, yo estaba sola porque mi patrón de una a cuatro cerraba la puerta del cuarto y se acostaba a dormir. Yo me aburría, miraba novelas... [los hermanos menores se ponen a llorar] Estos gurises insoportables, mi madre los contempla mucho [se ríe]. Antes les tenía paciencia a los gurises, ahora nunca más sirvo para niñera. ¡Esa gurisa era insoportable! Agarraba las agujas de tejer y las quería meter en los enchufes y yo le decía que no, y tenía que llamar al padre, tenía que discar, para que ella me creyera, porque si no me decía que era mentira, o si no, le daba el teléfono para que él le dijera, y él le decía: «te dije que hicieras caso». Él nos traía un yogurt para cada una o una torta con helado arriba para las dos y, cuando ella se portaba mal, él le decía por teléfono que no le iba a llevar helado si se portaba mal, y la gurisa lloraba y lloraba. Se quedaba llorando todo el rato, se iba al cuarto y decía: «papito no me va a traer helado». Mi patrona era una descuidada total con la hija. No llamaba. Y él llamaba cada veinte minutos para ver cómo iba todo. Cuando volvía a llamar ella seguía llorando hasta que él le decía que le llevaba el helado. Después de eso, como a las seis de la tarde, ella se quedaba sentada,

tranquila y yo la hacía dibujar. Mucha responsabilidad, ¡dejá! Si me decís un gurí que tiene otro hermano, pero ella era hija única. Le daban todo. Era insoportable. Yo nunca vi un gurí así, que llorara tanto. Y ella le pegaba a mi hermana y a mi tío con una espada. A mí me fue a pegar y yo le agarré fuerte la mano, para que la soltara, y yo le dije a mi patrón lo que había pasado y él me dijo: «muchacha, no tenés que dejarte pegar», y él le pegó a la gurisa por eso. La nena en cuestión tenía cuatro años. Era insoportable, insoportable por la nena, porque si fuera por limpiar no había drama, porque no era mi casa y ta, pero ella era muy insoportable y le decía que no hiciera algo y lo hacía. Y yo no tengo paciencia...

—Digamos que trabajabas todo el día.

—De ocho a ocho. De noche llegaba mi patrona y, si ella no pasaba por el supermercado, íbamos a comprar juntas. Llegaba la madre y yo le entregaba la llave de la casa y a la hija. Ella siempre se reía porque yo decía eso, ¡sí! Con mi hermana fue diferente. Ella seguía cuidándola después que llegaba la madre. Yo no; le entregaba todo [se ríe]. El padre se iba a las cuatro de la tarde, yo la iba a buscar a la escuela y ahí empezaba el relajo. Me trancaba la puerta de afuera y me dejaba encerrada. Yo tenía que llamar al padre al trabajo y él le hablaba por teléfono y me decía a mí que le diera una palmada. Yo no quería pegarle, porque no era mi hija. Yo lavaba ropa y ella quería colgar conmigo, y yo le decía que no, porque si no le pegaba, pero era para que se quedara quieta.

Adolescente, mujer, catorce años. Trabaja desde los diez como niñera y en reparto de tierra y leña.

En este caso tenemos un ejemplo de trabajo doméstico fuera del hogar, que implica casi una situación de libre disponibilidad. Encontramos varios casos parecidos. Por otra parte, muchas adolescentes plantean que no les gusta ser niñeras.

Recuadro 26. Tipos de trabajo. Tareas múltiples

—Barro, recorto, lo limpio, corto, le hago los canteros; limpieza general, le hago; poda todavía no, porque no me ha enseñado mi padre, pero lo demás casi todo.

—¿Vas con tu viejo o vas solo?

—Voy solo, voy con mi padre, con mi hermano, a veces, que me ayuda, y ta.

—A los parques, ¿cuántas horas vas?

—No más de una hora por cada parque. El más grande me lleva una hora, una hora y media, haciéndolo despacio; si lo hago como lo hago yo [hace un gesto de rápido y se ríe], 45 minutos.

—Y los otros trabajos que me decías, ¿cómo es?

—Y no sé; me arreglo por hora, por día.

—¿Qué cosas has hecho, o qué haces?, Contame.

—Qué he hecho... Por ejemplo, estuve ayudando a un electricista a hacer toda la instalación de electricidad de un apartamento. Después estuve ayudándolo a limpiar en la obra, lo ayudé a echar el filo —es chirlo—, arena y portland a la pared, para que quede bien lisa.

—Ahí vos lo ayudaste, ¿aprendiste a hacerlo?

—Sí, me enseñó y ta, no sé.

—Y en la parte de electricidad, ¿en qué lo ayudás, por ejemplo?

—En la cinta, pasando la cinta por entre los caños y los cables.

—Me dijiste que también hacías cosas con herrería.

—Sí, eso. Fui una vez a ayudarlo a soldar unos fierros, para ayudarlo a armar un carro que me pidió, y ta, lo estuve ayudando. No hacía más que agarrar los caños. En la obra nos arreglamos por hora; él me dijo veinte pesos la hora y a mí me servía; para ayudarlo a cortar cables y limpiar un poco me da.

—Y por ejemplo, cuando trabajabas con los caballos, ¿cómo era?

—Ah, en el alquiler de caballos me daban cien pesos por día, y yo lo que tenía que hacer era acompañar a los que no conocían el lugar, y salía con ellos, y después. si se aflojaba alguna montura o algo.

—Y ahí, ¿cuántas horas trabajabas?

—Estaba desde mediodía hasta las nueve de la noche.

—Tu tarea era acompañar a los que alquilaban caballos.

—Sí.

—Y ahora en el verano, tu viejo me dijo que estuviste cuidando autos.

—Si estuve cuidando autos en la N, y ta, después me hice amigo de los locos de la N, y ta, iba al boliche [se ríe].

—Y ahí sacabas plata por día.

—Eso me dejaban propina los dueños de los autos.

—Y ahí, ¿cuántas horas ibas?

—Me iba a las dos de la mañana. Eso lo hacía más porque me gustaba estar

fuera de mi casa que por... [se ríe] prefiero estar despierto toda la noche que dormir, ta. Me iba a las dos de la mañana y a las ocho o a las nueve de la mañana me iba para casa, porque me quedaba jodiendo con los locos de la N.

—Y con el tema de la pesca y eso, ¿has ayudado a gente a tirar redes y eso?

—Sí, voy a pescar camarón con un pesquero que se llama X, un hombre que tiene cañas de pescar, ahí en el muelle, alquila botes, alquila todo, y vamos a pescar de noche, camarón. Y en el muelle he ayudado. Espero que vengan los botes y limpio pescado, me dejan propina.

—Y de noche, cuando salís y los ayudas con la pesca...

—Me dan pescado, me dan plata.

—Y ahí contame cómo es la salida, cómo son los preparativos, todo.

—Ellos tienen una malla de camarón, un bote, los remos, todas esas cosas. Hacen una «u» adentro del agua y empiezan a sacar la malla, y ta, y el camarón de noche se levanta, se desentierra y lo agarra la malla.

—¿Y vos qué hacés, en qué ayudás?

—A alistar la malla, arriba del bote, a sacar los camarones, todo.

—¿Y ahí ellos te dan algo de propina, o qué?

—Sí, me dan cincuenta pesos por noche. Estamos desde las nueve a la una.

Adolescente varón, quince años. Maldonado.

Esta estrategia de actividades múltiples está muy asociada a la ciudad de Maldonado, básicamente por el relacionamiento con la zona turística. Y en el caso del área metropolitana, con los habitantes de asentamientos.

Por último, no mostraremos un ejemplo de trabajo infantil, sino un ejemplo de rechazo de un grupo de niños relativamente pequeños a la situación que están viviendo.

Recuadro 27. La protesta infantil

C: No me gusta estar manguendo. No quiero estar en el semáforo. Estoy aburrída. No quiero ir abajo, no quiero ir enfrente. Quiero estar acá, jugando.

F: Yo también quiero estar acá, porque algunos días...yo no me quedaba ninguna vez acá [él no se quedó nunca en la casa; desde que recuerda, siempre fue al semáforo]. [...] No me gusta que no como, porque algunas veces no como, porque no me dan comida. Porque cuan-

do me aburro no se a qué jugar. No tengo juguetes. Ésta se cuelga de las columnas y se tira para el otro lado.

C: No me gusta cuando el X fuma porro y yo se lo meto en un *aujero*, y se lo escondo [se ríe].

P: ¿Por qué no te gusta?

C: Porque me ataco de asma... y tampoco me gusta el Z, que me dice que me vaya para donde está mi madre, que él está ahí, y él mete la mano cuando me van a dar,

y no me deja plata. El Z porque me echa, me empuja y algunas veces me empuja y me dice malas palabras. Mi madre me dice: «partile la cabeza», y con mi primo, que vive en La Cruz, lo agarramos y le tiramos piedras [ellos tres, los más chicos].

F: Le tiramos pedregullo adentro del balde, para que no lave autos.

C: A veces le tiraba el balde.

P: ¿Por qué?

F: Porque se zarpaban con la gente [dice X que se drogaban y le decían

cualquier disparate a la gente; ahora están presos].

C: Nos cuenta que había un camión que le daba cinco pesos, que era [cliente] del Z, entonces el X ahora no le lava más. La madre nos dice que «es una sinvergüenza, porque le saca los clientes al X». Éste se enojó y no le lavó más el vidrio.

Catalina, ocho años; Felipe, cinco años. Mendigo.

CONCLUSIONES

Varias de las conclusiones que surgen de este proyecto de investigación ya fueron adelantadas y desarrolladas a lo largo del informe. Entendemos que es preciso realizar algunas consideraciones, a modo de síntesis final.

- *En relación con nuestras hipótesis iniciales, entendemos que el proceso de emancipación temprana y de «falsa socialización laboral», con las consecuencias consignadas previamente, queda suficientemente discutido y hay argumentos empíricos como para afirmar su pertinencia teórica.*
- *En relación con el rol del contexto y el rol de la familia en la transmisión de activos y pasivos, queda la convicción de que gran parte de las familias están condicionadas estructuralmente y tienen un escaso margen para operar sobre las situaciones de riesgo y su impacto sobre los niños. Por otra parte, la mercantilización de la sobrevivencia, constatada empíricamente para estos casos, muestra a una estructura de oportunidades ineficiente en dos de sus actores (el Estado y la comunidad), y fuertemente desigual en el mercado.*
- *En cuanto a los tipos de trabajo infantil, encontramos que la variedad excede a las previsiones, lo que demuestra una gran capacidad adaptativa para gestionar la sobrevivencia en el mercado informal.*
- *Los perfiles de familias y de niños muestran una variedad de estrategias que responden a diferentes tipos de pobreza, en algunos casos a diferentes regiones y a diferentes actitudes de niños y adultos.*

Entendemos que los tres elementos que explican con mayor fuerza las situaciones encontradas son la mercantilización de la sobrevivencia, la reproducción generacional de la pobreza, que tiene al trabajo infantil como un elemento intrínseco, y la fuerte segmentación territorial, que genera situaciones de socialización entre pares como las descritas, que reproducen las estrategias de trabajo infantil a partir de los propios niños.

Por último, ante la pregunta de si en este contexto es posible erradicar el trabajo infantil, podemos realizar algunas precisiones:

- *En el caso de perfiles de familias vinculadas al trabajo infantil estructural, entendemos que estamos ante situaciones complejas para desarrollar un proceso de erradi-*

cación, ya que es muy difícil intervenir sobre la situación de algunos de los niños sin modificar los elementos de contexto que operan como un fuerte límite estructural.

- En los casos vinculados a pobreza reciente, se observa la fortaleza que implica la presencia de activos en la familia. Los procesos de erradicación en estos contextos pueden generar resultados más rápidos. Sin embargo, en estos casos también se estima que es necesario generar un proceso donde la familia pueda recuperar una situación de trabajo formal, para controlar los factores de riesgo que todavía están presentes.*
- Cuando el trabajo infantil se genera a partir de un proceso acelerado de desafiliación institucional familiar por tragedias o eventos desestructurantes, los casos se presentan como extremadamente complejos. Si bien el proceso es diferente al que describimos como trabajo infantil estructural, la rapidez con que se procesa hace que los sujetos no desarrollen las estrategias de sobrevivencia que en el primer caso se construyen durante varias generaciones. Por ello, los niños y adolescentes quedan en una situación de vulnerabilidad extrema. En estos casos, entendemos que el abordaje tiene que pasar por una intervención global sobre el grupo familiar, ya que con solo una beca (como en el caso descrito) no se logran ni siquiera resultados en el niño que es objeto de esta.*
- En los casos de familias con una alta conflictividad interna, por violencia, carga reproductiva excesiva u otros factores conexos, hay que pensar en mecanismos que descompriman la situación familiar y preserven a los niños que quieren emanciparse. La solución no debería ser la institucionalización, pero hay que pensar en mecanismos fuertes de intervención estatal.*
- Cuando se dan situaciones de trabajo infantil por carencia de oferta educativa, hay que pensar soluciones que deban procesarse desde el sistema educativo, ya que las motivaciones no son económicas. En los casos sin indicadores de pobreza, que siguen escolarizados, es importante generar mecanismos que circunscriban este tipo de trabajo a las formas legales previstas.*

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ, J.; DE LOS CAMPOS, H., *Análisis de las políticas y programas sociales en Uruguay: la acción pública para prevenir y combatir el trabajo de niños, niñas y adolescentes*, Documento de Trabajo OIT, n.º 186, Lima, OIT-IPEC, 2004.
- INGLEHART, R., *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Centro de Investigaciones Sociológicas, colección *Monografías* n.º 161, Madrid, Siglo XXI, 2001.
- KAZTMAN, R. (coord.), *Vulnerabilidad, activos y exclusión social en Argentina y Uruguay*, Santiago de Chile, OIT-FORD, 1999.
- (coord.), *Activos y estructuras de oportunidades. Estudio sobre las raíces de la vulnerabilidad social en el Uruguay*, Montevideo, CEPAL-PNUD, 1999, pp. 21-30.

Impreso en Montevideo, Uruguay
por  **productora**editorial
en agosto de 2006